

LA ESPAÑA MODERNA



AÑO 16.

NÚM. 181.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
AYUNTAMIENTO DE MADRID

LA

# ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

—  
ENERO 1904  
—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

*Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# EN LA HONDONADA

(NOVELA)

PERTENECIÓ A LA BIBLIOTECA DEL  
ATLANTICO

El pueblecillo de Oukleevo estaba situado en una hondonada; de suerte que, desde la carretera y desde la estación del ferrocarril, no se veía más que el campanario y algunas chimeneas de las fábricas para estampar telas de indiana. Cuando los transeuntes preguntaban cuál era aquel pueblo, se les respondía:

—Es el pueblo en donde, en un entierro, el sacristán se comió todo el caviar.

En una comida fúnebre en casa del fabricante Kostinkoff, un viejo sacristán vió, entre los entremeses, caviar fresco, y se puso á comer de él con avidez. Le dieron codazos, le tiraron de las mangas; pero, literalmente petrificado por el goce, no sintió nada y continuó comiendo. Se comió todo el caviar, y había cuatro libras en el tarro. Habían transcurrido diez años; el sacristán había muerto hacía mucho tiempo, pero continuaba recordándose lo del caviar. Sea que la vida fuese en Oukleevo miserable en extremo, ó que las gentes fuesen allí incapaces de observar nada fuera de tan nimio acontecimiento, no se contaba otra cosa.

La fiebre era permanente en el lugar, y encontrábanse allí yacimientos de lodo, hasta en verano, sobre todo á lo largo de los cercados, por encima de los cuales se inclinaban añosos sauces que proyectaban amplia sombra. Percibíase siempre allí un olor de desperdicios de fábrica y del ácido acético, que

sirve para la fabricación de indianas. Las fábricas—tres de dichas telas y una de curtidos—estaban algo apartadas del pueblo. Eran poco importantes y en total no reunían más de cuatrocientos obreros. La de curtidos inficionaba á menudo el agua del arroyo, apestaba los prados; el ganado de los campesinos era atacado por la peste siberiana, y se ordenaba el cierre de la fábrica. Pasaba por cerrada, pero trabajaba en secreto, á sabiendas del comisario de policía y del médico del distrito, á cada uno de los cuales el propietario pagaba diez rublos al mes. En todo el pueblo no había más que dos casas pasables, construídas en piedra y cubiertas de palastro: en la una estaba instalada la Dirección del cantón; en la otra, de dos pisos, situada frente por frente á la iglesia, vivía Gregorio Petrovitch Tsyboukine, artesano de Epiphauskoe.

Gregorio tenía una tienda de comestibles, pero esto no era sino cuestión de forma. De hecho, traficaba en todo lo que se presentaba: aguardiente, ganado, pieles, trigo, cerdos; y cuando, por ejemplo, se pedían al extranjero pájaros para los sombreros de mujer, Tsyboukine ganaba treinta kopeks en cada par. Compraba cortas de madera, prestaba dinero, y era, en suma, un viejo emprendedor.

Tenía dos hijos. El mayor, Anisimo, servía en la policía, en la sección de informaciones, y venía pocas veces. El menor, Estéfano, había tomado el camino comercial y ayudaba á su padre; pero no se esperaba de él una ayuda efectiva, porque era sordo y de salud débil. Su mujer, Aksinia, bella y esbelta, que llevaba los días festivos sombrero y sombrilla, se levantaba temprano, se acostaba tarde y corría todo el día, con las faldas recogidas, haciendo sonar las llaves, por la granja, por la bodega ó por la tienda. Tsyboukine la miraba con alegría; sus ojos brillaban, y sentía que no fuese su hijo mayor el que se hubiera casado con ella, en vez del menor, el sordo, que, visiblemente, entendía poco de belleza femenina.

El viejo había sido siempre aficionado á la vida de familia, y á lo que más quería en el mundo era á su familia, sobre todo

á su hijo mayor, el policía, y á su nuera. Aksinia, apenas casada, mostró una actividad extraordinaria y aprendió en seguida á quién podía abrirse crédito y á quién no. Ella tenía las llaves, y no las confiaba ni siquiera á su marido; hacía crujir la máquina de contar, miraba como un aldeano los dientes de los caballos, y no hacía más que reír y gritar. Hiciera ó dijese lo que quisiera, su suegro se enternecía y murmuraba:— ¡Vaya con mi nuerecita!... Es una guapa chica y una buena mamaíta...

Era viudo, pero al año de la boda de su hijo no pudo resistir y se volvió á casar. Le encontraron á treinta verstas de Oukleevo una hija de buena familia, pero ya de alguna edad, guapa y con cara de buena, Bárbara Nicolaevna. En cuanto estuvo instalada en su cuarto de arriba, todo se iluminó en la casa como si hubieran puesto en las ventanas cristales nuevos: las lámparas de las imágenes ardieron; las mesas se cubrieron con manteles blancos como la nieve; en las ventanas y en el jardín aparecieron flores de corolas rojas, y se dejó de comer en la misma fuente: cada cual tuvo su plato. Bárbara Nicolaevna sonreía afablemente, y parecía que en la casa todo sonreía. Comenzaron á acudir al patio, lo que jamás había ocurrido antes, pobres, caminantes, peregrinos. Oíanse bajo las ventanas las voces lastimeras y cantantes de las buenas mujeres de Oukleevo y la tos lamentable de los mujiks débiles y flacos que fueron echados de las fábricas por embriaguez. Bárbara los ayudaba con dinero, pan y trajes usados; después, habiéndose familiarizado con la casa, se puso á coger, para aquéllos, á escondite diferentes cosas de la tienda. El sordo la vió una vez llevarse dos cuarterones de té, y esto le desconcertó.

—Mamá acaba de coger dos cuarterones de té—dijo á su padre;—¿en dónde hay que anotar eso?

El padre no respondió nada; se paró y reflexionó, moviendo las cejas. Después subió al cuarto de su mujer.

—Barbarita, querida mía—le dijo dulcemente,—si tienes

necesidad de algo en la tienda, cógelo... Cógelo sin reparos.

Al día siguiente, el sordo, acudiendo al patio, le gritó:

—Mamá, coja usted lo que necesite.

En el hecho de dar las limosnas había algo alegre y ligero, algo nuevo como las lámparas ante las imágenes y las flores rojas. Cuando, en Carnaval, ó en la fiesta parroquial, que duraba tres días, se despachaba á los mujiks carne salada y podrida que exhalaba un olor tan repugnante que era difícil permanecer cerca de los barriles; cuando se cogía, como prenda, á los borrachos diferentes objetos; cuando los obreros de las fábricas se revolcaban en el lodo, atontados por el aguardiente malo, y que el mal, habiendo tomado consistencia, parecía mantenerse en el aire como una bruma, sentíase uno algo mejor al pensar que allí, en la casa, había una mujer dulce y limpia que no se ocupaba ni de la carne salada ni del vodka. Sus limosnas obraban en aquellos días, penosos y revueltos, á la manera de una válvula de seguridad en una máquina.

En la casa de Tsyboukine, los días pasaban entre los quehaceres. Aún no había salido el sol cuando Aksinia se despejaba, lavándose en el vestíbulo; el samovar hervía en la cocina y silbaba como si predijese una desgracia; el viejo, vestido con un largo gabán negro y pantalones de algodón metidos en botas altas y brillantes, iba y venía por los cuartos, limpio, pequeño, y dando taconazos, como el papá suegro de una canción conocida. Se abría la tienda. Cuan era bien de día, llegaba á la puerta un drojki, y el viejo se sentaba en él gallardamente, metiéndose la gorra hasta las orejas. Al verle, nadie hubiera dicho que tenía ya cincuenta y seis años. Su mujer y su nuera le miraban marchar, y, cuando llevaba una buena levita y se había enganchado al drojki un caballote que costó trescientos rublos, el viejo no gustaba que los mujiks, con sus quejas y sus demandas, se le acercasen. Detestaba á los mujiks y los despreciaba, y si veía á alguno esperándole á la puerta, le gritaba con cólera:



—¿Qué esperas ahí? ¡Vete!

Y si era un pobre:

—Dios le ampare.

Marchaba á sus negocios. Su mujer, vestida de oscuro, con un delantal negro, hacía los cuartos ó ayudaba en la cocina. Aksinia vendía en la tienda, y se oía desde fuera el ruido de las botellas y del dinero; se la oía reír ó gritar y cómo se incomodaban los compradores á quienes engañaba; podíase observar al mismo tiempo que se hacía en la tienda un comercio clandestino de aguardiente. El sordo permanecía también en la tienda, ó bien, sin sombrero, con las manos metidas en los bolsillos, se paseaba en la calle, mirando distraídamente las isbas ó el cielo. Seis veces al día se tomaba té en casa de los Tsyboukine, y cuatro veces se sentaban á la mesa para comer. Por la noche se contaban é inscribían los ingresos. Después se dormía profundamente.

Las tres fábricas de indianas de Oukleevo y las viviendas de los fabricantes Khrymine mayores, Khrymine menores y Kostinkoff estaban reunidas por el teléfono. También se había instalado el teléfono en la administración cantonal. Pero allí dejó pronto de estar en uso, y las chinches y las polillas se establecieron en él. El starquine del cantón era poco instruído y escribía cada palabra con letras muy grandes; sin embargo, cuando se desarregló el teléfono, dijo:—Ahora, sin el teléfono, esto va á ser difícil.

Los Khrymine mayores pleiteaban constantemente con los menores, y á veces éstos disputaban entre sí y se ponían también á pleitear. Entonces su fábrica no trabajaba un mes ó dos, hasta que se hubiesen reconciliado. Esto divertía á los habitantes de Oukleevo, porque, con motivo de tales disputas, se hablaba y se murmuraba mucho. En las fiestas, Kostinkoff y los Khrymine jóvenes organizaban paseos en coche; pasaban á rienda suelta por Oukleevo y aplastaban terneras. Aksinia, muy rumorosa con sus enaguas almidonadas, ataviada con exceso, se asomaba á la calle cerca de su tienda. Los

Khrymine jóvenes la atrapaban y se la llevaban como á la fuerza. Tsyboukine enganchaba también para enseñar algún nuevo caballo y llevaba á su mujer. Por la noche, después de los paseos en coche, cuando todo el mundo estaba acostado, se tocaba, en casa de los Khrymine jóvenes, en un buen acordeón, y si hacía luna, los sonidos ponían al alma inquieta y alegre; Oukleevo no parecía ya una fosa.

\*  
\* \*

Anisimo no iba á la casa sino pocas veces, en las grandes fiestas; pero enviaba á menudo, por gentes de su casa, regalos y cartas escritas con una letra que no era la suya, y muy hermosa. Cada carta iba escrita en una hoja de papel de escuela y á la manera de un oficio. Las cartas estaban llenas de expresiones que Anisimo no empleaba nunca al hablar: «Mis queridos papá y mamá: Les envío una libra de té perfumado para la satisfacción de sus necesidades físicas».

Al pie de cada carta iba garrapateado, como con una pluma rota, «Anisimo Tsyboukine»; y debajo, con la misma magnífica letra que el resto de la carta, «Agente».

Leíanse sus cartas varias veces, y el padre, conmovido, rojo, decía:

—No ha querido vivir aquí; ha entrado por el camino de la instrucción. Pues bien, dejémosle; cada cual está indicado para algo.

Un poco antes de Carnaval cayó una fuerte lluvia mezclada de granizo. El viejo y Bárbara se pusieron á la ventana para mirar, y de repente vieron á Anisimo que llegaba de la estación en un trineo. No se le esperaba. Entró como inquieto y agitado, y así permaneció: notábase en él algo extraño. No mostraba prisa para volver á marchar, y parecía como si le hubieran despedido. Bárbara, contenta con su llegada, le miraba con su aire fino, suspiraba y movía la cabeza.

CENTRO A LA BIBLIOTECA DE  
ARTES Y OFICINAS DE  
1922

—¿Qué hay, amigo mío?—decía ella.—Que el muchacho tiene ya veintiocho años y todavía está soltero. ¡Ah! ya, ya.

Desde la habitación próxima no se oía de sus palabras tranquilas é iguales más que «Ah, ya, ya». Se puso á cuchichear con el viejo y con Aksinia, y sus rostros tomaron una expresión misteriosa, como si conspirasen: se decidió casar á Anisimo...

—Ah, ya, ya. Se ha casado tu hermano menor hace ya mucho tiempo, y tú sigues todavía sin compañera, como un gallo en el mercado — le dijo Bárbara. — ¿Qué significa esto? Cásate, en gracia de Dios; volverás á tu sitio como quieres, á tu servicio, y tu mujer se quedará aquí ayudándonos. Vives desordenado, muchacho, y has olvidado, por lo que veo, toda clase de orden... Ah, ya, ya; es un pecado con vosotros los que vivís en las ciudades.

Cuando los Tsyboukine se casaban, se buscaba para ellos, como para las gentes ricas, á las novias más bonitas. Buscóse también una bonita para Anisimo. Era él de baja estatura, de complexión débil y mezquina: sus mejillas estaban llenas é hinchadas como si las soplasen; sus ojos no se meneaban, y su mirada era penetrante. Su barbilla era roja, salpicada, y cuando reflexionaba se la metía en la boca y la mordía. Por añadidura, era aficionado á la bebida, cosa que se le conocía en su cara y en su continente. Sin embargo, cuando le dijeron que le habían encontrado una novia muy bonita, dijo:

—Pues bien, tampoco yo soy tuerto... En nuestra familia, puede decirse, todos los Tsyboukine son guapos.

Cerca de la ciudad había un pueblo llamado Torgonevo, del cual se había agregado recientemente á la ciudad una mitad; y allí, en una casita propia, vivía una viuda que tenía una hermana tan pobre, que iba á trabajar á jornal con su hija. Se hablaba de la belleza de Lipa hasta en Torgonevo, y solamente su extrema pobreza atormentaba á todo el mundo. Se pensaba que un hombre de edad ó algún viudo se casaría con ella á pesar de su pobreza, ó se la llevaría á vivir con él

«sin más», y que así, por ella, su madre sería alimentada. Las casamenteras la designaron á Bárbara, que partió para Torgonevo. Se organizó en seguida una entrevista, como convenía al caso, con entremeses y aguardiente. Lipa, vestida con un traje de color de rosa, hecho expresamente para la circunstancia, tenía en los cabellos una cinta encarnada, que parecía una llama. Era delgada, débil y pálida, con facciones finas y delicadas, atezadas por el trabajo al aire libre. No abandonaba su rostro una tímida y melancólica sonrisa, y sus ojos miraban de manera infantil, con confianza y curiosidad.

Era muy joven, con el pecho apenas señalado, pero podían casarla porque tenía la edad. En realidad era linda, y solamente una cosa podía no agradar en ella: unas manazas de hombre que, ociosas ahora, pendían como largas tenazas.

—No tiene dote, pero no nos importa—dijo Tsyboukine á la tía.—Para nuestro hijo Estéfano elegimos mujer en una familia pobre, y no tenemos sino motivos para felicitarnos de ello; ya en la casa, ya para los negocios, tiene unas manos de oro.

Lipa estaba en pie cerca de la puerta, y tenía el aire de decir: «Haced de mí lo que queráis: me fío de vosotros». Su madre Prascovia, la jornalera, estaba escondida en la cocina, y se moría de vergüenza. Un día, en su juventud, un comerciante, en cuya casa estaba fregando el piso, la había maltratado en un acceso de furor; la sobrecogió un miedo violento, y el espanto se quedó en su alma para toda la vida. Sus pies y sus manos temblaban sin cesar de miedo, así como sus mejillas. Sentada en la cocina, trataba de escuchar lo que decían los Tsyboukine, y no hacía más que santiguarse, apoyando los dedos sobre su frente y mirando la imagen. Anisimo, un poco ebrio, abrió la puerta de la cocina y la dijo con tono desembarazado:

—¿Por qué está usted ahí, querida mamaíta? La echamos á usted de menos.

Prascovia, enrojeciendo, apretando las manos sobre su seno flaco y hundido, respondió:

—¡Qué se digna usted decirme!... Les estamos muy agradecidas...

Después de la entrevista se fijó el día de la boda.

Anisimo, en su casa, no hacía más que ir y venir por los cuartos y silbar, ó bien, de repente, acordándose de algo, se ponía á pensar y miraba fijamente al suelo, sin moverse, como si hubiera querido hacer que su mirada penetrase muy adentro en la tierra. No experimentaba ningún placer por casarse tan pronto, en la semana de Cuasimodo, ni deseo de ver á su prometida; no hacía más que silbar. Era evidente que no se casaba sino porque su padre y su madrastra lo querían, y porque así lo quieren las costumbres del campo: el hijo se casa para que haya una ayuda en la casa. Partió sin apresurarse, no comportándose en modo alguno como las veces precedentes; parecía de un modo particular indiferente, y no dijo nada de lo que era preciso.

\*  
\* \*

Los trajes de boda habían sido encargados á dos hermanas, sastras de la aldea de Chikalovo, que era de la secta de los flageladores. Vinieron varias veces para probar, y siempre se quedaban mucho tiempo bebiendo té. Hicieron un traje de color de canela, adornado con encajes negros, para Bárbara, y á Aksinia un vestido verde claro con delantero amarillo. Cuando hubieron concluido, Tsyboukine no las pagó en dinero, sino en géneros de su tienda. Se marcharon apenadas, llevándose paquetes de velas y latas de sardinas, que no les hacían falta. Una vez fuera de Oukleevo, y ya en el campo, se sentaron en un montón de tierra y se echaron á llorar.

Anisimo volvió tres días antes de la boda, todo vestido de nuevo.

Después de haber rezado á Dios con gravedad, saludó á su padre y le dió como regalo diez rublos de plata y diez piezas de cincuenta kopeks. Dió otro tanto á Bárbara, y á Aksinia

veinte piezas de veinticinco kopeks. La principal maravilla de tales regalos era que todas las monedas, como escogidas, eran nuevas y brillaban al sol. Esforzándose por parecer grave y sesudo, Anisimo ponía rígida la cara é hinchaba las mejillas, pero su aliento apestaba á aguardiente. Probablemente en cada estación se había precipitado al *buffet*. De nuevo había en él algo extraño. Anisimo y su padre tomaron té y comieron un poco. Bárbara, guardándose sus rublos nuevos, preguntó noticias de las gentes de Oukleevo que vivían en la ciudad.

—Nada de nuevo, á Dios gracias, están bien — dijo Anisimo; — únicamente, en casa de Ivan Yegoroff ha habido un acontecimiento de familia. Su mujer, Sofía Nikiforovna, ha muerto de tisis. Se encargó á un repostero la comida para el descanso de su alma, á dos rublos y medio por cabeza. Hubo vino. ¡Qué *mujiks* son nuestros paisanos! Para ellos también se pagó á dos rublos y medio; ¡no han comido nada! ¿Acaso un mujik entiende de salsas?

—¡Dos rublos y medio!—dijo el viejo meneando la cabeza.

—¿Y qué? Aquello no es una aldea. Entrás en el restaurant para comer, pides esto y lo otro, viene gente, bebes y miras: está ya amaneciendo, y tenéis que pagar cada uno tres ó cuatro rublos. Y cuando se está con Samorodoff, gusta de tomar al final café con coñac, y el coñac, si te gusta, cuesta seis griveniks (1) la copita.

—¡Qué broma!—dijo el viejo con admiración;—no hace más que mentir.

—Ahora estoy siempre con Samorodoff. Este es quien les escribe mis cartas. Escribe magníficamente. Y si le dijese á usted, mamá—añadió alegremente Anisimo volviéndose hacia Bárbara,—qué hombre es ese Samorodoff, no me creería. Todos le llamamos Monkta, porque es una especie de armenio, es negrísimo. Yo leo en su fondo, conozco todos sus negocios

---

(1) 60 kopeks (1 fr. 50).

como mis cinco dedos, mamá, y él lo sabe; así, él no hace más que seguirme, no me deja un paso, y ni el agua nos separaría (1). Aunque me teme, no puede vivir sin mí. Adonde yo voy, él va también. Tengo buen ojo, mamá. Voy al mercado, veo á un mujik que vende una camisa: «¡Alto, mujik! es una camisa robada». Y es verdad, la cosa es así: la camisa ha sido robada.

—¿En qué lo conoces?—preguntó Bárbara.

—En nada; cuestión de vista. No sé qué camisa es aquella, pero sé que hay algo que me atrae; camisa robada, eso es todo. Entre nosotros, en la policía, se dice ya: «Anda, Anisimo, vete á buscar la caza». Lo que quiere decir que hay algo robado. Sí... Todos pueden robar; ¿pero cómo ocultarlo? La tierra es grande y no hay sitio para esconder lo robado...

—En nuestro pueblo, en casa de los Guntoreff—dijo Bárbara suspirando,—han robado la semana última un cordero y dos borreguillos; y nadie para encontrarlos... Ya, ya.

—¿Y bien, qué? se puede encontrarlos. Eso no es nada; se puede.

Llegó el día de la boda. Era un día de Abril, fresco pero claro y alegre. Desde muy temprano comenzaron á llegar coches de todas partes; los cascabeles sonaban en las troikas y en los tiros de dos caballos, que llevaban cintas de colores en las crines.

En la casa, ya estaban las mesas llenas de grandes pescados, de jamones, de pájaros fritos, de latas de conservas, de diversas clases de salazones y de gran cantidad de botellas de aguardiente y vinos; olíase á salchichas. El viejo pasaba inspeccionando las mesas, taconeando y afilando uno con otro los cuchillos. Llamaba sin cesar á Bárbara para pedirle algo, y ella, atareada, sofocada, corría á la cocina, en donde desde la mañana trabajaban el cocinero de Kostinkoff y la cocinera de los Khrymine jóvenes. Aksinia, rizada, con corsé, sin fal-

---

(1) Expresión proverbial rusa.

da, con botinas nuevas que chillaban, volaba en el patio como un torbellino; no se veía de ella más que sus rodillas desnudas (1) y su garganta. Oíase ruido, injurias y juramentos.

Los transeuntes se detenían ante las puertas, abiertas de par en par, y se observaba en todo que se preparaba algo des-acostumbrado.

—Han marchado á buscar á la novia—se dijo.

Se oyó fuera del pueblo ruido de cascabeles que se iba debilitando. A eso de las tres, las gentes se pusieron en conmoción, se oyeron de nuevo los cascabeles: ¡llegaba la novia!

Se llenó la iglesia: el gran candelabro estaba encendido; los chantres, como lo había deseado el viejo Tsyboukine, cantaban sobre música impresa. El resplandor de las luces y los trajes vistosos deslumbraban á Lipa. Le parecía que los chantres, con sus voces sonoras, le golpeaban en la cabeza como con martillos. El corsé, que se ponía por primera vez en su vida, y sus zapatos, la molestaban. Parecía que acababa de volver de un desvanecimiento y que miraba y no comprendía. Anisimo, con levita negra y corbata encarnada, pensaba, mirando á un punto fijamente. Cuando los chantres gritaban muy fuerte, él se santiguaba. Su alma estaba enternecida: hubiera querido llorar. Conocía la iglesia aquella desde su primera infancia. Su difunta madre le llevaba en otro tiempo para comulgar; después cantaba en el coro con los niños: cada rincón, cada imagen, le aportaba muchos recuerdos. Y ahora se celebraba su matrimonio. Hay que casarse para el buen orden; pero apenas pensaba en ello, como si no hubiese comprendido ó como si lo hubiera completamente olvidado. Las lágrimas le impedían mirar las imágenes: tenía un peso en el corazón. Rezaba y pedía á Dios que las inevitables desgracias que estaban prestas á caer sobre su cabeza de un día á otro, le fuesen evitadas y pasaran á su lado, como pasan junto al

---

(1) Las mujeres del pueblo llevan medias muy cortas.



pueblo, durante la sequía, sin dejar una gota de lluvia, las nubes de tempestad.

Tenía infinidad de pecados acumulados ya en su pasado, infinidad de pecados que eran por completo imborrables, irreparables, y que hasta le parecía absurdo pedir perdón por ellos. Y, sin embargo, pedía perdón, y hasta lanzó un gran sollozo. Pero nadie prestó atención, creyendo que había bebido un poco.

Se oyó una ansiosa queja de niño.

—Mamaíta, llévame de aquí.

—¡Silencio!—exclamó el sacerdote.

A la vuelta de la iglesia, la multitud siguió corriendo á la comitiva. Había gente reunida cerca de la tienda, cerca de las puertas y en el patio, bajo las ventanas; algunas mujeres habían venido para exaltar á los esposos. En cuanto franquearon el umbral, los chantres, formados ya en el vestíbulo con su música, rompieron á cantar con todas sus fuerzas. Púsose á tocar una música, hecha venir expresamente de la ciudad. Habían traído en copas altas champagne del Don; y volviéndose hacia los desposados el contraamaestre-carpintero Elizaroff, un viejo de gran estatura, delgado, con cejas tan espesas que apenas se veían sus ojos, les dijo:

—Anisimo y tú, hija mía, amaos uno á otro; vivid según las leyes de Dios, hijos míos, y la Reina de los Cielos no os abandonará.

Se apoyó en el hombro de Tsyboukine, y sollozó.

—Lloremos, Gregorio Petroff, lloremos de alegría—dijo con vocecita conmovida. Y de repente se echó á reír, y añadió con voz llena y vibrante:

—¡Ah!... También ésta es una linda nuera. Todo en ella está en su sitio; todo está bien pulimentado; nada rechina; todo el mecanismo está en orden y bien repasado.

Había nacido en el distrito de Yegorievskoe, pero trabajaba desde su juventud en las fábricas de Oukleevo y de los alrededores, siempre tan largo y tan flaco, y le llamaban Mule-

E. M.—Enero 1904.

ta. Acaso porque desde hacía más de cuarenta años no se ocupaba sino en reparaciones, juzgaba á todo hombre y á toda cosa únicamente desde el punto de vista de la solidez: ¿no tenía él necesidad de reparación? Antes de sentarse á la mesa, probó algunas sillas para ver si eran bastante sólidas.

Después de beber el vino espumoso, todos se instalaron á la mesa. Los convidados hablaban y removían sus sillas. En el vestíbulo, los cantores cantaban y la música tocaba; las mujeres, al mismo tiempo, en el patio, celebraban á coro á los desposados. Era una espantosa y salvaje mezcla de sonidos, capaz de hacer perder la cabeza.

Muleta no se estaba quieto en su silla: daba codazos á sus vecinos, les impedía hablar, y tan pronto lloraba como reía.

—Hijas, hijas, hijas...—murmuraba muy de prisa;—Aksi-niouchka, querida, Barbarouchka, todos viviremos en paz y en concordia, queriditas mías...

Bebía poco, y se había emborrachado con un vaso de aguardiente inglés. Este innoble aguardiente, hecho de no sé qué, idiotizaba á cuantos lo bebían. Las lenguas comenzaban á embrollarse.

Asistían á la fiesta el clero, los contramaestres de las fábricas y sus mujeres, y hosteleros de otros pueblos. El *starchine* del cantón y su secretario, que servían juntos desde hacía catorce años y que, en todo este tiempo, no habían firmado un papel ni dejado salir de los locales administrativos á un solo hombre sin haberle engañado ó vejado, estaban sentados juntos, ambos gordos, repletos, y tan llenos, á lo que parecía, de injusticia, que hasta la piel de sus rostros era particular y semejante á la de un malandrín. La mujer del secretario, que era por extremo flaca, había traído á todos sus hijos. Semejante á un ave de rapiña, atisbaba los platos, atrapando cuanto le caía bajo la mano, y lo escondía para ella y sus hijos, en sus bolsillos.

Lipa, petrificada, estaba sentada con la misma expresión de cara que en la iglesia. Anisimo, desde que la conoció, no le

había dicho ni una palabra, y no sabía todavía cuál era el sonido de su voz.

Sentado junto á ella, continuaba callado y bebía aguardiente inglés. Cuando estuvo borracho, se puso á decir á su tía, sentada frente á él:

—Tengo un amigo que se llama Samorodoff. Es un hombre particular. Es burgués honorario (1), y puede hablar. Pero, sin embargo, tía, veo como á través de él, y él lo comprende. Permítame beber con usted á la salud de Samorodoff, tía.

Bárbara giraba en rededor de la mesa, invitando á los convidados, extenuada, con aspecto de fatiga, y contenta en la apariencia de que hubiera tantos platos que comer, que todo fuese tan rico y que nadie pudiera encontrar nada que censurar.

El sol se puso; la comida duraba todavía. Ya no se daban cuenta de lo que comían ni de lo que bebían. No se podía discernir lo que se decía. De cuando en cuando solamente, cuando la música se callaba, se oía gritar á alguna mujer:

—Habéis chupado nuestra sangre, Herodes; ¿no reventaréis?

Por la noche hubo baile con música. Los Khrymine jóvenes llegaron, trayendo su aguardiente, y uno de ellos, cuando bailaba una cuadrilla, tenía en cada mano una botella, mientras sujetaba un vaso con los dientes, lo que hacía reír á todo el mundo. Entre las cuadrillas se ponían de repente á bailar á saltos. Aksinia no hacía más que lucir y desaparecer, y la cola de su vestido daba aire. Los ojos de Aksinia, grises y de mirada fija, tenían algo de serpentino. Vestida de verde, con su pechero amarillo, sonriente, miraba como una víbora en primavera, levantando y alargando la cabeza, mira al que pasa. Los Khrymine la trataban con mucha familiaridad, y se podía observar que con el mayor estaba desde hacía ya mucho tiempo en las más íntimas relaciones. El sordo no comprendía

---

(1) Uno de los últimos tchius de la lista de las categorías.

nada y no la miraba; estaba sentado, con las piernas cruzadas, comiendo nueces, que partía entre sus dientes con un ruido tan fuerte que parecía que disparaba pistoletazos.

De repente el viejo Tsyboukine se puso en medio de la sala y, agitando su pañuelo, hizo signo de que también él quería bailar la danza rusa. Corrió un rumor de aprobación en toda la casa y en el patio entre la multitud.

—¡Va á bailar! ¡Él también va á bailar!

Bárbara bailó, y Tsyboukine no hizo más que balancear su pañuelo y llevar el compás con los talones; pero los que en el patio, apoyados unos sobre otros, miraban por las ventanas, estaban en éxtasis, y le perdonaron todo por un instante, su riqueza y sus engaños.

—Eres un bravo, Gregorio Petroff—gritaron.—Anda, anda. Eso es señal de que todavía puedes hacer algo. ¡Hala, hala!

La fiesta concluyó á eso de las dos de la mañana. Anisimo, vacilando, dió la vuelta á la sala para dar las gracias á los cantores y á los músicos, y entregó á cada uno una moneda de cincuenta kopeks, nueva. Su padre no se tambaleaba, pero se paraba á cada paso. Acompañaba á los invitados, diciendo á cada uno:

—La boda ha costado dos mil rublos.

Cuando se hubieron dispersado, se vió que alguno había cambiado un gabán viejo por uno nuevo á costa del fondista de Chikalovo. Anisimo se exaltó y se puso á gritar:

—¡Alto! Voy á encontrarlo en seguida. Sé quién lo ha robado. ¡Alto!

Se lanzó á la calle; se precipitó sobre uno; le atraparon; le llevaron á empujones á la casa, rojo de cólera, borracho y sudando, y le metieron en el cuarto en donde la tía había ya desnudado á Lipa. Y le encerraron allí.

\*  
\* \*

Al cabo de cinco días, Anisimo, disponiéndose á marchar, subió á despedirse de Bárbara. Ésta hacía media de lana roja, sentada cerca de la ventana; todas sus lamparillas ardían ante las imágenes, y se percibía en el cuarto olor á incienso.

—Has estado poco tiempo con nosotros—dijo ella.—¿Comienzas acaso á aburrirte? Ya, ya... Nosotros vivimos bien: hay de todo en abundancia en nuestra casa, y tu boda ha estado bien; tu padre dice que ha costado dos mil rublos. Vivimos, en una palabra, como comerciantes. Solamente que es enojoso esto. Ofendemos demasiado al mundo. ¡Ah, cómo le ofendemos, Dios mío! Que cambiemos un caballo, que compremos algo, que alquilemos un obrero, engañamos en todo; engaño, y engaño. El aceite que vendemos está averiado. Dime, te lo ruego, ¿no se podría vender buen aceite?

—Cada cual está indicado para algo, mamá.

—Sí, pero hay que morir. ¡Ah! verdaderamente deberías hablar de esto á tu padre.

—Háblele usted misma.

—¡Ah, sí! En cuanto le digo algo, me responde lo que tú: cada cual está indicado para algo. ¿Crees tú que valdrá esto en el otro mundo? El juicio de Dios es justo.

—Ciertamente que no valdrá—dijo Anisimo suspirando;—no hay Dios, mamá. ¿Quién había de juzgar?

Bárbara le miró sorprendida, se echó á reir y levantó los brazos. Como ella se asombrara sinceramente y le mirase como se mira á un extravagante, él se turbó.

—Un Dios, tal vez haya uno—dijo;—pero no hay fe. Mientras me casaba, no estaba yo en mi centro. Así como cuando se coge un huevo de debajo de una gallina se siente piar al polluelo, así sentí de repente piar mi conciencia, y no hice más que pensar: hay un Dios. Pero en cuanto salí de la iglesia se concluyó todo. ¿Cómo puedo yo saber si hay un Dios ó no? No nos lo enseñan esto desde la infancia. Cuando el niño mama todavía, no le enseñan más que una cosa: cada cual á lo suyo. Ya ve: mi padre tampoco cree en Dios. Me dijo usted una vez

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEUM MACHUCALONERO

que habían cogido un cordero de casa de los Gountaroff... He encontrado á quien lo robó: es el mujik de Chikalovo. Él lo robó, pero la piel está en casa de mi padre... Mire la fe que tiene...

Anisimo guiñó un ojo y meneó la cabeza.

--El *starchine* tampoco cree en Dios—siguió diciendo;—el secretario tampoco, el sacristán tampoco. Si van á la iglesia y guardan los ayunos, es para que las gentes no hablen mal de ellos y para el caso en que resultara verdad, después de todo, lo del juicio final. Dícese ahora que podría venir el fin del mundo porque éste se ha hecho peor, y ya no se respeta á los padres, y demás. Son tonterías. Yo creo, mamá, que todo el mal procede de que las gentes tienen poca conciencia. Veo el fondo de todo, y comprendo. Si un hombre tiene una camisa robada, le veo. Un hombre está sentado en el traktir, y parece que bebe té, y nada más, y yo, además del té, veo que no tiene tranquila la conciencia. Puede uno andar todo un día: no se encuentra un hombre que tenga una buena conciencia. La razón está en que no se sabe si hay Dios... Vaya, mamá, adiós. Quede usted bien y guárdeme buen recuerdo.

Anisimo se prosternó á los pies de su tía.

—Le damos gracias por todo, mamá—dijo.—Nuestra familia recibe de usted un gran beneficio. Es usted una digna mujer, y estoy muy satisfecho de usted.

Anisimo salió conmovido; pero volvió, y dijo:

—Samorodoff me ha metido en un negocio; me haré rico ó me perderé. Si sucede algo, mamá, usted consolará á mi padre.

—Vaya, no sucederá nada. Ya, ya... Dios es misericordioso. Pero mira, Anisimo, deberías acariciar un poco á tu mujer; os miráis como enfadados; deberíais, por lo menos, sonreiros.

—Es muy rara—dijo Anisimo, suspirando.—No comprende nada y no dice nunca nada. Es muy joven. Dejémosla crecer...

Un caballo blanco, muy gordo, esperaba ya en la puerta, enganchado á un tílburí. Tsyboukine subió gallardamente, se sentó y empuñó las riendas. Anisimo abrazó á Bárbara, á Aksinia y á su hermano. Lipa, de pie ella también en la puerta, inmóvil, miraba, como si no hubiera venido para despedir á su marido, sino para no se sabía qué. Anisimo se acercó y rozó ligeramente su mejilla con los labios.

—Adiós—le dijo.

Ella, sin mirarle, sonrió con aire extraño. Su rostro se puso á temblar, y todos, sin saber por qué, tuvieron piedad de ella. Anisimo subió al coche de un salto, y se puso en jarras porque se creía guapo.

Cuando hubieron llegado á la altura, Anisimo se volvió á cada momento para ver el pueblo. El día estaba tibio y claro. Sacábase al ganado por la primera vez, y en pos de él marchaban muchachas y mujeres, vestidas con sus trajes de fiesta. Un buey negro, satisfecho de sentirse libre, mugía y escarbaba el suelo con sus patas delanteras. Por todas partes, arriba y abajo, cantaban las alondras. Anisimo miraba la iglesia, bonita, muy blanca (acababan de volverla á blanquear), y recordaba cómo había rezado en ella cinco días antes. Miraba la escuela, de techo verde; el arroyo, en el que se bañaba en otros tiempos y pescaba con caña, y la alegría brotaba en su corazón. Hubiera querido que, de repente, saliese una muralla de la tierra y le impidiese avanzar, y pudiera quedarse con su pasado solo.

En la estación se acercaron á la cantina y bebieron un vaso de jerez. El viejo buscó su bolsa para pagar.

—Yo convido—dijo Anisimo.

Su padre, enternecido, le dió un golpecito en el hombro, y guiñando un ojo, dijo al cantinero:—¡Qué hijo tengo!

—Si te quedases á trabajar en casa, Anisimo—dijo,—no tendrías precio: te cubriría de oro de la cabeza á los pies.

—Completamente imposible, papá.

El jerez era agrio y sabía á cera, y sin embargo, bebieron otro vaso.

Cuando Tsybóukine volvió de la estación, no reconoció al pronto á su nuera. Apenas marchó su marido, Lipa había cambiado, poniéndose de repente muy alegre. Con los pies desnudos, con una falda vieja y usada, con las mangas levantadas hasta los hombros, lavaba la escalera del vestíbulo, cantando con una vocecita argentina; y cuando miraba al sol con su sonrisa de niña, parecía que también ella era una alondra.

Un anciano obrero, que pasaba ante la puerta, exclamó: —¡Qué nuera te ha enviado Dios, Gregorio Petroff! No son mujeres, son verdaderos tesoros.

\*  
\* \*  
\*

El 8 de Julio, un viernes, Elizaroff, apodado Muleta, y Lipa, volvían de Kzauskoe, adonde habían ido, por la fiesta patronal, á hacer sus devociones á la Virgen de Kazan. La madre de Lipa venía detrás de ellos. Enferma y fatigosa, se quedaba siempre detrás. Era casi de noche.

—¡Ah!—exclamó asombrado Muleta, al escuchar á Lipa.—¿Y entonces?

—Me gusta mucho el dulce, Ilia Makarytch—dijo Lipa.—Me siento en un rinconcito y bebo té, tomando dulces. O bien lo bebo con Bárbara Nikolaevna, y me cuenta alguna historia conmovedora. Tiene mucho dulce; tiene cuatro tarros. «Come, Lipa, me dice, sin reparos».

—¡Ah! ¡Cuatro tarros!...

—Viven ricamente. Se come con el té pan blanco, y hay tanta carne como se quiera. Viven ricamente; pero se tiene miedo en su casa, Ilia Makarytch. ¡Ah! ¡Qué miedo se tiene!

—¿De qué tienes miedo, hija mía?—preguntó Muleta, volviéndose para ver si Prascovia estaba lejos.

—Primero, cuando se celebró la boda, tuve miedo de Ani-



simo Gregoritch. No es malo, no me ha hecho nada; pero cuando se acercaba á mí, sentía frío en todo mi cuerpo, en todos mis huesos. No he dormido ni una noche; no hacía más que temblar y rezar á Dios. Ahora tengo miedo de Aksinia, Iliá Makarytch. No es mala, siempre está sonriendo; pero, á veces, cuando mira por la ventana, sus ojos verdes son malos y queman. Los Khrymine la trastornan. «Su viejo, le dicen, tiene un pedacillo de tierra de cuarenta *desiatinas* en Butiokino; es un pedacito de tierra, dicen, en donde hay arcilla, arena y agua; así, pues, Aksinia, dicen, hazte construir por él una tejería, y nosotros nos asociaremos contigo». El ladrillo vale ahora veinte rublos el millar; es un buen negocio. Ayer noche, después de comer, Aksinia ha dicho al viejo: «Quiero, dijo, montar una tejería en Butiokino; comerciaré por mi propia cuenta». Dijo esto sonriendo, pero el rostro de Gregorio Petroff se oscureció; evidentemente aquello no le agradaba. «Mientras yo viva, dijo, nada de divisiones; hay que vivir juntos». Ella le dirigió una mirada... se puso á rechinar los dientes... trajeron unos pastelillos; ella no los comió.

—¡Ah!...—exclamó asombrado Muleta.—¡No los comió!

—Y dime, si gustas, cuándo duerme ella—añadió Lipa.—Se adormece una media hora y salta de la cama, y trota, trota, para ver si los mujiks prenden fuego ó roban algo. Da miedo, Iliá Makarytch. Después de nuestra boda, los Khrymine no se fueron á acostar; marcharon á la ciudad para querellarse. Las gentes dicen que todo es por causa de Aksinia. Dos de los hermanos le han prometido construir la ladrillería, y el tercero se opone. Su fábrica ha permanecido cerrada un mes. Mi tío Prokor se quedó sin trabajo y tuvo que mendigar de puerta en puerta. «Mientras tanto, tío, le dije, deberías, para evitar esta vergüenza, ir á labrar ó á cortar leña». «He perdido la costumbre, me dijo, del trabajo cristiano. No puedo hacer nada, me dijo, Lipyuka...»

Se pararon cerca de un bosquecillo para descansar y esperar á Prascovia. Elizaroff era amo desde hacía tiempo, pero

no tenía caballos, y corría todo el distrito á pie con un saquito en el que llevaba pan y cebollas; andaba de prisa, balanceando los brazos; seguirle era difícil.

A orillas del bosque estaba plantado un mojón de término; Elizaroff le tocó para ver si era sólido... Prascovia llegó sofocada. Su rostro arrugado, siempre con expresión de espanto, irradiaba, no obstante, felicidad. Había estado en la iglesia como todo el mundo; había ido á la feria y había bebido agraz. Pocas veces le había ocurrido aquello, y le parecía que por primera vez en su vida había vivido á su gusto.

Después de haber descansado, echaron á andar los tres juntos. El sol se ponía, y sus rayos se filtraban al través del macizo de árboles. Delante repercutían ruidosas voces. Las jóvenes de Oukleevo habían marchado de vanguardia, pero se habían detenido en el bosquecillo para coger setas.

—¡Vamos, muchachas!—les gritó Elizaroff.—¡Vamos, hermosas!

Le respondió una carcajada.

—¡Aquí está Muleta! ¡Muleta! ¡Rábano viejo!

El eco reía también.

Cruzaron el bosque; comenzaron á ver lo alto de las chimeneas de las fábricas; brilló la cruz en el campanario; apareció el pueblo, «aquel mismo pueblo en donde el sacristán se comió todo el caviar en un entierro». Y ya estaba cerca la casa: no había más que descender á la hondonada. Lipa y su madre, que caminaban con los pies descalzos, se sentaron en la hierba para calzarse. Muleta se sentó con ellas. Mirado desde allí Oukleevo, con sus sauces, su blanca iglesia y su río, parecía armonioso y bonito; solamente alteraban la armonía los techos de las fábricas, pintados por economía con un color sombrío y bárbaro. En la pendiente, al otro lado, se veían los haces de trigo acabado de segar. También la avena maduraba, y en aquel instante relucía al sol como nácar. Era la época del trabajo y también de las fiestas. Todos los días se oían truenos, quemaba el sol y parecía que iba á llover. Al mirar

los campos, todos se preguntaban si se acabarían á tiempo las labores; reinaba la alegría y la inquietud al mismo tiempo.

—Los segadores están caros ahora—dijo Prascovia.—¡Un rublo cuarenta al día!

Continuaba viniendo gente de la feria de Kazauskoe: mujeres, obreros con gorras nuevas, mendigos, niños... A veces, levantando polvo, pasaba una telega, detrás de la cual corría un caballo no vendido, y que parecía satisfecho de no haberlo sido; otras veces pasaba una vaca que se resistía, y á la que tiraban de los cuernos. Después venía otra telega, con mujiks ebrios, cuyas piernas colgaban. Una vieja conducía á un niño que llevaba un gran sombrero y grandes botas. El niño no podía más con el calor y con el peso de sus botas, que le impedían doblar las piernas, y sin embargo no cesaba de soplar con todas sus fuerzas en una trompeta. Se había bajado ya al fondo de la hondonada, se había dado vuelta á una calle; la trompeta continuaba sonando.

—En casa de nuestros fabricantes hay algo que no marcha—dijo Elizaroff;—es espantoso. Kostinkoff se enfadó conmigo. «Se han gastado muchas planchas en las cornisas», me dijo. «¿Cómo muchas? Se han gastado las necesarias, Basilio Danilyth. Yo no me cómo las planchas». «¿Cómo te atreves á hablarme así?», me dijo. ¡Animal! Ten cuidado. Yo te he hecho contraamaestre», exclamó. «¡Valiente cosa!, dije yo. Cuando no lo era, dije, bebía igualmente té todos los días». «Sois todos unos perdidos», me dijo. Yo no dije nada. En este mundo nosotros somos los perdidos, pensé, y vosotros lo seréis en el otro. Al día siguiente se había suavizado. «No me guardes rencor, me dijo, por mis palabras. Si me he excedido, dijo, piensa que soy superior á ti; tú estás obligado á callarte». «Usted es comerciante, le dije, y yo soy carpintero, es verdad. Pero también San José era carpintero, le dije. Nuestro oficio es digno y agradable á Dios; pero si le gusta decir que es usted superior á mí, dígalo en buen hora, Basilio Danilyth». Pero después de nuestra conversación, he pensado:

¿quién es superior á quién? ¿el comerciante ó el carpintero? Debe serlo el carpintero, hijas mías.

Muleta reflexionó y añadió:

—El que pena y sufre es el superior al otro.

El sol se había ya ocultado, y una bruma blanca, como lechosa, se levantaba sobre el río, en torno de la iglesia y sobre los campos en que estaban las fábricas. Mientras que la oscuridad venía de prisa, abajo brillaban algunas luces y parecía que la niebla ocultaba un precipicio sin fondo. En aquel instante les parecía tal vez á Lipa y á su madre que habían nacido pobres y estaban destinadas á serlo toda su vida, dándolo todo al prójimo, excepto sus pobres almas asustadas; les parecía, tal vez confusamente, que en el orden infinito de las vidas de este mundo inmenso y misterioso, ellas también eran una fuerza y estaban por encima de alguien. Se alegraban de estar sentadas así en la altura, y sonreían de placer, olvidando que pronto ó tarde habría que bajar de nuevo.

Llegaron por fin á la casa. Los segadores estaban sentados en el suelo, cerca de la tienda y junto á las puertas. Las gentes de Oukleevo no iban á trabajar á casa de Tsyboukine; había que contratar á extranjeros. Ahora en la oscuridad parecía que todos tenían largas barbas negras. La tienda estaba abierta y se veía al sordo y á un viajante que jugaban á las damas. Los segadores cantaban dulcemente, apenas si se les oía, ó bien pedían en alta voz que les pagasen la jornada de la víspera. Pero se la negaban para que se quedasen hasta el día siguiente. Tsyboukine, en mangas de camisa, y Aksinia, sentados en un banquillo ante la puerta, bebían té á la luz de una lámpara.

—Abuelo—dijo como por burla un segador,—páguenos por lo menos la mitad. ¡Abuelo!

Se oyó una carcajada; después volvieron todos á cantar en voz baja.

Muleta se sentó para tomar té.

—Venimos de la feria—comenzó diciendo.—Nos hemos di-

vertido, hijos míos, nos hemos divertido mucho, gracias á Dios. Solamente ha ocurrido una enojosa aventura. Sachka el albéitar compra tabaco y da cincuenta kopeks para pagar. ¡Y la moneda era falsa!—dijo Muleta mirando en derredor. (Quiso decirlo en voz baja, pero lo dijo con voz ronca, y todo el mundo lo oyó.)—Los cincuenta kopeks eran falsos. Preguntan á Sachka: «¿Dónde los has tomado?» «Anisimo Tsyboukine, dijo, me los dió cuando fuí á su boda.» Llamaron al *uriaduk* y se lo llevaron. Ten cuidado, Petrovitch, de que no dé esto que hablar.

—¡Abuelo!—seguía diciendo la voz burlona,—¡abuelo!  
Reinó un silencio.

—Ah, hijos míos, hijos míos...—murmuró Muleta levantándose. (Se caía de sueño.)—Gracias por el té y el azúcar. Ya es hora de dormir. Estoy hecho una carraca; todas las vigas en mí están podridas. ¡Ah!

Y al marcharse, añadió:

—Me parece que pronto será tiempo de morir.

Y lanzó un sollozo.

Tsyboukine no terminó de beber el té, y permaneció sentado, meditando. Parecía seguir con el oído los pasos de Muleta, que ya estaba lejos en la calle.

—Sachka el albéitar ha debido inventar todo eso—dijo Aksinia, adivinando sus pensamientos.

Tsyboukine entró en la casa y volvió con un paquete. Lo desenvolvió y brillaron unos rublos completamente nuevos. Cogió uno, lo mordió, lo echó en la bandeja del samovar; después echó otro.

—Es verdad, estos rublos son falsos—dijo, mirando á Aksinia con estupor.—Son los que Anisimo trajo de regalo. Cógelos, hija mía—murmuró dándoselos todos,—y vete á echarlos en el pozo. El diablo se vaya con ellos. Cuida de que no se sepa nada; podría suceder algo. Llévate el samovar y apaga las luces.

Lipa y Prascovia, retiradas en la cochera, vieron que las

lucos se apagaban. Solamente arriba, en el cuarto de Bárbara, continuaban brillando las lamparillas rojas y azules. Descendía de allí una impresión de reposo, de satisfacción y de ignorancia. Prascovia no había podido acostumbrarse á la idea de que su hija, casada con un hombre rico, se deslizase tímidamente, cuando llegaba, en el vestíbulo, y sonriese á manera de demanda; entonces le enviaban té y azúcar. Tampoco Lipa había podido acostumbrarse. Desde que se fué su marido, no volvió á dormir en su cama, sino donde la pillaba, en la cocina ó en cualquier otro lugar. Diariamente lavaba el piso ó la ropa, y le parecía que estaba á jornal. De vuelta de la peregrinación, las dos mujeres tomaron el té en la cocina con la cocinera; después se fueron á acostar en la cochera, en el suelo, entre la pared y los trineos. Allí se estaba á oscuras y se sentía olor á correa. Se oyó que cerraban la tienda y que los segadores se instalaban fuera para dormir. A lo lejos, en casa de los Khrymine, se tocaba el acordeón. Prascovia y Lipa comenzaron á adormecerse.

Cuando las despertaron unos pasos, hacía luna; Aksinia estaba á la puerta de la cochera con una cama.

—Aquí hará tal vez más fresco—murmuró.

Entró y se acostó al lado de la puerta. La luna la daba de lleno. No durmió, suspirando penosamente. Y tendida á lo largo, casi desnuda á causa del calor, aparecía como un hermoso animal á la mágica luz de la luna.

Al cabo de un rato volvieron á oírse pasos. Tsyboukine, muy blanco, apareció en la puerta.

—Aksinia—dijo,—¿estás ahí?

—¿Qué hay?—respondió ella con enfado.

—Te dije que echaras ese dinero al pozo; ¿lo has tirado?

—¡Vaya una idea la de tirar el bien al agua! Se lo he dado á los segadores.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó el viejo, estupefacto y espantado.—Eres una mujer atroz... ¡Ah, Dios mío!

Levantó los brazos y salió murmurando. Poco después

Aksinia se sentó en el catre, suspirando con despecho, profundamente; después se levantó y se fué.

—¿Por qué me has casado aquí, mamá?—dijo Lipa.

—Hay que casarse, hija mía. No somos nosotras las que hemos hecho la regla.

El sentimiento de una inconsolable desgracia estaba pronto á invadirlas; pero les parecía que alguien miraba desde lo alto del cielo, en el azul, desde el lugar en donde están las estrellas, y que veía todo lo que pasaba en Oukleevo y que velaba. Y, aunque el mal fuese grande, la noche estaba tranquila y hermosa, y en el mundo de Dios la verdad existe siempre, y siempre existirá, tan tranquila y tan hermosa: todo en la tierra no espera más que fundirse con la verdad, como la luz de la luna se funde con la noche.

Ambas, tranquilizadas, apretadas una contra otra, se durmieron.

\*  
\* \*

Desde hacía mucho había llegado la noticia de que se había encarcelado á Anisimo, por fabricación y emisión de moneda falsa. Pasaron dos meses, pasó más de medio año, un largo invierno pasó; llegó la primavera, y se habían habituado en casa de sus padres y en el pueblo á la idea de que Anisimo estaba en la cárcel. Cuando alguien, por la noche, pasaba cerca de la casa ó de la tienda, se acordaba de que Anisimo estaba en la cárcel; y cuando tocaban en la parroquia, se acordaban también de que él estaba en la cárcel y esperaba el juicio.

Una sombra parecía haberse extendido en torno de los Tsyboukine. La casa negreaba, y el mismo Tsyboukine parecía también más negro. Hacía tiempo que no se cortaba la barba ni los cabellos; subía al cochecillo sin saltar, y ya no gritaba á los pobres: «¡Que Dios te ampare!» Veía se en todo que sus fuerzas disminuían. Las gentes le temían ya menos. El comisario de policía, aunque continuaba cobrando lo esti-

pulado, le denunció: fué llamado tres veces á la ciudad, por comercio clandestino de aguardiente.

Iba á menudo á ver á su hijo, empleaba á unos y otros, presentaba súplicas.

—¡No hay nadie que intervenga! — decía Bárbara. — Ya, ya. Sería preciso pedir á algún señor que escribiera á las autoridades superiores... Si por lo menos le dejaran en libertad hasta el día del juicio... ¿Para qué cansar á ese muchacho?

También ella estaba afligida, no obstante lo cual engordaba y se ponía más blanca. Seguía encendiendo lamparillas en su cuarto; atendía á que todo en la casa estuviese limpio, é invitaba á los que la visitaban á dulces y pastel de manzanas. El sordo y su mujer traficaban en la tienda. Se había emprendido un nuevo negocio, una tejería en Butiokino, y Aksinia iba á ella casi todos los días en tarantass. Guiaba ella misma, y cuando se encontraba con algún conocido, alargaba el cuello como una serpiente, y sonreía enigmáticamente. Lipa jugaba sin cesar con el niño que le había nacido antes de la Cuaresma. Era una criaturita flacucha que daba compasión, y parecía extraño que gritase, mirara y le tuvieran por un sér humano y le llamasen Nicéforo. Cuando estaba acostado en su cuna, Lipa se alejaba hacia la puerta, y le decía, inclinándose:

—Buenos días, Nicéforo Anisimytsch.

Después corría á besarle. Se volvía á la puerta, saludaba y empezaba de nuevo. Levantaba en el aire sus piernecillas rojas, y sus llantos y sus risas se mezclaban, como acostumbraba á hacerse en casa del carpintero Elizaroff...

Fijóse por fin el día de la vista. Tsyboukine partió para cinco días. Se dijo que habían llevado como testigos á unos mujiks del pueblo. El anciano obrero recibió una asignación y marchó también.

El asunto fué juzgado un jueves. El domingo siguiente Tsyboukine no estaba de vuelta todavía, y no se tenía ninguna noticia. El martes por la noche, Bárbara, sentada junto á



la ventana abierta, espiaba la vuelta del viejo; Lipa jugaba con su hijo en la habitación inmediata. Le hacía saltar en sus brazos, y decía con éxtasis:

—Te harás grande, grande.... Serás un hombre; iremos juntos á trabajar; iremos á trabajar.

—¡Vaya!—dijo Bárbara, ofendida;—¿de qué trabajo hablas, tontaina? Será comerciante en nuestra casa...

Lipa se puso á canturriar, pero no tardó en olvidarse y volvió á decir:

—Te harás grande, grande... Serás un hombre; iremos juntos á trabajar...

—¡Y dale!

Lipa, con su hijo en brazos, se paró en la puerta y preguntó:

—Mamá, ¿por qué le quiero tanto? ¿Por qué le compadezco tanto?—dijo con la voz temblona y los ojos húmedos.—¿Quién es? ¿Á qué se parece? Es ligero como una pluma, ligero como una migaja, y yo le quiero, le quiero como si fuera un hombre verdadero. No puede nada, no dice nada, y yo comprendo cuanto desean sus ojillos.

Bárbara prestó oído al ruido del tren que llegaba á la estación: ¿vendría el viejo? No oía otra cosa, y no sabía de qué estaba hablando Lipa; tampoco comprendía cómo pasaba el tiempo. No hacía más que temblar, no de temor, sino de fuerte curiosidad. Vió una telega llena de mujiks, que rodaba muy de prisa; eran los testigos que venían de la estación.

Cuando la telega estuvo delante de la tienda, bajó el anciano obrero y entró.

Se oyó que le saludaban en la tienda y que le interrogaban.

—Privación de sus derechos y de todos sus bienes—dijo en alta voz,—y trabajos forzados en Siberia por seis años.

Aksinia salió de la trastienda, en donde acababa de servir el petróleo. En una mano tenía la botella, en la otra el embudo, y en los dientes tenía el dinero.

—¿Dónde está papá?—preguntó.

—En la estación—respondió el obrero.—Dice que vendrá cuando sea más de noche.

Al saber que Anisimo estaba condenado á trabajos forzados, la cocinera se puso de repente á lamentarse como por un muerto, pensando que así lo exigían las circunstancias.

—¿Por qué nos has dejado, Anisimo Gregorytch, luminoso halcón?

Los perros, inquietos, se pusieron á ladrar; Bárbara corrió á la ventana, y, muy agitada, gritó con toda la fuerza de su voz:

—¡Basta, Estéfano, basta! No nos abrumes, en nombre de Cristo.

Se olvidó servir el té. No se daban cuenta de nada. Solamente Lipa no pudo comprender en modo alguno de qué se trataba, y continuó bailando á su hijo.

Cuando Tsyboukine volvió de la estación: no le hicieron ninguna pregunta; dió las buenas noches, y atravesó en seguida todas las habitaciones sin hablar. No comió.

—No ha habido nadie que intervenga—le dijo Bárbara cuando estuvieron solos.—Te dije que recurrieras á los señores; no me hiciste caso... Si se hubiera hecho una súplica...

—¡He solicitado!—dijo el viejo, haciendo un gesto de desaliento.—Cuando condenaron á Anisimo me dirigí al abogado que le defendía. Me dijo que ya no se puede hacer nada; es demasiado tarde. También Anisimo dijo: «Demasiado tarde». De todos modos, al salir del Tribunal he hablado á otro abogado; le he dado arras... Esperaré ocho días, y volveré. Que sea lo que Dios quiera.

El viejo, sin decir nada, recorrió otra vez todos los cuartos, y, vuelto de nuevo con su mujer, la dijo:

—Debo estar enfermo. Estoy mareado. Mis ideas se confunden.

Cerró la puerta para que Lipa no oyese, y añadió en voz baja:

—Esto del dinero no puede ser. ¿Recuerdas que antes de

su boda, por Santo Tomás, me trajo Anisimo unas monedas de cincuenta kopeks y unos rublos nuevos? Puse un paquete aparte y mezclé los otros con los míos... Hace tiempo (Dios le tenga en gloria) vivía uno de mis hijos, Demetrio Filatyeh. Viajaba mucho para su comercio. Su mujer, mientras tanto, se divertía. Tenía seis hijos. Y muchas veces, cuando había bebido, mi tío decía riendo: «Nunca sabré cuáles son mis hijos y cuáles son los de los otros». Era de alegre carácter... Pues yo ahora no sabré nunca reconocer en mi dinero cuál es el bueno y cuál es el falso; me parece que es todo falso.

—¡Vaya, vamos! ¡Que Dios sea contigo!

—Tomo un billete en la estación, doy tres rublos, y pienso: ¡si fueran falsos!... ¡Y tengo miedo!... Preciso es que enferme.

—No hablemos más—dijo Bárbara meneando la cabeza;—pongámonos en manos de Dios... Ya, ya... Hay que pensar en esto, Petrovitch. Las horas no se parecen; tú no eres ya joven. Morirás; vela, para que cuando tú ya no estés no perjudiquen á tu nieto. ¡Ah! Mucho me temo que perjudiquen á Nicéforo. Mira, se encuentra como si ya no tuviera padre; su madre es joven y tonta... deberías asegurar á ese pequeño un poco de tierra, ese Butiokino, por ejemplo. ¿No es verdad? Reflexiona. Ese pequeño es monín, y sería una lástima. Marcha mañana y arregla el asunto. ¿Para qué esperar?

—Había olvidado al nieto...—dijo Tsyboukine.—Tengo que darle un beso. Que crezca, sí. Dios lo quiere.

Abrió la puerta y llamó á Lipa. Ésta se acercó con el niño en brazos.

—Lipyuka—la dijo,—si tienes necesidad de algo, pídelo; come lo que quieras; no lo sentiremos con tal de que te sienta bien. (Hizo sobre el niño la señal de la cruz.) Cuida á mi nieto. Ya no tengo hijo; me queda el pequeño.

Le corrieron las lágrimas por las mejillas; suspiró, y salió. Poco después se acostó y se durmió profundamente, después de una semana de insomnio.

\* \* \*

Tsyboukine acababa de pasar algunos días en la ciudad. Alguien contó á Aksinia que había ido á ver al notario y á hacer testamento, por el cual dejaba Butiokino, en donde ella había establecido su tejería, á su nieto Nicéforo. Le dijeron esto por la mañana, mientras que Bárbara y el viejo, sentados en la puerta, tomaban el té. Ella cerró la tienda, reunió todas las llaves y las tiró á los pies de Tsyboukine.

—No quiero trabajar más para usted—exclamó con vehemencia, y de repente estalló en sollozos.—Yo no he entrado aquí como nuera, sino como obrera. Todo el mundo se burla. «Qué buena obrera tienen los Tsyboukine», dicen. Yo no me he contratado en esta casa; no soy una mendiga, una criada cualquiera; tengo padre y madre.

Estaba roja, gritaba con toda su fuerza.

—No quiero servir más—siguió diciendo;—tengo bastante. Trabajar, estar todo el día en la tienda, correr para el aguardiente, eso es bueno para mí; y cuando se toca á dar tierras, entonces llega esa presidiaria con su diablo. Ella es aquí el ama y yo la criada. Encontrad otra tonta, Herodes malditos.

El viejo, en toda su vida no había jamás gritado ni castigado á sus hijos, y no se le había ocurrido nunca que uno de sus hijos pudiera decirle palabras gruesas ó tratarle irrespetuosamente. Así fué que se asustó mucho, entró corriendo en la casa y se escondió detrás de un armario. Bárbara quedó tan sorprendida que no pudo levantarse. No hizo más que menear las manos como si hubiera querido defenderse de una abeja. Murmuró:

—¿Pero qué es esto? ¿Qué tienes? Las gentes van á oír... Baja la voz, por lo menos.

—Habéis dado Butiokino á la presidiaria—siguió gritando Aksinia;—dádselo todo. No me hace falta nada de vosotros. Todos sois lo mismo. Ya tengo bastante... Robáis á los transeuntes y á los viajeros, ¡bandidos! Robáis al viejo y al joven. ¿Quién es el que vende aguardiente sin matrícula? ¿Y la moneda falsa? Han llenado de ella los cofres, y ya no les hago falta...

Comenzaba á reunirse gente, que miraba por la puerta abierta.

—¡Que miren todos!— gritaba Aksinia;— os confundiré. Vais á arder de vergüenza. Vais á arrastraros á mis pies. ¡Hola, Estéfano!— exclamó dirigiéndose al sordo, — marchamos al instante á mi casa; vamos á casa de mis padres; no quiero vivir con presidiarios. Prepárate.

En el patio había ropa blanca colgada en unas cuerdas. Ella quitó sus enaguas y sus camisas, todavía húmedas, y las echó en brazos del sordo. En seguida, exasperada, se precipitó sobre el resto de la ropa, tiró al suelo todo lo que no era suyo y lo pisoteó.

—¡Ah! amigos míos — gemía Bárbara, — tranquilizadla. ¿Qué le pasa? Devolvedla Butiokino, devolvedselo, en nombre del Dios celeste.

—¡Qué mujer!— decían en la calle.— ¡Qué mujer!... ¡Qué genio! Es espantoso.

Aksinia entró corriendo en la cocina, en donde se estaba haciendo lejía. Lipa estaba sola, jabonando; la cocinera había ido al río á aclarar la ropa. La cocina estaba llena de vapor de agua hirviendo. En el suelo había un montón de ropa sucia, y encima estaba el niño, estirando sus piernecillas rojas. Lipa acababa de sacar de un montón unas camisas de Aksinia.

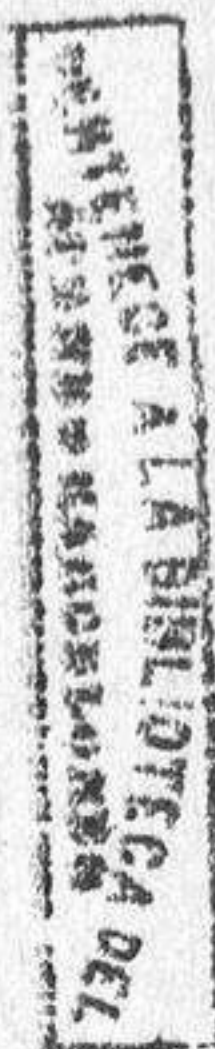
—¡Dame eso!— dijo ésta, mirándola con odio.— No tienes tú que tocar mi ropa. Tú eres la mujer de un presidiario, y debes saber cuál es tu puesto.

Lipa la miró, temerosa, sin comprender; pero de repente, sorprendiendo la mirada que dirigía á su hijo, comprendió, y palideció como una muerta.

—¡Tú has robado mi tierra, pues toma!

Diciendo esto, Aksinia cogió una caldera y vertió el agua hirviendo sobre Nicéforo.

Se oyó un grito como jamás se había oído en Oukleevo, y no parecía que una criatura tan débil como Lipa pudiese gritar así; de repente reinó el silencio. Aksinia volvió á la



casa, sin decir nada, con su sonrisa habitual... El sordo, después de ir y venir con la ropa blanca en los brazos, comenzó á colgarla sin decir nada, sin apresurarse.

Hasta que la cocinera no volvió del río, nadie se decidió á entrar en la cocina y á mirar lo que había pasado.

\*  
\*  
\*

Llevaron á Nicéforo al hospital del *zemstvo*, en donde murió á la noche. Lipa no esperó á que vinieran á buscarla; y habiendo envuelto el cadáver de su hijo en una manta, se lo llevó.

El hospital, recién construído, con grandes ventanas, estaba situado en una altura; el sol poniente le iluminaba de lleno. Al pie de la altura había una aldea; Lipa bajó á ella y se sentó junto á un estanque, al que una mujer había llevado á beber á su caballo. El caballo no bebía.

—¿Pues qué quieres?—decía la mujer.—¿Qué quieres?

A orilla del agua, un niño con camisa roja lavaba las botas de su padre. No se veía otra alma viviente, ni en la aldea ni en la altura.

—No bebe... —dijo Lipa mirando al caballo.

Pero la mujer y el niño partieron, y no quedó nadie. El sol se había ocultado bajo un dosel de oro y escarlata, y nubes alargadas de color rojo y lila se extendían por el cielo para guardar su reposo. En algún sitio, á lo lejos, un alcaraván, como vaca encerrada en un establo, gritaba con voz sorda y melancólica. Todas las primaveras se oía el grito de aquella ave misteriosa, pero nadie sabía cómo era ni dónde vivía. En lo alto, en el hospital, en los arbustos del estanque, y por todas partes en los campos, cantaban los ruiseñores. Las ranas armaban un estrépito colosal, y no parecía sino que cantaban y chillaban para que nadie pudiese dormir en aquella noche de primavera, para que todos gozasen de ella, porque la vida no se da más que una vez.

El cuarto creciente de la luna brillaba en el cielo, y había muchas estrellas. Lipa no supo el tiempo que permaneció sentada junto al estanque. Cuando se levantó para marchar, todos dormían en la aldea; no se veía ninguna luz. Debía haber hasta Ouklevo doce verstas; sus fuerzas no bastarían, y no podía pensar cómo podría llegar al pueblo. La luna brillaba unas veces delante de ella, otras á su derecha, y el cuco gritaba con voz irónica y burlona, como si dijera: Ten cuidado, te vas á extraviar.

Lipa marchaba de prisa, y había perdido el pañuelo de la cabeza... Miraba al cielo, y se preguntaba en dónde podría estar el alma de su hijo: ¿la seguía, ó flotaba allí arriba, cerca de las estrellas, sin pensar ya en su madre? ¡Qué sola es la noche en el campo, en medio de todos esos gritos de alegría, cuando uno no puede alegrarse, cuando la luna le mira á uno, sola también en el cielo, y á la que es indiferente que sea primavera ó invierno y que las gentes estén vivas ó muertas!... Es triste, cuando se sufren desgracias, no tener á nadie al lado; ¡ah! ¡si ella tuviera á su lado á su madre Prascovia, ó á Muleta, ó á la cocinera, ó á algún mujik!...

De repente se oyó una voz de hombre. A orilla del camino brillaba un fuego ante Lipa; ya no tenía llama, solamente brillaban las brasas rojas. Se oía pacer á unos caballos. Dos carros se dibujaron en las tinieblas. En uno había un tonel; en el otro, más bajo, unos sacos. Después se distinguieron dos hombres. Uno de éstos conducía á un caballo para engancharle; el otro, con las manos detrás de la espalda, permanecía inmóvil cerca del fuego. Un perro gruñó cerca de los carros. El hombre que conducía al caballo se detuvo y dijo:

—Se diría que viene alguien por el camino.

—¡Bolo, cállate!—gritó el otro al perro.

Se pudo comprender por la voz que este segundo hombre era viejo. Lipa se paró y dijo:

—Dios le ayude.

El viejo se acercó y respondió entonces:

—Buenas noches.

—¿No me morderá su perro, abuelo?

—No, adelante; no te tocará.

—Vengo del hospital—dijo Lipa después de un poco de silencio.—Mi pequeño ha muerto. Le llevo á la casa.

Sin duda le desagradó esto al viejo, porque se alejó y dijo:

—Lo siento, querida. La voluntad de Dios... ¡Cuánto tardas, muchacho!—dijo acercándose á su compañero.—Apresúrate.

El viejo cogió un tizón y le sopló, lo acercó á Lipa, y la dirigió una mirada que expresaba compasión y ternura.

—Tú eres madre—le dijo;—toda madre llora á su hijo.

Vas lejos?

—A Oukleevo.

—Sube. Te llevaremos á Kuzmenoki; después no tendrás más que hacer sino ir todo derecho.

Estaban enganchados los dos carros; en el del tonel subió el joven; Lipa y el viejo, en el otro. Marcharon al paso.

—Mi pequeño ha sufrido todo el día—dijo Lipa.—Miraba con sus ojitos y se callaba. Quería hablar y no podía. ¡Dios mío, Virgen santísima! De pena caía yo al suelo á cada minuto. Estaba en pie y caía al lado de la cama. Dime, abuelo: ¿por qué ha de sufrir un pequeño antes de morir? Cuando una persona mayor sufre, un hombre ó una mujer, le son perdonados sus pecados; ¿pero por qué sufre un niño, si no tiene pecados? ¿Por qué?

—¡Quién lo sabe!—exclamó el viejo.

Marcharon una media hora sin hablar.

—No se puede saberlo todo, el por qué y el cómo—añadió el viejo.—Se ha dado al pájaro dos alas y no cuatro, porque con dos puede volar. Del mismo modo no se ha dado al hombre el saberlo todo, sino solamente la mitad ó la cuarta parte de las cosas; sabe lo que necesita para vivir en vida.

—Abuelo, será mejor que ande. Mi corazón salta.

—No importa; quédate.



El viejo bostezó é hizo ante su boca la señal de la cruz.

—No importa...—repitió.—Tu pena no es más que una media pena. La vida es larga. Todavía habrá para ti bueno y malo, de todo. Grande es nuestra madre Rusia—dijo, mirando en rededor.—Yo he ido por toda Rusia; lo he visto todo. Debes creer mis palabras, querida; tendrás bueno y malo. Yo he ido á pie á Siberia, adonde emigré; labré la tierra, después me sobrecogió la nostalgia y volví á mi pueblo. Yo tenía una mujer; se quedó en Siberia. Y yo no quiero morir, pequeña. Quisiera vivir todavía una veintena de años. Porque hay bueno y malo. Grande es nuestra madre Rusia.

—Abuelo—preguntó Lipa,—cuando un hombre muere, ¿cuántos días después queda su alma sobre la tierra?

—¡Quién lo sabe! Preguntemos á éste; ha estado en la escuela; ahora enseñan toda clase de cosas en la escuela... ¡Valila!

—¿Qué?—contestó el interpelado desde su carro.

—Valila, cuando un hombre muere, ¿cuánto tiempo queda su alma sobre la tierra?

Valila paró su caballo, y respondió:

—Nueve días. Mi abuelo Cirilo murió, y su alma vivió después trece días en nuestra isba.

—Está bien... Sigue—dijo el viejo.

Era visible que no creía nada de todo aquello.

Al llegar á Kuzmenoki, Lipa continuó á pie su camino. Ya era de día.

Cuando bajó á la hondonada, las isbas y la iglesia de Oukleevo estaban ocultas en la bruma. El tiempo era frío, y le parecía á Lipa que el mismo cuco continuaba cantando.

Cuando llegó á la casa, todavía no habían llevado al campo el ganado; todo el mundo dormía. Se sentó ante la puerta y esperó. Su suegro fué el primero en salir. A la primera mirada comprendió lo que había pasado.

—¡Ah, Lipa!—exclamó,—no has sabido cuidar á mi nieto.

Despertó á Bárbara, la cual empezó á sollozar, y se puso en seguida á vestir al niño.

—Era un lindo niño. Ya, ya... No tenía más que un hijo, y no ha sabido guardarle esta tonta.

Al día siguiente enterraron á la criatura. Después del entierro, los asistentes y el clero comieron mucho, glotonamente, como si hiciera mucho tiempo que no habían comido. Lipa servía á la mesa, y el cura, levantando su tenedor, le dijo:

—No llore usted por el niño. De ellos es el reino de los cielos.

Cuando se marcharon todos fué cuando comprendió bien Lipa que ya no volvería á ver á su hijo. Lo comprendió y se puso á sollozar. No sabía en qué cuarto llorar, porque sentía que después de la muerte de su hijo ya no tenía puesto en la casa, que estaba de más. Los otros lo comprendían también.

—¿Qué haces aquí gimiendo?—le gritó de repente Aksinia, apareciendo en la puerta.—¡Cállate!

Lipa quiso contenerse, pero no pudo y siguió sollozando.

—¿Oyes?—gritó Aksinia, enfurecida.—¿A quién estoy hablando? Sal de aquí y no vuelvas á poner los pies, mujer de presidiario. ¡Vete!

—Vaya, vaya—dijo el viejo, interviniendo.—Cálmate, Aksinia... Lloro porque ha perdido á su hijo... Es natural.

—Es natural—replicó Aksinia, imitándole.—Que se quede esta noche, pero que mañana no esté aquí. ¡Es natural!—volvió á decir; y, riendo, se dirigió á la tienda.

Al día siguiente, muy temprano, Lipa se fué á Torgonevo, á casa de su madre.

\*  
\* \*

Hoy la casa y la tienda están vueltas á pintar y relucen como si fueran nuevas. Los geranios florecen, como en otro tiempo, en las ventanas. Y lo que pasó tres años antes en casa de Tsyboukine está casi olvidado.

El jefe de la casa parece que sigue siendo Gregorio Petrovitch; pero, de hecho, todo ha pasado á manos de Aksinia. Ella compra, vende, y nada puede hacerse sin su consentimiento.

Su tejería marcha bien. A consecuencia del pedido para un camino de hierro, el precio de los ladrillos ha subido á veinticuatro rublos el millar. Mujeres y muchachos llevan ladrillos á la estación y cargan los vagones. Perciben veinticinco kopeks al día (1).

Aksinia está asociada á los Khrymine, y su razón social es: «Khrymine Jóvenes y Compañía». Los socios han regalado al sordo un reloj de oro, y no hace más que sacarlo del bolsillo y llevárselo al oído.

Se dice que Aksinia ha adquirido gran fuerza en el pueblo; y en efecto, se observa en ella esa fuerza cuando por la mañana se va á la fábrica, arrogante y feliz, con su sonrisa de siempre, y cuando allí da órdenes. Todo el mundo, en su casa, en el pueblo y en la fábrica, la teme. Cuando va al correo, el director se apresura á decirla:

—Tenga usted la bondad de sentarse, Xenia Abravna.

Un propietario de cierta edad, atildado y presuntuoso, al venderla un caballo rebajó en el precio cuanto ella quiso. Al darla la mano, dijo:

—Por una mujer como usted, Xenia Abravna, estoy dispuesto á hacer cuanto le agrade. Dígame solamente cuándo podremos vernos de manera que nadie nos moleste.

—Cuando usted quiera.

Desde aquel momento el propietario va todos los días á la tienda para beber cerveza. La cerveza es detestable, pero la bebe.

Tsyboukine no se ocupa ya en los negocios. No lleva dinero, porque ya no sabe distinguir el bueno del falso; pero no dice nada y no habla á nadie de esta debilidad. Se ha hecho olvidadizo, y si no le dan de comer no lo pide. Se ha tomado ya la costumbre de comer sin él, y su mujer dice á menudo:

—Ayer también se ha acostado nuestro viejo sin comer.

Dice esto con tono indiferente, por costumbre. Invierno y verano, no se sabe por qué, Tsyboukine lleva una misma pe-

---

(1) Sesenta céntimos.

liza de cordero. Los días muy cálidos no sale. Con el cuello levantado se pasea de ordinario por el pueblo, por la carretera ó por la estación, ó permanece sentado, sin moverse, desde la mañana hasta la noche, en un banco á la puerta de la iglesia. Los que pasan le saludan, pero él no responde porque no gusta más que antes de los mujiks. Cuando se le pregunta algo contesta con bastante cortesía y discreción, pero brevemente. Se dice en el pueblo que su nuera le ha echado de su propia casa, que no le da de comer y que vive de limosnas. Los unos se alegran de ello, los otros le compadecen.

Bárbara está más gruesa y más blanca, y continúa haciendo buenas acciones; Aksinia no se lo impide. Se empieza á olvidar á Anisimo. Se recibió un día una carta suya escrita en verso, en una hoja grande de papel, en forma de súplica, siempre con la misma magnífica letra. Evidentemente, su amigo Samorodoff sufre la misma pena que él. Al final de los versos leíase una línea con una letra pésima: «Sigo enfermo, es muy duro, ayudadme en nombre de Dios».

Un hermoso día de otoño, Tsyboukine estaba sentado á la puerta de la iglesia, con el cuello de su pelliza levantado. En el otro extremo del banco estaba sentado el carpintero Elizoroff, y á su lado un viejo de setenta años, sin dientes, el guardián de la escuela, Yakoff.—Los jóvenes deben sostener á los viejos... Honrarás á tu padre y tu madre—decía Yakoff con irritación.—Y ella, la nuera, le ha echado de su propia casa. No le dan de comer ni de beber. ¿A dónde puede ir? Ya hace tres días que no ha comido.

—¡Tres días!—exclamó Muleta.

—Y está siempre así, sentado, sin decir nada. Está debilitado. ¿Por qué no decir algo? Debería presentar una queja ante el tribunal.

—¿Para qué?—replicó Muleta.—Es igual.

—Y el marido es sordo y tonto—siguió diciendo Yakoff.—Es tonto como un ganso. ¿Qué va á comprender? Aunque des un palo á un ganso no comprenderá.

Muleta se levantó para ir á su casa, y Yakoff hizo lo mismo. Cuando hubieron dado unos cincuenta pasos, Tsyboukine se levantó á su vez y echó á andar con paso vacilante como si caminara sobre hielo.

El pueblo estaba ya sumido en el crepúsculo, y el sol no brillaba más que en lo alto, sobre el camino que serpenteaba. Algunas viejas y algunos niños venían del bosque, llevando cestos con setas. Mujeres y jóvenes volvían en grupo de la estación, en donde cargaban vagones de ladrillos. Su nariz y sus mejillas estaban cubiertas de polvillo rojo. Cantaban. Lipa venía delante, cantando con su vocecilla débil y mirando al cielo, como triunfante y alegre de que la jornada, gracias á Dios, hubiese terminado y se pudiera descansar. Entre el grupo estaba su madre, con un paquete en la mano y respirando con dificultad.

—Buenas tardes, Makarytch—dijo Lipa, viendo á Muleta.

—Buenas tardes, Lipyuka—dijo él con alegría.—Mujeres y niñas, quered al viejo carpintero... Hijas mías, hijas mías (la voz de Muleta sollozó), queriditas mías.

Y continuó su camino hablando con Yakoff.

Después el grupo encontró al viejo Tsyboukine y se hizo el silencio. Lipa y Prascovia se detuvieron un poco, y cuando el viejo llegó junto á ellas, Lipa hizo un profundo saludo y dijo:

—Buenas tardes, Gregorio Petrovitch.

Su madre se inclinó también.

El viejo se paró, y sin decir nada, miró á las dos. Sus labios temblaban y sus ojos se llenaron de lágrimas. Lipa buscó en el paquete de su madre un pedazo de pastel de harina y se lo dió al viejo. Éste lo tomó y se puso á comer.

El sol habíase ya puesto por completo; su último reflejo se extinguió en lo alto del camino; con la oscuridad empezó el frío. Lipa y Prascovia continuaron su camino y se santiguaron varias veces.

ANTÓN TCHEKHOFF

FIN

REPOSICIÓN DE LA BIBLIOTECA DEL  
CENTRO DE INVESTIGACIONES Y  
DESENVOLUPAMIENTO TECNOLÓGICO

# EL PROBLEMA DE LA MARINA DE GUERRA

---

Para empezar siendo sincero, ya que no puedo ostentar otro mérito, he de confesar que después de escrito el anterior epígrafe he quedado perplejo y algo inclinado á abandonar la tarea que me impone: porque, ¿existe verdaderamente en España el problema de la Marina de guerra? ¿Es éste, acaso, uno de los que con caracteres de mayor urgencia se presentan como de turno para el desenvolvimiento y progreso de nuestro país? Y aunque así se le considere por muchos, ¿tratan éstos de resolver un problema nuevo, ó solamente de hacer una tentativa más en busca de la solución deseada hace ya muchos siglos?

Lo que con toda certeza se puede asegurar es que el problema está planteado, que se ha anticipado ya una solución, y que esta solución habrá de discutirse en día no lejano. De la importancia que para el país tiene este asunto, nadie puede dudar, puesto que se aventura en el ensayo una gran parte de la fortuna pública, y, lo que es aún más importante, el crédito de la Marina de guerra, que es uno de los organismos principales y esencial para la vida de la nación. Vale, pues, la pena de estudiar la cuestión en toda su generalidad y con el mayor detenimiento.

Un examen superficial puede fácilmente producir en nosotros las más engañosas ilusiones, porque, aparentemente, todo ha sucedido de la manera más apropiada para asentar nuestra Marina sobre firmísimos cimientos. A partir de cierto día, to-

dos los españoles, sin distinción, se constituyeron en jueces de la Marina, se substanciaron rápidamente los procesos, se pronunciaron sentencias formidables; poco á poco, hasta los más ajenos á estas cosas se ilustraron minuciosamente, guiados por cuantos medios de información se conocen, y llegó un día en que las cosas de la Marina, antes relegadas totalmente á las gentes del oficio, empezaron á ser familiares á casi todos los españoles; el tiempo y la atención dedicados á su examen parecían garantía de acierto en la colaboración ó en la crítica; las pasiones del primer choque estaban ya calmadas; el alto interés de la Patria, de los optimistas, y los intereses egoístas de los que no ven ó no quieren ver más que el presente, ó de aquellos otros cuyo escepticismo les niega toda esperanza en el porvenir, entraban fríamente en el palenque de esta contienda aportando cada uno sus propios elementos: todo hacía presumir que la discusión iba á empezar, que por una y otra parte se harían esfuerzos en pro de sus respectivas soluciones, y que en esta discusión empezaría á perfilarse los contornos de una *opinión* acerca de la verdadera necesidad nacional.

Aparentemente así ha sucedido, pero un examen atento de los sucesos nos descubre pronto el error. Las tremendas acusaciones del primer momento no eran el arranque varonil del que quiere vivir, amputando para conseguirlo los miembros dañados. Ha transcurrido ya bastante tiempo desde entonces, para que sepamos de un modo cierto que las acusaciones cayeron sobre justos y pecadores y se desvanecieron con la misma falta de lógica con que se formularon, cual si fuesen producto no de un noble sentimiento herido, sino de una agitación pasional desordenada, del sentimiento de la propia culpa no pocas veces, que desahogaban su furia sobre aquello que menos podía oponerse á sus ataques. Las censuras á la Marina llegaron á ser una obsesión de todos los españoles; pero tampoco en esta labor hubo nada de provechoso, porque la Marina, que no era capaz de defenderse porque no tenía la unidad, la solidaridad orgánica que le es indispensable, no dió lugar á un

730  
BIBLIOTECA  
NACIONAL  
DE ESPAÑA

ataque ordenado y bien dirigido por parte de sus censores, y la lucha se convirtió en refriega, en la que con frecuencia se herían los de un mismo bando... Después, en un día determinado, parecía que todo había concluído: cuestiones minuciosamente debatidas, si bien con más solemnidad que atención, quedaban al parecer satisfactoria y definitivamente aclaradas; pero transcurrido algún tiempo, volvían á aparecer más vigorosas y pujantes que la vez primera, y de este modo parecían siempre nuevas; pero los espíritus más imparciales y serenos se cansaban de esta tarea inútil y sofocante, y la contienda quedó entregada á demagogos de distintas especies, que ocasionalmente encontraban en ella su *rio revuelto*. La tempestad había pasado, pero la calma era no más que consecuencia del cansancio, pues en la mente de los españoles nada se había aclarado; habían cedido solamente en su hostilidad para caer en la mayor indiferencia, y como todo hacía presumir que su estado se prolongaría indefinidamente, fué preciso que los hombres de gobierno, acogiéndose como tabla de salvación al proverbio «el que calla otorga», diesen por hecha la conciliación y proclamaran la necesidad de una Marina de guerra. Preciso fué que cada uno de ellos la definiese con arreglo á sus convicciones, á su manera particular de entender la cuestión ó adaptando la solución á otras cuestiones que formaban el programa de su partido; tampoco faltó en esto la solemnidad, y al fin se tuvo una solución, un programa oficial de reconstitución de la Marina de guerra, hecho con la mayor suma de garantías de ácierto que permitían las circunstancias, no sólo para que fuese bueno, sino para que satisficiera á los más; pero este programa llevaba en sí un vicio de nacimiento, que era y es aún humanamente inevitable; porque si había sido confeccionado y sancionado por personas de la más alta respetabilidad, tanto en el orden político como en el técnico, si había sido recibido por todos sin protesta, no era, como no podía ser, expresión consciente de la voluntad nacional, que sabe lo que quiere, y conoce y está dispuesta á hacer los sacrificios necesari-



rios; y sin estos requisitos, me parece imposible que se pueda dar cima á la difícil empresa de crear un poder naval, grande ó pequeño, pero perdurable, y sí sólo que se haga un tanteo más, estéril como tantos otros que son proverbiales en nuestra historia.

Los miembros de la llamada Junta de Escuadra dieron pruebas de patriotismo, porque á falta de una opinión nacional, de una opinión siquiera que representase la de la corporación marítima, expusieron francamente la suya, quizá con la esperanza de que ella sería discutida y retocada, y serviría de base al fin para la anhelada solución; pero tampoco sucedió esto, porque aquella opinión, aquel programa, no despertaron las voluntades dormidas, y por ninguna parte se manifestó con fuerza suficiente ni el asentimiento ni la protesta; solamente en las esferas del Gobierno se debatió con gran calor; pero tampoco allí se discutía el problema naval, sino la oportunidad de gastar una determinada suma.

De toda esta labor infecunda de acusaciones apasionadas, de disputas egoístas y de discusiones muy aparatosas pero poco serias, sólo una cosa ha quedado en pie: el escepticismo, esa terrible enfermedad que, lenta pero invariablemente, va acabando con nuestra confianza en todo lo que pertenece al Estado, y que por un curioso fenómeno de psicología nacional no ha quebrantado nuestra fe en las actividades privadas, ó que, á lo más, las ha quebrantado de una manera atenuada. Tal vez sea esto debido á que los españoles, poco educados, ó mejor dicho, mal educados para la vida moderna, somos incapaces de cumplir los fines que ésta nos exige, cuando para conseguirlo son más necesarios los recursos de una educación especial, como sucede con las funciones públicas en sus diversas manifestaciones. Tal vez la antiquísima pero constante práctica de personalizar, de convertir en feudos personales los cargos públicos, ha matado en nosotros la conciencia del Estado y de los deberes que éste nos impone. No lo sé, ni es esta cuestión para tratada en este lugar, ni propia de mi competencia;

creo firmemente que en manera alguna puede imputarse el mal á la incapacidad de nuestra raza; pero aunque así fuese y de ello estuviésemos persuadidos, tampoco entonces nos sería lícito entregarnos á los consejos del escepticismo, porque solamente la lucha racional y persistente para vencer nuestras deficiencias naturales, nos ganaría, á nuestros propios ojos y á los de los demás, la consideración y el respeto que sólo merecen los que luchan.

Pero dejando aparte toda digresión, ¿existe en España el problema de la Marina de guerra? Más claro, ¿nuestra vida nacional se encuentra en un momento en que se hace sentir de un modo imperioso la necesidad de un poder naval militar? Y si es así, ¿tenemos esperanzas bien fundadas de conseguirlo?

Cuestiones son éstas que exigen toda nuestra atención, y sobre todo que se las examine con absoluta calma y despreocupación. Entre los que públicamente han manifestado sus opiniones, apenas hay discrepancia: casi todos ellos convienen en que España, para figurar como pueblo libre entre las naciones europeas, necesita un poder naval militar, que de este modo, dicen, es consecuencia ineludible de la dignidad nacional. Tan gallarda expresión del patriotismo no puede menos de ser grata á todos los oídos españoles, y yo, que por muy español me tengo, me siento como los demás arrastrado por el entusiasmo general; pero la previsión más elemental nos obliga á todos á hacer un detenido examen, antes de lanzarnos en demanda de nuestras aspiraciones.

El poder naval, según la opinión casi unánime de cuantos en estas cosas se ocupan, es la más exacta representación de los progresos morales y materiales de las naciones que lo tienen, y que en su afán por conseguir la hegemonía del mar, ó por lo menos el libre tránsito por el mar, indispensables en unas para su engrandecimiento y predominio y en todas para mantener su libertad, no han vacilado en hacer los mayores esfuerzos por agrandarlo y perfeccionarlo cada vez más, poniendo á contribución todas sus inteligencias y todos sus re-

cursos materiales. De tal manera son múltiples y complicados los elementos de todas clases que integran el poder naval, que apenas hay uno solo de los que componen el organismo nacional que deje de contribuir muy directamente á su formación; y por eso el poder naval, tal como hoy ha llegado á constituirse, es el instrumento más delicado y difícil de manejar que la civilización moderna ha puesto en manos de los gobiernos.

Admitamos por un momento, y yo lo admito sin mucha dificultad, que las condiciones materiales de nuestro país son apropiadas para el sostenimiento de un poder naval militar, pequeño, pero enteramente independiente de auxilios extraños, que pudieran al faltarle embarazarlo ó paralizarlo en tiempo de guerra, y supongamos, también en hipótesis, que nos lanzamos á la construcción de la escuadra correspondiente. Es natural que, con tal suposición, se nos ocurra comparar lo que nos sucedió en la última tentativa que hemos hecho, con nuestra situación actual. Todo el mundo se acuerda de que en los últimos años del pasado siglo se hizo un ensayo en pequeña escala para la creación de un poder naval militar, y todo el mundo sabe también que aquel poder naval, prescindiendo ahora de su magnitud, no satisfizo á nadie, y mucho menos que á todos á los marinos, porque ellos sostenían el peso de sus enormes deficiencias morales, ellos las apreciaban en toda su magnitud porque vivían en contacto con los poderes navales de otras naciones, y ellos sabían que, á la postre, sobre ellos caerían las responsabilidades de todo, como así ha sucedido, siendo solamente culpables en parte, como miembros de la defectuosa máquina del Estado nacional. Y, sin embargo, aquel poder naval fué creado en condiciones mucho más ventajosas que las presentes, porque entonces el espíritu nacional no había sido abatido por recientes desastres; entonces poseía España extensas y lejanas colonias que exigían imperiosamente una Marina de guerra, y entonces la Deuda nacional no estaba sobrecargada con el enorme peso de la de nuestras colonias, porque en lo demás nada ha cambiado: la misma inesta-

bilidad en nuestra política é igual desconfianza en todos los españoles para la obra de nuestros fugaces gobiernos.

Pero no nos refiramos á tiempos pasados; consideremos sólo los tiempos presentes, y preguntemos: ¿el estado actual de la Marina, habida cuenta de la pequeñez de su presupuesto, habida cuenta de todas las imperfecciones de leyes y reglamentos, es tal que pueda considerarse satisfactorio? Los cuidados que los gobiernos dedican á la Marina, y muy especialmente á su personal, que habrá de constituir el fundamento del de esa escuadra que tan imperiosamente reclaman, ¿nos pueden tranquilizar acerca del éxito de la empresa?

Ni me propongo ni es necesario entrar en detalles acerca de los males que aquejan á la Marina; demasiado frecuentemente se los ha exagerado para sacarlos á plaza, y frecuentemente también han sido reconocidos por los mismos marinos; que cada cual mire á su propia casa, y verá en ella tanto ó más de lo que perturba la de su vecino de Marina; pero es preciso proclamar y repetir constantemente que los males de la Marina, como los de todos los demás organismos, no se deben á la penuria del presupuesto ni á las deficiencias de la organización; es preciso acabar con la cómoda rutina de atribuir nuestra ineptitud á la falta de recursos materiales para practicar, y nuestra pereza á lo que llamamos *trabas administrativas*: porque sería facilísimo el demostrar que con el dinero gastado en cosas innecesarias, ó por lo menos remotamente necesarias, había lo bastante para que todo el personal practicara constantemente; y aún sería más fácil el demostrar que las tales *trabas administrativas* tan sólo son responsables del uno por ciento de la lentitud y de los desórdenes de nuestra administración.

En cuanto á los cuidados de los gobiernos por la Marina, bien elocuentemente hablan los hechos de todos los días: los gobiernos no piden á la Marina otra cosa que economías; concedidas éstas, nada les importa lo demás, con tal que no se produzcan alteraciones del orden público en los arsenales: á

esta sencillísima fórmula está reducida toda la política naval de los que proclaman solemnemente en el Parlamento que la dignidad nacional exige perentoriamente que tengamos una Marina de guerra fuerte y respetable. Esos mismos gobiernos, que no encuentran recursos para que el personal practique y conserve su aptitud, son los que después, cediendo á lo que ellos llaman *compromisos de gobierno*, que son sus *trabas administrativas*, admiten promociones numerosísimas, queriendo favorecer á unos muchachos que al fin serán sus víctimas; pero no he de seguir en la penosa labor de la disección: nuestros males, nuestra incapacidad actual para los servicios públicos, son tan notorios, que huelga toda demostración.

No; la dignidad nacional no consiste ni puede consistir en el fácil pero momentáneo esfuerzo que se necesita para desprendernos de unos cuantos millones para adquirir buques: la dignidad nacional, como virtud que es de la más alta estimación, exige esfuerzos mucho mayores, infinitamente mayores que ese, para conseguirla; no es con convulsiones nerviosas, ni aun con el sacrificio de la vida, como se satisface, que virtudes son éstas que no faltan ni en los pueblos salvajes ni en las razas que viven en servidumbre; sino con el ejercicio perseverante de la voluntad durante todas las horas de todos los días.

Y ya que de la influencia de los gobiernos sobre la Marina tratamos, bueno será recordar las palabras con que el eminente escritor naval Maham (1) condensa su opinión en este asunto; dice así: «Parece probable que un gobierno penetrado de las tendencias naturales de su pueblo, realizará satisfactoriamente su progreso en todos sentidos, y en cuanto al poder naval, los éxitos más brillantes han sido siempre la consecuencia de la dirección inteligente, ejercida por un gobierno completamente imbuído del espíritu del pueblo, y con plena conciencia de su verdadera aspiración general: tal gobierno tiene más estabilidad si ha sido creado por la voluntad del

---

(1) *The influence of Sea Power upon History*, pág. 58.

»pueblo ó de sus representantes naturales. También en algunos casos han fracasado estos gobiernos, mientras que á veces el poder despótico, manejado con juicio y consistencia, ha podido crear un gran comercio marítimo y una brillante Armada, con mayor rapidez de la que puede alcanzarse por los procedimientos más lentos de un pueblo libre. La dificultad en el último caso está en asegurar la persistencia, después de la muerte del déspota».

No puede desconocerse que el pueblo español tiene afición á la navegación y á las industrias del mar: de ello dan testimonio el desdén con que los habitantes de las poblaciones marítimas miran á todas las profesiones terrestres, y más aún nuestra importante Marina mercante, que por el tonelaje de sus buques de vapor ocupa el sexto lugar entre todas las del mundo, y eso que está agobiada bajo el peso de tributos superiores á los de las demás, ó lo que es lo mismo, que vive, aun luchando con todas en condiciones desventajosas.

Tampoco puede dudarse de la docilidad del pueblo español para aceptar los sacrificios que la Patria le impone: reciente está aún la manifestación brillante que hizo de esta virtud en los momentos de peligro, y más tarde aceptando sin protestas las duras consecuencias económicas; pero, ¿qué puede decirse, en cambio, de los gobiernos? ¿Están penetrados de las tendencias naturales del pueblo español? ¿Ejercen una dirección inteligente completamente imbuídos del espíritu de aquél y con plena conciencia de su verdadera aspiración? ¿Manejan el poder con juicio y consistencia? Y por último, ¿dónde está la persistencia que Maham considera indispensable para el mantenimiento del poder naval?

Perniciosa es, sin embargo, y en alto grado, la rutinaria costumbre de atribuir *todos* nuestros males á los gobiernos, y también es interesante lo que acerca de este particular dice Maham (1) al considerar las causas de nuestra decadencia ma-

---

(1) Obra citada, pág. 51.

rítima á partir de los días de Lepanto, cuando dice: «Indudablemente, este resultado no puede atribuirse á una sola causa. Seguramente los gobiernos de España han sido tales que han constreñido el libre y floreciente desarrollo de las empresas privadas; pero el carácter de un gran pueblo domina ó modela el carácter de su gobierno...»

La supresión forzosa de tantos y tantos feudos oficiales como han desaparecido con nuestras colonias, ha cerrado las puertas doradas á muchos ambiciosos; las iniciativas particulares son desde ahora su único recurso. ¿Tendrán éstas fuerza bastante para abrirse paso á través de todos los obstáculos de nuestra mal llamada política? ¿Llegará por fin la hora en que el pueblo español, con la defensa de los intereses particulares que se vayan creando, empiece á modelar ó á dominar el carácter de nuestros gobiernos?

De lo expuesto se infiere que las condiciones actuales de nuestro país no son apropiadas para la creación y sostenimiento de un poder naval, mejor dicho, de una Marina de guerra de importancia; no lo son en el orden material, pero menos aún, mucho menos, en el orden moral, porque el primero en nada se opone á que tengamos una Marina pequeña, tan pequeña como lo exijan nuestros recursos; pero el segundo es independiente de la magnitud, porque indudablemente en el más pequeño buque de la Marina británica, se encontrará la representación viva de casi todas las cualidades que forman la entidad moral y material de aquella Armada y de aquella nación.

Tampoco se puede tomar en serio el argumento de los que dicen que es urgentísima la creación de una escuadra, porque solamente con la libertad que tendremos bajo su protección, nos será posible el atender á todos los problemas interiores para robustecer á la nación. Cuestiones de preferencia son éstas que se parecen á aquellas que servían para entretener los ocios de los malos filósofos de otros tiempos, que llegaron á discutir si fué primero el espíritu ó la materia. El problema de

730 203 1017 1017 1017  
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

la Marina no es anterior ni posterior á los demás, porque todos son inmediatos, cada uno en su conveniente proporción; en cuanto al problema de la creación de una escuadra importante, ya es otra cosa; lo inmediato por ahora, lo que la dignidad nacional exige imperiosamente, es que pongamos los medios para llegar á alcanzar la capacidad nacional que la escuadra exige: ciertamente que en nosotros están los medios de acortar el plazo que para eso nos falta; ciertamente que con el ejercicio perseverante de una firme voluntad, alentados por un verdadero espíritu de patriotismo, pero del patriotismo tranquilo, que consiste en cumplir nuestros deberes todos los días, podremos salvar pronto la distancia que nos separa de esas naciones que tienen verdadero poder naval; pero ni el patriotismo consiste en proclamar apasionadamente nuestros ambiciosos deseos, ni con elocuentes palabras convenceremos á nadie de que ahora vamos á correr, los que siempre hemos caminado con gran lentitud.

Muy lejos estoy de creer que España sea incapaz de tener una Marina de guerra, y más lejos aún de creer que deba abandonarse el problema de su creación, para que brote espontáneamente cuando las circunstancias le sean favorables; lo que quiero decir es que éste no es en manera alguna un problema especial, que ni exige ni es posible darle solución antes que á otros muchos, como los problemas del crédito público y del saneamiento de la moneda, el problema de la agricultura, el del desenvolvimiento de nuestra riqueza minera é industrial, etc., etc., y por último los dos grandes problemas, el de la disminución de la horrible mortalidad que diezma nuestra población, y el de la falta de instrucción, que la diezma todavía más para los fines nacionales; porque no deja de ser extraño que en este febril afán que nos ha entrado á los españoles por cultivar las minas y los campos y todo lo que es capaz de dar algún producto, nos hayamos olvidado de cultivar los hombres, que son la más abundante fuente de toda clase de riquezas.



La Marina es un órgano de la Nación, y debe crecer y educarse y fortificarse al par de la Nación misma; y así como los elementos constitutivos de cada una de las partes de su organismo vivo están preparados para el crecimiento y la vida del órgano particular de que forman parte, pero siempre en íntima y armónica relación con el crecimiento y la vida del organismo entero, así también la corporación marítima debe trabajar por el desarrollo de la Marina al unísono de la Nación considerada en su conjunto.

Parece desprenderse de esta última consideración que, ligada estrechamente la Marina á los progresos de la Nación, habrán de pesar éstos sobre ella, matando su ideal propio y con él su libertad de acción y sus más nobles aspiraciones de engrandecimiento; pero, bien mirado, no puede esto suceder, porque no se concibe que un órgano adquiera, sin traspasar los límites de la conveniencia, un desarrollo material superior á la capacidad y á las necesidades del conjunto, á semejanza de esos atletas que cuidan solamente del desarrollo de sus miembros, y acaban por perder las cualidades más necesarias á los hombres y convertirse en simples máquinas; y en cuanto al progreso moral, el que más enaltece á todas las corporaciones, no tiene límites ni aun para las aspiraciones más ambiciosas.

La Marina más que nadie está interesada en atender á su reconstitución interior y en impedir que vuelvan á repetirse esos imperfectos ensayos de creación de escuadra sin la preparación conveniente, porque ella, que nada gana con esas fantasmagorías de poder naval, sabe, por dolorosa experiencia, que es al fin la única que paga todas sus consecuencias. La Marina está interesada en poner en orden y completar lo más indispensable de los elementos materiales de nuestros puertos militares, para que las escuadras ó los buques que á ellos lleguen encuentren todos los auxilios y recursos que durante una guerra pueden necesitar, y los reciban con toda la rapidez que estas operaciones exigen; y ésta es una obra verdaderamente patriótica, urgentísima y anterior á toda otra, porque sin ella

de nada nos serviría la ventaja de nuestra decantada posición geográfica, que podría ser preciosa para las escuadras de una nación aliada y servir de elemento importantísimo para pactar favorablemente una alianza. La Marina está interesada, porque es condición esencial para su vida, en adquirir la unidad y la consistencia que hoy no tiene, porque ellas le darán la fuerza necesaria para contribuir á esa influencia sobre los gobiernos de que habla Maham, en vez de ser juguete de ellos, y porque así solamente tendrá la persistencia en la acción que es indispensable para el mantenimiento del poder naval.

Si así lo hace, buscando en sí misma el remedio que nadie puede darle, seguramente se ganará de un modo positivo y duradero la voluntad del pueblo español, cosa que nunca conseguirá con elocuentes discursos, porque, ó mucho me equivoco, ó los signos son cada día más acentuados de que acaba por fin la época de las palabras y va á empezar la época de las obras: entonces, y sólo entonces, podremos creer que la Marina ha entrado al fin de lleno en la resolución del verdadero problema de la Marina de guerra, y abrigar fundadamente la esperanza de tener un poder naval.

ANDRÉS

# RECUERDOS

---

Hace bastantes años, deben ser diez ó doce, cediendo á los ruegos de mi buen amigo D. José de Lázaro, empecé á publicar en LA ESPAÑA MODERNA una serie de artículos con el mismo título que sirve de epígrafe al artículo presente.

Mis recuerdos nada tenían de interesantes ni de dramáticos; eran notas pálidas de una existencia tranquila y vulgar, y si algún valor pudieran tener, que lo dudo, sería el que puede tener todo documento humano, como se decía por entonces y como aún sigue diciéndose.

Llegó el año 1897, y no sé por qué, tal vez por mis muchas ocupaciones, quedó en suspenso la serie de aquellos artículos, ó, si se quiere, la serie de mis recuerdos.

Hoy de nuevo insiste el Sr. De Lázaro, y de nuevo cedo á sus amistosos requerimientos; y tomando el hilo de mis narraciones en el mismo punto y hora en que lo dejé, continúo escribiendo, ó, mejor dicho, dictando de la siguiente manera.

\*  
\* \*

Habíamos quedado en mi primer drama, ó en mi primer proyecto de drama, cuyo título hubiera sido *La Cortesana*, título y asunto muy del gusto de aquella época, porque Alejandro Dumas, hijo, con su *Dama de las Camelias*, y sus imitadores con otros dramas de la misma familia, y perdóneseme si profano este sagrado nombre, habían puesto de moda la rehabilitación de la mujer perdida.

Mucho se ha hablado después de los moldes teatrales, y se ha dicho, que los antiguos moldes, por viejos y gastados, hay que hacerlos pedazos, arrojándolos adonde van los desperdicios de la vida social; y no hay literato novel, que no hable de los nuevos moldes en el arte, aunque todavía no sabemos cuáles puedan ser éstos, porque no hemos visto ni el más pequeño modelo.

Yo, en materia de moldes literarios, y moldes dramáticos sobre todo, tengo mis ideas, buenas ó malas, pero mías. Y por ser mías, serán modestas; pero siendo mías, natural es que las tenga cariño.

Yo creo que en el arte los moldes no varían mucho, y que en cuanto al modelado, la Dramática de todos los siglos y de todos los pueblos es casi la misma.

Si por molde se entiende lo que debe entenderse, y la palabra se toma en su sentido recto, quiero decir, si el molde es el que da las formas externas y generales á una obra dramática, me figuro que desde los tiempos de los griegos hasta la época del Romanticismo, y desde este período hasta los tiempos que hoy corren, los moldes han variado poco.

Lo que sí ha variado es la materia que ha de rellenar unos y otros moldes, y en ella está la esencia del arte: lo vulgar ó lo sublime, lo prosaico ó lo artístico, lo insípido ó lo interesante, lo estéril ó lo fecundo, lo que está condenado á deshacerse en polvo ó lo que ha de ser imperecedero.

Algo importa la forma del molde, no lo niego; pero más importa el líquido fundido que en él se vierta.

Si se vierte bronce, de bronce será la materia aunque el molde sea de arcilla; y en cuanto se enfríe se quedará firme y sólido. Y en cambio, aunque tomásemos moldes de oro finísimo, si en ellos vertiésemos barro cenagoso, barro sería lo de dentro á pesar de su aurífero moldeado, y á poco que el molde se torciera se derramaría en impuro líquido por los bordes, mostrando claramente lo que en el hueco se había echado y el mal empleo de la áurea vasija.

Para que esta imagen tenga alguna fuerza demostrativa, no hay que comparar servilmente la creación de una obra dramática con la mera fundición de una estatua; ni á caso tal se parece una obra dramática, que es lo que es, buena ó mala, por lo que lleva en sí, por la idea que la inspira, por las pasiones que se desarrollan, por los conflictos dramáticos que se producen, por toda esa masa fundida al calor de la inspiración y vaciada en molde cuyas formas externas son actos, cuadros, escenas, diálogos, situaciones, y todo el conjunto de formas en cuyos huecos cae la lava de las pasiones humanas.

De suerte que toda discusión sobre este problema literario y artístico es para mí cuestión de palabras. Si al hablar de moldes, se refieren los que reclaman una completa transformación en ellos, á las formas puramente externas de la Dramática, declaro que la reforma me parece estéril, mezquina y casi ridícula.

Si forzando la palabra se tuerce su legítima acepción, y se entiende por moldes algo más hondo, en este caso estaría yo conforme con los reformadores.

El fondo del Arte, de la Literatura, de la Dramática, ése sí que varía con el tiempo, conservando no obstante un fondo permanente, que es el de la naturaleza humana, pero siguiendo á ésta en sus evoluciones.

Hoy no pensamos ni sentimos como pensaban y sentían los espectadores de las tragedias de Sófocles, Eskilo, Eurípidés y Aristófanes.

Nuestra vida es distinta de aquella vida que pintan Terencio y Plauto: los misterios de la Edad Media ó nos aburrirían ó nos harían sonreír.

Ni los admirables dramas de Shakespeare, ni los dramas y comedias de nuestro teatro clásico, se presentan al público sino arreglados y refundidos.

El fondo de una tragedia clásica no es el fondo de un drama romántico, ni una comedia de intriga se parece á un drama de tesis, ni un drama histórico á un drama novelesco; y así sucesivamente.



Cada época siente á su manera, aunque el sér humano siempre sienta; cada público se interesa por aquello en que encuentre más ecos armónicos en su manera de ser; y además, un público de eruditos en nada se parece á un público de galería.

La tragedia de la familia de los Atridas, como argumento, tiene muchos puntos de contacto con el Hamlet: el adulterio, el amante, el asesinato del esposo, la usurpación del poder, la desesperación del hijo y su venganza; y, sin embargo, son dos mundos completamente distintos, aun interviniendo en ambos casos lo sobrenatural.

Pero ¿en qué se parece Orestes á Hamlet? En lo que pueda parecerse el mundo clásico á la Filosofía y á la duda moderna.

A la mayor parte de nuestro público, la familia de los Atridas ya no le interesa; le podrá interesar algo el Hamlet porque es un presentimiento de la lucha moderna con sus dudas y vacilaciones; pero es preciso que el drama esté arreglado á nuestra escena, y que el actor sea un actor de fama; que por lo demás, y en punto á crímenes, más que los crímenes griegos ó escandinavos, le interesará el crimen de Don Benito, pongo por caso.

Si en determinada época domina en aquella sociedad ó en la parte culta de ella una idea, un sentimiento, una pasión, llevando esa idea, ese sentimiento, esa pasión al teatro, con vida y con calor, se obtendrá el asentimiento unánime.

Así, en tiempo de Calderón, aquel público saboreaba los autos sacramentales, que hoy harían dormir al nuestro; y si se aplaudían las comedias de Calderón y Lope, era porque representaban la propia vida de aquella sociedad, en cierto modo idealizada.

Y en la época romántica, la mayor parte de los dramas eran románticos, con sus exageraciones, sus crímenes, sus venenos, sus reminiscencias de la Edad Media, su mezcla extraña de fatalismo, misticismo y sus anhelos vagos de otro mundo mejor. Pero es que en la vida social, toda la juventud alardeaba de romanticismo: ellos se dejaban largas melenas y

se creían en la obligación de tener algo siniestro en su aspecto; ellas bebían vinagre para ponerse pálidas, y unas y otros tenían gran querencia á los cementerios.

En épocas patrióticas, el drama patriótico, sobre todo si estaba escrito en versos sonoros, tenía el éxito asegurado; y si las pasiones políticas se agitan, todo drama político, si es de un buen autor, cuenta con grandes probabilidades de éxito; dígalo, en Portugal, el drama titulado *Os lazareiros*; en España, *Carlos II el Hechizado* y *Electra*; y fuera de aquí, aún pudieran multiplicarse los ejemplos.

A veces, cuando dominan ciertas pasiones de una manera exagerada, por contraste y aun protesta, el público aplaude los dramas tiernos y sensibles, como sucedió muchas veces en Francia en tiempo del Terror. Lo difícil es escribir dramas que gusten en épocas de transición, cuando todo anda revuelto, cuando una sociedad entera vacila y no sabe lo que quiere ni á dónde va, y entonces la dificultad no está en los moldes, sino en el fondo, en la materia dramática.

Permítaseme un ejemplo.

Si en todo un público, considerando á los individuos como instrumentos musicales, existe el acorde *do, mi, sol, do*, bastará que se dé en el escenario este acorde, para que toda la sala responda á la excitación y vibre á la vez; pero si cada espectador lleva una nota distinta, ó varias notas revueltas y confusas, todo será conflicto y discordancia.

Pues esto sucede hoy mismo con nuestro público.

Al fin, en otras épocas, en el público había cierta docilidad: hoy cada espectador es un crítico, quiere algo; pero no sabe lo que quiere.

Estas desordenadas observaciones, que confusamente voy arrojando al papel, quieren decir que si en el Arte domina la forma, esta forma debe ir acompañada de cierto fondo, que debe ser el eco de la vida social en aquel instante, y que, por consiguiente, lo que hay que buscar, lo que importa que se encuentre, lo que interesa que se renueve, obedeciendo á la

eterna evolución de la vida, no son los moldes literarios ó dramáticos, sino, como decíamos antes, la materia que haya de arrojarse en esos moldes.

\*  
\* \*

Volvamos á nuestros recuerdos.

Cuando yo escribí, ó intenté escribir, el primer drama, una de las materias predilectas, como dije al empezar este artículo, era el estudio de la cortesana: entendámonos, de la cortesana de alto vuelo, de aquellas cortesanas del segundo Imperio, que representaban por entonces papel tan importante, y que servían de fundamento á casi toda aquella literatura dramática y á una buena parte de la novela.

Unas veces la cortesana era el ángel caído, el sér interesante, poético, con las alas manchadas de barro, más ó menos tísica, pero con el alma virginal.

Y esa cortesana tenía su proceso dramático perfectamente definido: sufría, se regeneraba por el amor, como que en ocasiones le fabricaba piadoso una segunda virginidad, y al fin del drama, por reminiscencias románticas, se moría poética y desesperada.

Otras veces la cortesana era un sér cruel é infame, que atormentaba á un joven poético, que le chupaba el oro y la sangre, como bellísimo vampiro, y que en el último acto le arrojaba expirante al proscenio.

Si el joven poético era un artista prodigioso, y malgrado por aquellos amores impuros; si la cortesana, al chuparle la sangre y el oro, le chupaba el genio creador y le dejaba la médula más seca que una yesca, la emoción dramática llegaba á los últimos límites.

Ejemplos de uno y otro procedimiento dramáticos pudiéramos citar muchísimos; pero en estos artículos que voy dictando no pretendo ser erudito, sino mero narrador de recuerdos de hace cincuenta años.



La materia que elegí para mi primer drama fué esta que acabo de indicar: la cortesana y su redención.

Aún recuerdo el argumento, porque, como he dicho en muchas ocasiones, aunque mi memoria es infelicísima para los nombres y para los pormenores, ha sido muy buena para las ideas generales, y, por extensión, para los argumentos de dramas y novelas.

He aquí, en sustancia, el argumento de mi primer ensayo dramático, que debe remontarse al año 58, poco más ó menos, del siglo pasado.

¡Qué desdicha, ya cuento por siglos!

La cortesana de mi drama había sido, como era natural, una mujer de incomparable hermosura, y traviesa como un verdadero diablo.

Había viajado mucho, había dado enormes escándalos, y sobre todo un escándalo monumental en una de las pequeñas cortes de Alemania.

Fué querido suyo un noble extranjero, mucho peor que ella, frío, egoísta, libidinoso como el mismo Luzbel, rico y acostumbrado á realizar siempre sus caprichos. En suma, éste era el traidor del drama, y el sér infernal que yo había escogido para tormento, castigo y, á la postre, redención de la heroína.

Pasaron algunos años, y un marqués español se encontró con la cortesana, y dicho se está que se enamoró de ella como un loco. Claro es que ella por vez primera supo lo que era el amor, no en sus viejos moldes, sino en su pureza ideal.

Ya tenemos al marqués y á la cortesana verdadera y profundamente enamorados.

Como la cortesana había de regenerarse á todo trance, la primera señal de regeneración fué decirle la verdad entera á su amante.

Y como era natural, el amante, parodiando el grito heroico de nuestra independendencia, dijo en un arranque de pasión: *no importa*; y al efecto de regenerar á su impura adorada, se casó con ella.

He aquí á la cortesana convertida en marquesa. Viajaron los esposos algún tiempo, tuvieron un hijo, se le refrescaron á ella las pasiones; el amor de esposa y el amor de madre la regeneraron por completo, y á Madrid la trajo el marqués convertida en una señora honrada y respetabilísima.

Todo el mundo ignoraba en la Corte lo que había sido aquella señora tan hermosa, tan distinguida, de vida tan morigerada y hasta tan religiosa, y, en suma, de conducta tan irreprochable.

Pasaron algunos años; ella se familiarizó con la honradez, hasta el punto de imaginarse que siempre había sido honrada, y el chico creció, convirtiéndose en un joven poético, simpático y apasionado por añadidura, como hijo de sus padres.

Pero al llegar á este punto entra otro elemento más en la familia: una joven huérfana, de singular hermosura y de alma purísima; lo cual nadie puede negarme, pues siendo yo el creador de la joven, claro es que de sobra sabré cómo estaba fabricada la interesante dama joven de mi drama.

Y aquí empieza el drama.

Hizo el diablo, que todo lo enreda, aunque esta vez le salió mal el enredo, porque sin saberlo contribuyó al martirio de un alma pecadora, y por lo tanto á su purificación, que viniese á Madrid aquel antiguo amante de la antigua cortesana, de que antes hicimos mérito sin tener él ninguno.

Cuando fué su amante tendría unos veinte años; desde entonces habían pasado veinticinco, de suerte que este noble traidor, cuando el drama llega á su apogeo, viene á tener unos cuarenta y cinco años. Edad todavía muy á propósito para enamorarse como un loco, porque en un hombre robusto ésta es la edad de las grandes pasiones, y el traidor del drama lo había encargado yo, para los efectos del conflicto dramático, robusto y malvado á la vez.

Llega á Madrid, decimos; visita los salones, reconoce á su antigua amante, la noble marquesa, y como es un hombre correcto, no se da por entendido; pero se enamora ferozmente de

la joven huérfana; aquella de quien estaba enamorado el hijo de la marquesa, y de la cual, como huérfana, eran tutores los marqueses.

Digamos, entre paréntesis, que de muchos de estos elementos dramáticos me aproveché, andando el tiempo, para escribir *En el puño de la espada*.

Aquí está precisamente el conflicto dramático; porque el antiguo amante de la marquesa, á quien yo había dado el título de vizconde, por ser el título que en los dramas me parece más siniestro, no sé por qué razón, pero que sin razón ó con ella á mí me lo parece; el vizconde, digo, que era personaje de alma torcida y de pasiones satánicas, plantea el problema de su pasión, ante la marquesa, en esta forma:

Obliga á tu marido á que consienta, y consiente tú, en mi casamiento con vuestra pupila; porque, de lo contrario, estoy resuelto á todo.

Ó más claro: si te opones, le digo á tu hijo, que te cree una mujer honrada y que en ti tiene fe ciega, lo que has sido tú en tu juventud.

Tu hijo se desesperará, ó se volverá loco, ó se batirá conmigo y le daré muerte, porque tú me conoces y sabes cómo las gasto.

El lector comprenderá toda la fuerza del conflicto, y lo que sufriría la noble marquesa y excortesana.

¡Señor, ó se castigan ó no se castigan los pecados!

Sigue la lucha entre la marquesa y el vizconde durante todo el segundo acto y parte del tercero, y termina éste con una escena formidable.

En un gran baile, y después de luchas violentísimas, el vizconde cumple su amenaza y da el escándalo, y la marquesa se queda medio muerta, y la niña se desmaya, y el hijo de los marqueses abofetea al vizconde, y el marqués desafía á todo el mundo y defiende noblemente á su esposa.

En el último acto debía verificarse el desafío del abofeteador y el abofeteado; pero el marqués, por salvar á su hijo y

vengar á la marquesa, se anticipa y se bate con el vizconde, recibiendo en el duelo una herida mortal.

Cuando traen al marqués moribundo, el hijo no puede contenerse, y dirigiéndose frenético á su madre, le lanza esta frase: «Por ti, madre, por ti».

Que es el castigo tremendo de la cortesana, y el momento en que cae el telón.

Ni quito ni pongo, ni defiendo el drama *non nato*, ni tampoco me encarnizo con él; que si es crueldad repugnante martirizar á los recién nacidos, mayor crueldad fuera torturar á los seres que no llegaron á nacer.

Diré tan sólo que el drama estaba escrito según el gusto de la época, y que, según dije en el artículo anterior, obtuvo gran éxito en la única lectura que de él dí ante Brookman, otro compañero llamado J. C. y un amigo de todos nosotros, que era inspector de Telégrafos y que padecía horriblemente del estómago.

Mi principal triunfo consistió, según ya expliqué en el artículo referido, en que D. J. C. se mordió, según tenía por costumbre, las diez uñas de los diez dedos de ambas manos, y que el inspector de Telégrafos sufrió todo el día un violento dolor de estómago.

Aquellas diez uñas devoradas y aquel dolor de estómago me halagaron entonces sobremanera, y aun hoy mismo los considero como, y los cuento entre, mis más legítimos triunfos.

\*  
\* \*  
\*

Ya expliqué en ocasión oportuna con cuánta ilusión y con cuántas esperanzas entregamos Brookman y yo nuestros respectivos dramas al joven X, amigo, según él aseguraba, de todos los actores y actrices de aquella época.

Él nos prometió presentar nuestros engendros dramáticos á Arjona, y dió por indudable que los aceptaría con entusiasmo.

Ocho días pasaron sin que volviésemos á ver á nuestro amigo X.

¡Qué días y qué noches de angustia y de emoción! ¡Cuántas ilusiones, cuántas esperanzas, cuántos desfallecimientos!

Brookman y yo no hablábamos de otra cosa.

—No te quede duda—decía Brookman:—Arjona admite en seguida nuestros dramas, y los representa esta misma temporada.

Yo, que nunca he abusado de la esperanza, no estaba convencido del éxito feliz de nuestra empresa.

Creía, sí, que los dramas eran buenos, y que Arjona debía aceptarlos; ¿pero los aceptaría?

Esto me parecía dudoso; porque hay muchos dramas en este mundo, y los dramas se atropellan unos á otros, y se co-dean y se empujan para llegar á la escena, y muy pocos son los que llegan. Además, nosotros éramos desconocidos en los círculos literarios, y en aquella ocasión guardábamos el más riguroso incógnito.

Unas veces yo sentía grandes alientos: era imposible que al leer Arjona los versos de Brookman no se volviera loco, y la escena final del tercer acto de mi drama traía aparejado el entusiasmo del lector, ó por lo menos un dolor de estómago, como había demostrado la experiencia del simpático inspector de Telégrafos.

Y pasaban días y días, y no lográbamos ver al joven X: yo no estaba muy seguro, ni lo estoy aun hoy mismo, de que hubiera presentado nuestras producciones dramáticas al ilustre actor.

Por fin, al cabo de ocho días se presentó nuestro protector en casa de Brookman, en ocasión en que yo estaba con mi buen amigo, comentando el silencio de X y extrañando su tardanza.

—Es que los dramas están admitidos.

—Es que no están admitidos, y X no se atreve á darnos la noticia.

—Es que Arjona no ha tenido tiempo de leerlos.

PERTENECIÓ A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEUM BARCELONÉS

—Es que no ha leído más que uno.

—Es que X no ha tenido ocasión de entregarlos.

Todas eran hipótesis, suposiciones y comentarios, cuando X se presentó, amable y risueño, pero con un enorme envoltorio de papeles bajo el brazo, que yo comprendí desde luego que eran los siete actos de los dos dramas.

Algún peligro he corrido yo en esta vida, y aun algunos, que referiré cuando llegue el momento oportuno; pero ni en esos trances extremos se me ha encogido el corazón como se me encogió dolorosamente al ver bajo el brazo del joven X aquel enorme envoltorio de papeles. No pude contenerme y le dije á Brookman:

—Ya lo ves, Arjona no admite los dramas.

Hablé en plural, porque el bulto papelero no era de un drama, sino de dos. Un drama, por mucho que abulte, no abulta tanto.

—No tan aprisa, no tan aprisa—nos dijo X.

—Vamos, cuenta, cuenta pronto—le contestó Brookman, que, aunque más frío por carácter, estaba tan penosamente conmovido como yo.

X dejó los dramas sobre la mesa, se sentó sonriente, y empezó su relación con toda clase de precauciones oratorias; pero en sustancia vino á decir lo que se dice en casos tales.

Que á Arjona le habían gustado mucho los dos dramas, que había hecho grandes elogios de los versos de Brookman y de la fuerza dramática de mi creación. Que éramos dos jóvenes, sin duda, de muchas esperanzas; pero que bien se veía que éramos principiantes, por una multitud de inexperiencias y por el desconocimiento completo que revelábamos de la parte técnica del Arte.

En suma: que para representarlos sería preciso introducir en ellos grandes correcciones. ¿Cuándo un principiante ha regateado correcciones?

Brookman y yo, casi al mismo tiempo, exclamamos que estábamos dispuestos á modificarlo todo.

Pero X nos interrumpió diciéndonos, que sería inútil, porque Arjona tenía ya muchas obras comprometidas y no podía comprometerse á representar las nuestras ni con modificaciones ni sin ellas.

En suma, repulsa completa de los dos dramas: el drama en verso y el drama en prosa habían naufragado poética y prosaicamente.

A mí me había parecido el joven X hasta entonces simpático, amable y de talento; en aquel instante me pareció que era tonto, antipático y cursi.

Era una injusticia, ya lo sé; pero la naturaleza humana es de por sí injusta y egoísta, y yo pertenezco por ley de nacimiento á esa parte de la Naturaleza que se llama género humano.

Ya no he visto más al joven X.

Brookman quería que insistiésemos, que lleváramos nuestras obras á otro teatro; pero yo me llevé la mía á mi casa y la hice añicos.

Por entonces vivía yo en la calle de las Tres Cruces: en las tres cruces de mi memoria clavé con ensañamiento mi primera producción.

Es más: pensando en ella, llegó á parecerme abominable. Ningún crítico me ha tratado nunca con más saña que la que yo empleé en aquel primer ensayo, contra el abortado drama *La Cortesana*.

¡Ni cómo una cortesana había de ser fecunda y había de portarse decentemente!

Mi primer intento de salida por los campos de la Dramática había sido desastroso. No sólo no prosperó el drama, sino que se apagaron mis entusiasmos, y durante muchos años no volví á ocuparme en trabajos dramáticos.

No por eso perdí la afición al teatro; pero me declaré definitivamente fracasado y muerto como autor.

Volví á ocuparme con empeño en mis clases de la Escuela de Caminos; de mis Matemáticas, que jamás me habían dado

ni me dieron después disgusto tan grande y tan profundo como el que recibí al ver entrar al joven X con los dramas bajo el brazo.

Imagen fatídica que se grabó en mi trágica pupila y que no se ha borrado jamás.

A mis trabajos como profesor y á mis estudios matemáticos agregué por entonces, ó me hicieron agregar, una nueva afición: la afición por la Economía Política.

En esta nueva senda me lanzó la cariñosa amistad, la incansable propaganda y el entusiasmo por esta gran ciencia, del Ingeniero de Caminos, que fué primero compañero mío en la Escuela, luego fué profesor de Derecho Administrativo, y de nuevo compañero en el profesorado, y siempre amigo queridísimo, D. Gabriel Rodríguez.

Mas esto merece capítulo aparte.

Cuando una gran tristeza sale al paso, cierra los horizontes con negra gasa; pongamos punto por hoy.

JOSÉ ECHEGARAY



# PÁGINAS DE LA HISTORIA DEL PERIODISMO

---

DE 1820 Á 1823

Si fué violento el primer ensayo de libertad que tuvo la imprenta en España, durante el período de pasión y de lucha que sostuvo la guerra contra el extranjero invasor y en pro de nuestra independencia nacional, el ensayo del segundo período constitucional, de 1820 á 1823, para intentar un nuevo avance en la evolución del derecho y de las costumbres nacionales, sobrepujóle en odios, en iras y en atrevimientos.

Son importantes todos los estudios que se dirijan á examinar aquellos hechos, porque, al fin y al cabo, en uno y otro suceso fundó su cuna el periodismo político militante en nuestra patria, y de allí proceden los vicios que no han logrado extirparse aún enteramente, á pesar de las grandes evoluciones que nuestra revolución ha tenido, y del ya prolongado período de paz civil que venimos disfrutando.

Cuando las Cortes se abrieron, en 26 de Junio de 1820, parecía á los victoriosos de la insurrección militar que había sido una hazaña sorprendente el éxito de tan arriesgada empresa. Su entusiasmo les hacía considerar como una victoria definitiva la revolución que creían haber realizado, y arrogantes decían en la sesión del 10 de Septiembre: «En vano pretenderá la emulación disminuir las glorias de este ejército, ni valdrá decir que, estando toda la nación preparada, el ejército marchó sobre un llano de flores. Muchos, en verdad, deseaban ser

libres; pero no formaban planes adecuados para entonar con resultado los vivas á la libertad. Nos inculpan que con nuestro acto hemos dejado perder las Américas. Una especie de especulación particular de un número determinado de personas constituía la base de la guerra con el Nuevo Mundo. Infinidad de valientes habían ya comprado en el otro hemisferio, á costa de su sangre, el aumento de riqueza de estos especuladores, cuando se señaló, para el mismo sacrificio, el ejército que nos ha conducido al actual estado de libertad. Un horror á la opresión, y un patriotismo á toda prueba, les hizo tomar la determinación que tantos bienes ha de producir á la nación española. Dar el primer paso, bajo un gobierno despótico, hacia la libertad, no era tarea sencilla. Hemos hecho en un día una revolución, que en otros países ha costado siglos. Nosotros no hemos empleado en ella más tiempo que el que dista desde que el general Riego se pronunció en las Cabezas, hasta que el rey juró la Constitución. No tenemos más que motivos para rendir nuestros aplausos á una victoria tan insólita, que tan pocos sacrificios ha costado á la nación».

En seguida se tocó al capítulo de los premios. La sociedad quedaba salvada del oneroso peso del antiguo despotismo: nada más natural que se prodigasen mercedes [á manos llenas á los fautores de tal prodigio. En la proclama de Riego, del 15 de Enero, ya se había comenzado por ofrecer licencias á los dos años á todo el ejército libertador; una dádiva de diez fanegas de tierra de baldíos, en sus pueblos respectivos, á cada soldado que acreditase haber servido los ocho años que entonces duraba el tributo de la sangre, con más mil reales, por cabeza también, para el primer año de su labranza. A los que reenganchados habían servido quince años, se les daban quince fanegas de tierra y 1.500 reales; y 25 fanegas y 2.000 reales, á los que llevaban veinte años en filas. Por último, á los que llevaban veinticinco años se les concedían 40 fanegas de tierra y 3.000 reales. Como este beneficio se hacía extensivo á los demás institutos del ejército que en cualquier punto de la Pe-

nínsula se adhirieran al movimiento de las Cabezas de San Juan, y contribuyeran á la propaganda y al triunfo de la revolución, no hay que decir que á las Cortes acudieron en demanda del cumplimiento de lo que se les había ofrecido, no sólo las fuerzas que al mando del general Quiroga arrojaron desde la isla de San Fernando con firmeza todos los peligros del primer período de la insurrección, sino las que á las del mariscal de campo D. Carlos Espinosa y el brigadier D. Manuel Latre fueron las primeras en asociarse en Galicia al movimiento del Sur de Andalucía. La misma donación exigieron el batallón literario de Asturias, y todos sus jefes, así como todas las tropas de guarnición en el heráldico principado; las del conde La-Bisbal, D. José O'Donnell, que sublevó el ejército y pueblos de la Mancha; las de los mariscales de campo D. Miguel López Baños, D. Felipe Arco-Agüero y don Demetrio O'Daly, y las del general D. Miguel de Haro, que acaudilló las que sublevó en Murcia. Decretáronse pensiones para las familias de los generales Porlier y Lacy, y otras víctimas de la tiranía. Mandáronse escribir en las salas del Parlamento algunos nombres liberales, como los de los mismos generales Porlier, Lacy y Acevedo; se concedieron á Riego y á Quiroga bienes raíces de los de los secuestros del Estado, bastantes á producir para cada uno una renta anual de 80.000 reales, 40.000 para López Baños, Arco-Agüero, O'Daly y Espinosa, y 20.000 para Latre. Y con aquella prodigalidad poco escrupulosa de los que usurpan su prerrogativa á todos los poderes, lleváronse estas dádivas hasta á condecorar con ellas al súbdito inglés Mr. Thomas Dick, que había contribuído con sus auxilios á los trabajos de la conspiración, no siendo menos escandalosas las que se acordaron para otros favorecidos del delito común, como el presbítero D. Jaime Gil Orduña y el famoso muñidor de los motines de Cádiz durante la primera época constitucional, Pablo López, conocido en todas las historias de aquel tiempo con el apodo de *El Cojo de Málaga*.

El presbítero D. Jaime Gil Orduña dábase aires de haber-

se puesto durante la guerra de la Independencia á la cabeza de los voluntarios de Chelva, con los que había asistido á la batalla de Tudela, al segundo sitio de Zaragoza y á otras funciones de guerra. No obstante, lejos de acreditar ante las Cortes que había sido un Mina ó un Empecinado, sólo pudo hacer certificar servicios políticos, por los que era apadrinado. En efecto: habiéndosele nombrado por los jefes de las insurrecciones militares vicario general castrense, solicitó y obtuvo que se le reconociese este carácter desde el año 1814, en que empezaron lo que él llamaba sus persecuciones, y que el erario le satisficiera los atrasos que en tal concepto decía pertenecerle, á razón de los 18.000 reales de sueldo anual que se le habían consignado. *El Cojo de Málaga*, protegido por el general Quiroga y por el conde de Toreno, tenía más conocidos antecedentes. Su historia era sabida de todo el mundo. Oficial de sastre en la villa de Coín, de donde era natural, luego que la nación se levantó en armas á consecuencia del grito que diera el *Dos de Mayo de 1808* contra el invasor extranjero, pasó á Málaga, donde se brindó á las autoridades nacionales, no pudiendo servir como soldado á causa del defecto físico que le dió el mote que llevaba, para ayudar á la construcción del vestuario de las fuerzas de voluntarios que en aquella capital se organizaban. Cómo, ni cuándo, ni por qué refluó á la isla de León después de la invasión de Andalucía, nunca se supo. Allí apareció con cartas certificadas de nuestro cónsul en Gibraltar, en que se le reconocía como donante de 5.500 piedras de chispas para fusiles, con destino al ejército que mandó el general Ballesteros; y así, de esta dádiva, como de otros servicios suyos, se constituyeron luego en testigos el conde de Zelein, el general D. Carlos de Gand y otras personas. Ello es que, primero en la isla de León al constituirse las Cortes de 1810, y luego en Cádiz, dióse tales trazas de ardiente y fogoso patriota, que enteramente se le confió lo que hoy podríamos llamar *la clac* de las tribunas. Una señal suya era en ellas la orden de un aplauso ó de un vituperio contra todo orador, y

el ascendiente que cobró sobre las turbas declamatorias patrióticas fué tal, que así en las tribunas como en las calles y plazuelas, él tenía en las manos la caja de las tempestades patrióticas y las llaves del motín. Después de la retirada del ejército francés, al romper el rey Fernando VII las cadenas de Valencey, *El Cojo de Málaga*, parte integrante, aunque no oficial, del artificio político de aquellas Cortes, con ellas trasladóse á Madrid; por consecuencia de lo cual, en los decretos de Mayo, su nombre figuraba en las listas de los que habían de pagar sus pecados políticos en el suplicio de la horca. Logró eludirlo, para presentarse triunfante en 1820, y apoyado por Calatrava, Romero Alpuente, Quintana, Giraldo y otros; pretendió también su debida recompensa, consistente en la compra de una casa que el erario público adquiriría en Málaga, por valor de 70.000 á 80.000 reales, para regalársela, con más los bienes raíces que le asegurasen una renta anual de otros 80.000 reales, todo «para contribuir á enjugar las lágrimas de aquella familia que se había visto á punto de perder, *por sus servicios á la patria*, un sér tan querido en ella».

Estos desórdenes dan la pauta de las extravagancias á que se entregó, desde su origen, la situación de fuerza creada en 1820 por la sublevación militar del comandante del segundo batallón del regimiento de Asturias, D. Rafael del Riego, ascendido á general, premiado por las Cortes con una renta de 80.000 reales anuales, y con opción á un título de Castilla. Jactábase él, y jactábanse los hombres que aparecieron tras él en las Cortes de 1820, de haber realizado la hazaña de hacer una revolución, para la que otros países habían consumido siglos, y no escatimó privilegio alguno á los instrumentos de que se había de valer, si no para consolidar, al menos para fortalecer los lentos pasos que había de llevar, á pesar del hecho violento de las Cabezas de San Juan, la evolución jurídica, política y social en que nuestra sociedad por segunda vez entraba. ¿Cómo había de olvidar, entre estos instrumentos, el por una parte ariete demoledor y por otra palustre de recons-

trucción de la prensa? Aunque él la hubiera olvidado, de Madrid y de Cádiz, y de toda la España de 1808 á 1814, traía sus antecedentes, de los que escasísima corrección en sus desmanes propios había podido causar la severa interrupción de seis años de coacción y de silencio. No obstante, aun con la Monarquía absoluta, la imprenta se hubiese sobrepuesto á los antagonismos tradicionales que en España había profesado contra ella toda clase de instituciones; y si tras la reacción que sobrevino en Mayo de 1814, á la llegada del rey Fernando VII á las costas de Valencia, el Decreto de 25 de Abril de 1815 suprimió hasta los últimos restos de aquella prensa desvergonzada que, adulando al rey, creyó poder mantener permanentes las teas del odio que sin cesar arrojaba á la encendida hoguera de la discordia civil, cuando lo inminente de aquella situación había pasado, aunque no las tentativas que para reproducir sus vejámenes tanta sangre de los dos lados costó en suplicios desgraciados, desde 1817 no se le negó á don José Joaquín de Mora la licencia que había impetrado para publicar aquella *Crónica Científica y Literaria*, en que tuvo por colaboradores al catalán D. Agustín Letamendi y al poeta dramático mejicano D. Manuel Eduardo de Gorostiza, con los que dos años después lo convirtió en periódico político, con el título de *El Constitucional*; ni en 1818, á D. Javier de Burgos, la que solicitó para proseguir la *Continuación del Almacén de Frutos Literarios*, que al año convirtió en su *Miscelánea de Comercio, Artes y Literatura*, y que al cabo, desde 1.º de Junio de 1820, se hizo periódico diario, con la denominación de *Miscelánea de Comercio, Política y Literatura*; ni en 1819, á don Felipe Weis, para su *Diario Mercantil*; gracias que se hicieron extensivas á algunas provincias que las pretendieron, como Cádiz, que desde 1818 también vió salir de sus prensas *El Diario Mercantil*, de D. José Gozme, y Bilbao, que desde Septiembre del mismo año dió vida al *Correo Comercial*, de don Pedro Antonio de Aspraiz.

Desde la sexta sesión que celebraron las Cortes de 1820,

el 7 de Julio, por iniciativa de D. Eugenio de Tapia, se recordaron los decretos que por las Cortes extraordinarias y ordinarias de 1810 á 1814 se habían expedido, así sobre la libertad de la imprenta, como sobre las juntas de censura á que se la había sometido. Tapia no pretendía ampliar las libertades que ya desafortadamente, como en la primera época constitucional, la prensa misma se había adelantado á tomarse, sino por el contrario, refrenarla un poco. Así, en su proposición decía: «La facultad de comunicarse los pensamientos por medio de la prensa es un derecho incontestable de los ciudadanos, y como tal está sancionado por la Constitución; mas para evitar que esta facultad degenerare en licencia, con notable perjuicio de la sociedad, es indispensable refrenarla con saludables leyes, así como para asegurar la vida y la propiedad de todos los individuos del Estado, se han establecido las correspondientes penas contra *los asesinos y los ladrones*. Por ventura, ¿la honra de un ciudadano ha de estar á merced de un escritor petulante, para que la vulnere á su antojo? ¿El Gobierno, la Representación nacional, han de ser impunemente el blanco de la mordacidad de un folletista? ¿Desordenada sociedad en donde semejante desenfreno se tolerase!» Y se toleraba, sin embargo. ¡Y quién más, quién menos, hacía de esta libertad liviana el instrumento de todas sus pasiones! Mas, ni aun en las mismas Cortes, cabía más que sutilizar leyes de coacción para que no se cumplieran, ó para declarar héroes de sus opiniones á los que en un campo ó en otro las conculcaban. En las Cortes de 1820, los proyectos ó los incidentes relativos á la libertad de imprenta dieron lugar á muchas discusiones, en que tomaron parte cuarenta y nueve distintos diputados. ¿Qué nombres se envolvían entre estos oradores? los de Argüelles, Muñoz Torrero, Romero Alpuente, Calatrava, Ramos Arispe, Toreno, Martínez de la Rosa, Puigblanch, Flórez Estrada, Cepero, Moreno Guerra, Díaz del Moral, Istúriz, Ezpeleta, Garelly, Piérola, Camus Herrera, Sancho, Dellarine López, Rovira, Ochoa, Vadillo, Gisbert, Navas, Castrillo; es decir, lo

más autorizado ó lo más florido de aquella Cámara. ¿Y había entre éstos quien realmente tuviese el propósito resuelto de comprometer la popularidad de que gozaba por las pasivas exigencias de la moderación del pensamiento? Ni una sola.

El examen de la prensa misma facilita la verdadera graduación de estos deseos. La prensa simbolizaba el torrente desenfrenado de la opinión. Maza de hierro disparada contra el edificio del pasado, que se trataba de derrocar hasta en sus más hondos cimientos, hería como la fuerza ciega del proyectil lanzado por una máquina de guerra, y tanto más merecía los aplausos y la admiración de los espíritus exaltados, cuanto eran mayores los estragos que en su proyección causaba. No faltaron periódicos que quisieron dogmatizar el orden y fundar prematuramente los principios de la armonía. ¿Pero era posible el éxito de este esfuerzo, aunque tan laudable? Para intentarlo, Burgos, con su *Miscelánea*, fué el primero que desertó de las huestes de los admiradores del libertador. No dió su labor el resultado que apetecía, y entonces, aliándose á Lista, á Miñano, á Gómez Hermosilla y á otros talentos tan equilibrados como los de éstos, se lanzó á aquellos razonados estudios de *El Sol*, *El Censor* y *El Imparcial*, que, en medio de la general anarquía de la publicidad, se erigieron en la cátedra más ilustre de la opinión y del periodismo. De *El Censor* eran, entre tanta licencia, estos juiciosos cánones: «Un artículo inconsiderado, una revelación prematura, una chanza inoportuna, hacen más daño al sistema constitucional que las bandas armadas de Morales y de Merino». De *El Censor* eran también estos otros: «Los periódicos son apelaciones al público: éste es su juez natural; y querer preocuparle ó prevenir su juicio con negras imputaciones, es una especie de cohecho prohibido, si no por las leyes criminales, por el código de la honradez y de la probidad. *Nobilitas sola est atque unica virtus*, como decía Juvenal».

Aun con la ayuda de colaboradores tan notables como los que formaron la redacción de *El Censor* y los periódicos que



quedan mencionados, la empresa en que se habían metido y en que perseveraron con tanto tesón Burgos y sus demás amigos y compañeros durante todo el largo período de aquella revolución, era por todo extremo ardua y espinosa. Cuando *El Censor* apareció por vez primera, el 5 de Agosto de 1820, no sólo le habían precedido ya otras muchas publicaciones periódicas, mejor ó peor dirigidas, como *La Colmena*, del radical Félix Mejía, que salió en Marzo; *El Conservador*, de Alcalá Galiano y D. Ángel Saavedra, después duque de Rivas, que fué algún tiempo como el eco público de la juventud patriótica que se reunía en el café de Lorencini; *El Conciliador*, de vida tan fugaz que apenas vivió un mes; *El Despertador Constitucional*, que se fundó en Abril; *El Universal*, de Galdeano y Narganes de Posada; *El Correo Universal*, de M. M., y *El Mensajero Universal* y *La Minerva Nacional* ó *La Minerva Española*, de D. José Joaquín de Mora. Y aunque ninguno de éstos, ni aun los más identificados con las ideas trastornadoras de tan azarosa situación, tomaron aquellos acentos de ira, aquella mordacidad sin rebozos, aquellas apelaciones irreverentes, ya á la fuerza, ya al desacato, que fueron propias de los que la siempre creciente exaltación de las pasiones fué trayendo, con vida más ó menos larga y más ó menos accidentada, á la arena del combate común; con todo, cuando se abrieron las Cortes ya los excesos del pensamiento escrito habían rebasado todos los límites de la moderación.

El primer ministerio liberal de 1820, al que no derribó el rey, sino la intemperancia de los que se llamaban sus amigos, los periodistas hidrófobos, los clubistas insensatos, los perseguidores del clero y de todas las altas jerarquías políticas y sociales, los insoportables exclusivistas de todas partes, que fueron las palancas invisibles de las intentonas de Morales, de Barrios, del *abuelo*, de la Junta Apostólica, de las conspiraciones de Erroz y de Vinuesa, y las rebeliones de Merino y de Salvatierra, previendo lo que inevitablemente había de suceder con la libertad de la imprenta, desde luego puso en

vigor las leyes y decretos que se habían promulgado desde 1810 á 1814. Pero ¿qué eficacia habían de tener? En el estado patológico de aquella sociedad estremecida, pasar de la glorificación al vituperio, no dependía más que de la impresión de un hecho imprevisto, del discurso de un orador desordenado en el seno de alguna de las sociedades patrióticas que por todas partes se formaron, de la sugestión ejercida desde rincones ocultos por la multitud de los escritores asalariados, que disimulaban la venta de sus conciencias con la ficción de los más fogosos arrebatos. Para poder vivir en paz relativa con aquel orden social era preciso llevar siempre en los labios, para atornar el aire con sus acentos, el *¡viva la Constitución! ¡viva Riego!* y hasta el *¡viva el rey constitucional!*, durante aquel breve período del 10 de Marzo, en que Fernando VII pronunció aquella famosa frase de «*Marchemos, y yo el primero, por la senda constitucional*», hasta el 9 de Julio, en que, recibiendo la comisión de las Cortes, y contestando al discurso de su primer presidente el arzobispo electo de Sevilla, D. José de Espiga y Gadea, protestaba de que «al establecimiento y conservación entera é inviolable de la Constitución consagraría las facultades que la misma Constitución señalaba á la autoridad real, en lo que cifraría su poder, su complacencia y su gloria».

Nadie podía sustraerse de aquel culto incesante á los objetos de la frenética idolatría popular, si quería vivir algo tranquilo en medio de aquellas orgías de libertad. Todas las plazas principales de todos los pueblos subrogaron sus antiguos nombres al nombre de *Plaza de la Constitución*. Los currutacos, como signo de elegancia y buen gusto patriótico, llevaban en el ojal una cinta verde con el mote de *¡Constitución ó muerte!* Se pretendió que las damas discretas, «para distinguirse de las necias», volvieran al uso de las bandoleras que estuvieron en Cádiz de moda durante la guerra de la Independencia; pero sustituyendo la cifra de *¡Fernando VII!* por la de *¡Constitucional!* El teatro que quería llevar mundo á su cazuela tenía que representar, como el de la Cruz, obras *de ocasión*; por ejemplo,

*La entrada de Riego en Sevilla.* El café contiguo al del Príncipe, donde diez años más tarde se estableció el famoso *Parnasillo*, tomó el nombre de *Café y botillería de la Constitución*. Hasta la Iglesia creyó deber transigir los odios declarados que contra ella la revolución traía, rindiéndola homenajes semejantes á los del obispo de Córdoba, que publicó una pastoral en alabanza de la Constitución; á los del cura de la Magdalena, de la Coruña, que predicó un sermón en su elogio, y á los del prebendado de la catedral de Salamanca, D. Miguel Martel, que predicó otro en el mismo sentido con motivo de su proclamación.

Nadie por estos rendimientos del temor ó del miedo se salvó en su día de los furores y de los excesos de la desopinión. Antes de llegar á los oprobios que causaron á la majestad real las difíciles pruebas del terrible cautiverio y conducción á Sevilla y Cádiz, de aquellas sociedades patrióticas públicas y secretas que desde su primer número *El Censor* había condenado por parecerle «inútiles y estériles en los gobiernos libres», salieron á la propaganda de la prensa los desacatos continuos contra la autoridad y la persona del rey. Pronto pasaron los tiempos en que los exaltados de todos matices pedían en honor de Fernando VII la erección de un monumento público, al pie de cuya estatua, en la que aparecería adornado de la corona cívica con la Constitución en las manos, se pondría la inscripción dedicatoria: **Á FERNANDO EL GRANDE—AL REY CONSTITUCIONAL.** Ya hasta *El Zurriago*, que prosperaba, como *El Espectador* y *El Universal*, con las liberalidades que directamente salían del bolsillo particular del monarca, se le subía á las barbas para decirle que «aunque la persona del rey era sagrada é inviolable por la Constitución, esta inviolabilidad no le eximía de la censura del ciudadano en los pueblos libres»; pensamiento que en otra ocasión volvía á formular diciendo: «Una cosa es la inviolabilidad del rey, que le exime de responsabilidad legal, y otra cosa es la *censurabilidad* de sus actos». Con todo, no era esto todavía la irrespetuosa cari-

catura que del rey hizo después un periódico de Cádiz titulado *El Gorro Frigio*. «Es el rey—decía—un hombre bárbaro, atroz, con partidas de mulo; los labios gruesos, chato de nariz, color trigüeño, un poco sanguinario por malicia natural, mal servil y mal constitucional, militar hasta cierto punto y como un granadero, no como un general.» Después añadía que el Gran Turco le había reclamado á su servicio, y terminaba: «Y nosotros, que deseamos perderle de vista, abrimos una suscripción para cuando llegue el caso de decidirse á marchar, costearle el viaje, no en posta, sino en un globo aerostático».

Tratando de la Iglesia y de los miembros respetables que forman su cuerpo de disciplina, *El Censor* había escrito: «Tengan entendido (los periodistas) que cada día que hablan con cierta complacencia *del corbatín de hierro* (la horca), del palo, de la hoguera, y sobre todo de las víctimas designadas que pertenecen á cierta clase muy respetada y muy respetable, enajenan de la causa de la libertad un número muy considerable de personas. ¿Se les figura que porque hayan leído cuatro libros de jansenismo han de hacer jansenistas á todo el mundo con un artículo de diario?» Tan estériles eran estas consideraciones tan juiciosas como los esfuerzos del gobernador del obispado de Oviedo, *sede vacante*, D. Ramón Valdés Llanos, y el vicario general D. Domingo Somoza, dirigiendo á su clero y fieles, sus feligreses, la pastoral en que les animaba á tomar parte en la contienda electoral para las Cortes decretadas por el rey «con el deseo más puro de desarraigar del ánimo de sus ovejas las preocupaciones y hábitos del despotismo». El arzobispo de Valencia, el obispo de Orihuela, desde Roma, donde se encontraba; los de Tarazona, Tarragona, Zamora, Pamploña, Urgel, Ceuta, Málaga, con el general de los capuchinos y otros prelados eminentes, fueron de los primeros en levantarse para batallar, tanto contra los principios persecutorios de la revolución contra la Iglesia, cuanto contra los procedimientos empleados contra algunos eclesiásticos, sirviendo como ejemplo de otros el inhumano seguido con el tan conoci-

do D. Martín Vinuesa, el cura de Tamajón. Realmente, éste, como muchos eclesiásticos, y sobre todo frailes, habían hecho de la libertad de la imprenta un uso tan violento como el que hacían los revolucionarios triunfantes. De un gran número de periódicos publicados entonces, así como de muchos folletos y hojas sueltas de polémica de la época, nunca se ha sabido el nombre de sus autores por haberlos hundido los claustros de donde salían en el secreto de su oscuridad. Vinuesa había sido de los más descubiertos adalides de la reacción que batallaba por imponerse, y sus escritos titulados *El grito del español*, *La papeleta de León* y *La Gaceta de Munich*, habían sido haces de estopa arrojados al incendio de los inexorables odios sectarios. Pero en Enero mismo de 1820, condenado á diez años de presidio y arrojado á un calabozo inmundo á la sevicia de su pena, ni aun en este suplicio verdadero fué respetado, y el 4 de Mayo, aniversario del día fatal en que Fernando VII había expedido los decretos execrables de 1814, asaltada su lóbrega prisión por una turba sanguinaria y criminal, recibió allí desdichada muerte acompañada de tormentos inenarrables. Acaso llevaban este mismo camino, entre los sesenta y nueve diputados de las Cortes ordinarias de 1814, que por haber redactado y suscrito aquella representación al rey se les dió el apellido *de los persas*, los que pertenecían al estado eclesiástico; pero cuando en Octubre de 1820 se elevó á consulta del rey su procesamiento *por aquel delito político*, el rey, que permitió que se les detuviera y se les encausara, sólo hizo excepción de los obispos y demás eclesiásticos, á los que se les designaron conventos de residencia forzosa durante la sustanciación. Aun así y todo, el conde de Toreno y D. Juan Corradi, impulsores de estos despropósitos, escandalizaban las conciencias sanas cuando hacían protestas de su fe, del mismo modo que Argüelles, que solía decir: «*Yo soy piadoso, y por tal me tengo*». Otros no llevaban á tanto su hipocresía. Carnerero, en *El Universal*, escribía terribles artículos contra la religión y se jactaba de ser de los que se congratulaban de que «á la vuelta de algunos años la

nación, con el auxilio de los buenos libros, vendría á ser *atea*, no profesando sino el culto filosófico y la religión de la razón, que es la religión de los sabios». Un famoso magistrado decía: «*Más me persuade el EMILIO que el EVANGELIO*»; y García Herreros, en *El Universal* del 13 de Septiembre de 1820, apodaba de *faltos de luces* á nuestros obispos. No hay que decir que la literatura en boga, hasta entre las damas del melindre, eran el *Sistema de la Naturaleza*, el *Emilio*, el *Contrato social*, *La Religión*, de Diderot, y *Las Ruinas*, de Volucy, traducidas é impresas en París, en castellano, por el P. Canal, el abate Marchena y el antipapista Llorente, que se sobrevivían á su tiempo.

La verdad es que en las altas y bajas que todo período revolucionario tiene para todos los que en ellos danzan, ya como amigos, ya como adversarios, unas veces en los *clubs* ó en las sociedades patrióticas, otras en los periódicos, pocos escaparon sin pasar alguna vez por el tamiz del desconcepto. Así, en las Cortes de Cádiz como en las de 1820, la figura de Argüelles se destaca como en los sagrados libros las de sus hermosos patriarcas. Mas cuando en una de las discusiones de las Cortes, sobre organización militar, Argüelles sostuvo razonablemente que en toda monarquía el rey es el jefe natural del ejército, *El Zurriago* le salió al paso para recriminarle, y decía: «¡*Este fatal Argüelles!*» No se hable de Riego. Se le echó en rostro en plenas Cortes su carencia total de instrucción en todo, y Muñoz Torrero salió á su defensa diciendo «que mientras estuvo en Francia adornó su espíritu leyendo muy buenos libros». Esta adulación pasó en la categoría de los razonamientos incontrovertibles; y como el frenesí que se le profesaba rayaba en verdadera locura, si cuando el motín de las Platerías sólo se sintió que hubiese rodado por el suelo el retrato sagrado del caudillo, cuando en la apertura de las Cortes de 1822 se le designó presidente de ellas y tuvo la candidez de proponer un decreto prohibiendo que se le prodigasen en ninguna parte aplausos y aclamaciones por la plebe, por considerarlas *onerosas* á la pú-

blica tranquilidad, el periódico *La Tribuna* salió al día siguiente (28 de Marzo) encabezado con un ¡VIVA RIEGO! de letras de pulgada y media, y luego, con caracteres tipográficos lo más grandes que el tamaño del papel consentía, escribía al pie: «¡Viva eternamente su memoria en la gratitud de los hombres! Las Cortes han rechazado por unanimidad la proposición hecha por Riego pidiendo que se prohibiera decir ¡Viva Riego!, proposición llena de delicadeza en D. Rafael Riego, pero criminal en boca del diputado Riego. Las Cortes se hubieran inmortalizado si, separando mentalmente estas dos personas, hubieran llamado á la barra al diputado Riego y obligádole á pedir perdón por el ultraje que había hecho á la nación en la persona y el nombre inmortal de Riego». No obstante, á poco de este suceso, Riego entra en la antesala de las Cortes al tiempo que de allí salía el diputado Salvá, el cual, aproximándosele para saludarle, le dice en público: «Adiós, héroe de las Cabezas, sin cabeza». La frase hizo fortuna y las delicias del pueblo. Todos los periódicos de la época, hasta *La Tribuna*, de Madrid; *El Plutón Granadino*, *La Abeja del Turia*, *El Mensajero*, de Sevilla; el *Diario Gaditano de la Libertad* y *La Confederación Patriótica de Málaga*, la reprodujeron y la comentaron, festivos, antes que *el héroe* comenzara á caer.

Aquel *Zurriago*, con todos sus apéndices, era una delicia. ¿La daba con sus demás colegas de la prensa? Si hablaba de Miñano, le llamaba ambicioso; si de Burgos, fatuo; si de Lista, desvergonzado; si de Hermosilla, desfachatado y grosero; y á todos los motejaba de traidores que estaban vendidos al gobierno y por ello vertían ideas liberticidas. A D. José María Llanos, que publicaba *Los Ecos*, le decía que, como *pretendiente*, sólo adulaba para lograr. Al editor de *El Diario Nuevo* le motejaba de ignorante, y añadía que tenía más vena que para el periodismo para su primitivo oficio de sastre, y aun para su ocupación actual de miliciano de caballería, empresario de café y botillería en la de *La Madre Patria* y como tertulio de la Fontana de Oro. Hablando de los periódicos, á

PRETENCIE A LA BIBLIOTECA DEL

*El Universal* le regalaba plumas de ganso, á *El Espectador* de pelícano, á *El Indicador* de pájaro mosca, y de avestruz al *Diario de Avisos*. A veces no era tan crudo en sus sátiras, y para llamar afrancesados á *El Imparcial* y á los que le escribían, afeaba á este periódico que entre sus suscriptores hubiera admitido á D. Tomás Albán, dueño del establecimiento tipográfico de la calle de Carretas, que durante la dominación francesa se denominó, con rótulo de grandes caracteres sobre su puerta, *Imprenta de las tropas francesas*. Claro es que á Mejía, el editor de *El Zurriago*, no dejaron de presentársele ocasiones de grandes inconvenientes con la acritud de la sátira que en sus escritos empleaba. Un día el coronel D. José Huerta, satirizado por *El Zurriago* al recibir el mando de un cuerpo, allanó la morada del periodista con ánimo de castigarle severamente. Mejía, con su colega Morales, que le acompañaba, y con D. Manuel Arteaga y D. Eugenio Romero, redactores de *El Noticiero*, que oportunamente llegaron, promovió un escándalo mayúsculo, en que hicieron tomar parte á los transeuntes de la calle. Vituperada por éstos la conducta de Huerta, fué aquél librado del castigo y éste aporreado y llevado preso á un retén de milicia nacional. Otro chasco sucedió á Mejía, por causas idénticas, al final de 1822. Habiendo entrado cierto día á verter aguas en un portal, lo que entonces era de uso corriente, fué secuestrado por manos invisibles y le tuvieron algunas horas con los ojos vendados y prisionero. Aunque con la cuestión del secuestro armó harta algazara *El Zurriago*, Mejía dió á poco muerte á este periódico, pretextando hallarse las Cortes y el rey camino de Andalucía; mas no por eso corrigió por entonces su conducta: porque de *El Zurriago* pasó á *La Tercerola*, que, así como *La Bandera Española*, hacía desesperada campaña contra el rey.

Mientras pasaban todas estas cosas, *La Colmena* no cesaba de ponderar los bienes sociales y los progresos que España debía al régimen de la Constitución. «La Constitución, decía, ha despertado la industria; la mendicidad disminuye; una mul-



titud de ciegos que vivían á expensas de la caridad cristiana, hallan ya su alimento en el trabajo que les proporciona la venta de los papeles públicos, y todo en España es prosperidad.» No faltaban á los altos pensamientos de *La Colmena* proyectos levantados con que contribuir por su parte á este progreso nacional que decantaba. Por ejemplo, en su número 19, página 144, escribía en alas de su espíritu innovador: «Treinta años hace, con corta diferencia, que el *bolero* se baila: las mismas zancadas, las mismas cabriolas, la misma música, los mismos castañetazos, los mismos repiqueteos y siempre una misma cosa. No hay duda que esto debe gustar, pues que tanto tiempo dura; pero una nación constitucional ha de pensar en lo heroico, y nos parecía (*salvo meliori*) que este baile debe ya morir. En fin, si no muriese por su propia virtud, procuraremos matarlo; porque una vez que esté muerto, nadie preguntará de qué mal murió. Queremos que todo sea constitucional, elevado, noble y digno de la nación española, y esto no puede compaginarse bien con el *bolero*, con la *cachucha*, con el *zurripamplí* y otras cosas de este jaez». Tras este preámbulo *La Colmena* no decía en qué había de consistir la reforma del baile nacional.

Si esto no es más que simplemente cómico, no lo es la parte con que la prensa desordenada de aquel tiempo contribuyó á los excesos que fueron despertando el espíritu de reacción. *El Espectador* inspiraba sin descanso á los gobiernos y á las Cortes, y á falta de éstos, á las tertulias patrióticas y á los motines de la multitud, medidas cruentas ó infames que sublevaban las conciencias honradas. En sus páginas se pidieron deportaciones arbitrarias, destierros ilegales, procesos infamantes y otros horrores de este género. Bajo las sugerencias de este y otros periódicos semejantes, los exaltados de Barcelona, Sevilla, Málaga y Oviedo hacían salir de estas ciudades á los que se les antojaban sospechosos de anticonstitucionalismo. En otras partes viéronse propietarios despojados de sus rentas y aun de sus bienes raíces; familias enteras sacadas de sus hoga-

res y entregadas á una inicua persecución, y millares de ciudadanos reducidos á la mendicidad. A nadie se permitía la defensa de los que eran objeto de toda clase de injuriosas imputaciones: ni á los periódicos mismos que alimentaban la exaltación de tantas pasiones desenfrenadas. En el *Café de Riego*, en Sevilla, se hizo auto de fe del número 39 de *La Sombra de Lacy*, por haber defendido á Romero Alpuente de las calumnias de *El Espectador*. Solamente por parecer *moderados*, en Sevilla también, en otra ocasión fueron quemados los números de *El Imparcial*, y en Cádiz los de *El Universal*. El mismo *Espectador* fué quemado en Valencia, Badajoz y Madrid, al concluir la Sociedad Landaburriana (19 Dic. 1822), y fué proscrito de la de Granada. Cuando *El Censor* y *El Imparcial* escribieron que «toda España estaba llena de anarquistas», *El Zurriago* contestaba: «Nosotros pertenecemos al número de estos anarquistas». Y aunque *El Espectador*, tantas veces citado, mereció por algunos de sus escritos desaprobaciones como las que llevó en Valencia y Badajoz, nadie lo había arrojado de sí cuando describió el vil suplicio que en su prisión se había dado al capellán de honor Vinuesa, cura de Tamajón, por los sicarios que lo martirizaron en el calabozo, donde el odio político lo había sumido.—«Hoy, como á las tres y media de la tarde —decía *El Espectador* en su número 21, página 84, columna ij,—mientras estábamos murmurando, estaba el Sr. Vinuesa, ¡alma de Dios!, sufriendo un sponcio bárbaro que le trasladó repentinamente al barrio de la verdad, sin saber leer ni escribir. La milicia buen fuego hizo sobre los sponci-facientes; pero cuando ha de llover, con todos los vientos llueve. Ahora que está el buen hombre descansando en el Señor, el Señor cuidará de enviarle á cumplir los diez años que le decretó el Sr. Arias; porque en el otro mundo diz que hacen justicia seca sin las contemplaciones que en éste nos hacen cambiar la veleta según el viento que corre. Por eso sus amigos han tratado de apelar á la audiencia del territorio celestial. ¡Buena moza llevas, Perico: ello lo dirá!»

La correspondencia de esta narración bárbara había de publicarse tres años después en *El Restaurador*, del P. Manuel Martínez, cuyo lema era: «Es preciso exterminar á los negros hasta la cuarta generación». En el suplemento al número 72, correspondiente al 17 de Septiembre de 1823, *El Restaurador* decía: «El Intendente interino de La Carolina da parte al Gobierno, con fecha 15, á las ocho de la noche, de que el general Riego está preso ya en uno de los calabozos de aquella cárcel. Le ha hecho preso el comandante civil de Arquillo con algunos colonos. Adoremos los altos y terribles juicios del Señor. El corifeo de la revolución cae desde las estrellas, en donde habrían querido erigirle su trono, á la oscuridad de un calabozo, y cae, no á manos de un gran general, sino de unos pobres labradores. ¡Así humilla Dios á la soberbia impiedad!»

En el legajo 7 del Negociado de las *Nuevas poblaciones de Sierra Morena y Andalucía*, que pertenecía por aquel tiempo al Ministerio de la Gobernación, se hallan los documentos originales de este suceso. Helos aquí:

I. «EXCMO. SR.—Son las siete de la noche de hoy 15, hora en que va á salir el correo, con cuyo motivo, de cualquier modo me tomo la confianza de decir á V. E. que el cabecilla Don Rafael de Riego acaba de entrar preso en esta Real Cárcel, con cuatro hombres que le acompañaban en su huída; y han sido arrestados por los colonos de la población de Arquillo de esta comprehensión, quienes lo acaban de encerrar en esta dicha Real Cárcel, de donde no se escapará, pues queda á cargo de la milicia realista, de la que soy el primero que se alistó en ésta. No sé las disposiciones que tomará esta autoridad interina acerca de su conducción, ó dar noticia para su determinación al Supremo Gobierno.—*Excmo. Sr.*—B. L. M. de V. E.—  
MANUEL ANTONIO QUIJANO.

»P. D.—Al entrar aquí le hemos obligado á que diga: *¡viva el rey absoluto! ¡muera la Constitución!* No quería decirlo de modo alguno, fundándose en que siempre había expresado *¡viva el rey!*, pero jamás el adjetivo de *absoluto*; ni podía decir

*¡muera la Constitución!*, porque siempre había sido y sería el mayor constitucional; pero se le repuso que por lo mismo tenía que ceder, como al fin cedió. Aquí todo es regocijo y tranquilidad. Sólo se ha gritado y grita: *¡viva el rey absoluto y rabie Riego!*, voz excitada por mí y seguida por todos los buenos realistas.»

II. «EXCMO. SR.—Son las ocho de la noche y acaba de entrar preso en esta capital el infame caudillo de la rebelión, Rafael de Riego, á quien he puesto en un calabozo de la cárcel pública. Se han cogido con él otros tres oficiales, y también quedan en calabozos. Los pormenores de esta gloriosa aprehensión no puedo darlos á V. E. en este momento, pero después lo haré. El Comandante civil de la Provision de Arquillos, dependiente de esta Intendencia, con sus colonos solos y sin un soldado, son los beneméritos aprehensores. — Dios guarde á V. E. muchos años. Carolina, 15 Setiembre de 1823.—E. S. —*Intendente interino, JUAN JOSÉ CABALLERO.—Excmo. Sr. Ministro de Hacienda.*»

Todavía *El Restaurador* perteneciente al día 1.º de Octubre nos ofrece sobre este suceso estos versos, detestables en su forma y en su fondo:

**À la entrada en Madrid del llamado general Rafael Riego.**

Entra en Madrid, caudillo de bergantes;  
Entra, ladrón, cobarde y asesino,  
Emperador presunto de tunantes,  
Jefe de locos, de impiedad padrino.  
Entra con confusión de tus amantes,  
Cual traidor Catilina; y tu destino,  
Tus honores, tu oprobio y tu tormento,  
Sírvanles para siempre de escarmiento.

Entre dolores alternativos se han hecho, se hacen y se harán en la historia, mientras el hombre habite sobre el planeta, las evoluciones de los pueblos, las evoluciones de la humanidad. ¿Quién sabe si acierta? Mi convicción es que, sin pasar

por situaciones tan violentas como la que Riego creó en las Cabezas de San Juan, la evolución jurídica, política, social en España, se hubiera realizado de todos modos. En cuanto al juicio de los hombres, ni me parecen mejores los actores de la revolución que los de la reacción, ni éstos que aquéllos. Pueblos alborotados, todo son iras. Pueblos iracundos, no pueden tener concepto de la razón y de la justicia. Las mismas pasiones desenfrenadas lidian en el criminal é inhumano suplicio del cura de Tamajón, D. Tomás de Vinuesa, que en el suplicio cubierto de formas legales de Riego y sus compañeros de desgracia. Cuando en 1823 apareció *La Nueva Gaceta*, decía en su prospecto que «no pertenecía á la especie de periódicos que, nacidos del fango de la revolución, hicieron alarde de lo inmundado de su origen». La frase del rey Fernando VII con relación á las milicias voluntarias realistas, puede aplicarse á todos los periódicos de todos los matices de aquel tiempo: *los mismos perros con distintos collares*. El mal que de aquel origen se formó consiste en que la escuela, á pesar de las modificaciones de nuestras ideas y sentimientos, subsiste. Todavía la prensa española, que de aquella cuna emana, hiere, degrada y busca en los hombres la infamia de la descalificación. Todavía la prensa española infama. Todavía el periodismo en España es más martillo de destrucción que palustre de reconstrucción arquitectónica. Todavía tenemos partidos, pasiones y odios. Ya es tiempo de resucitar. Lo que degrada los organismos que sostienen y encumbran el edificio de la patria, degrada á la patria, ó es, al menos, una rémora para su reconstrucción.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

# INDAGACIONES Y CONJETURAS

## SOBRE ALGUNOS TEMAS POÉTICOS PERDIDOS

---

### II

#### MUNIO ALFONSO.—EL CONDE RODRIGO GONZÁLEZ

Otro adalid, casi contemporáneo de Minaya, y alcaide de Toledo como él, llenó con el terror de su nombre las llanuras de la Mancha Baja, como Alvar Fáñez la sierra de Cuenca y las angosturas y valles del Henares y del Tajuña. Era su nombre Munio Alfonso (*Munio Adefonsi*). Sus increíbles proezas están narradas en la inestimable Crónica latina de Alfonso VII, con alto estilo y entonación casi épica. El prestigio de sus victorias se realza con la catástrofe de su muerte, á la cual precedió una misteriosa tragedia doméstica que ilumina con siniestros reflejos el ocaso de esta vida heroica. El Emperador Alfonso VII le constituyó príncipe de todas las milicias del territorio comprendido más allá de la sierra de Guadarrama (1), y al frente de aquellas huestes municipales penetró en el territorio andaluz, logrando en los mismos campos de Córdoba victorias que parecerían fabulosas si no estuviesen tan comprobadas. Con sesenta y dos caballeros triunfó del rey Texufin en los campos de Almodóvar. Con novecientos caballeros y mil peones de Toledo, Avila y Segovia, derrotó en 1143 innumera-

---

(1) *Et constituit eum secundum Alcaidem Toletum et jussit cunctis militibus et peditibus qui habitabant in omnibus civitatellis quae sunt Trans-Serram obedire ei. (Chronica Adefhonsi Imperatoris, núm. 67, en el t. XXI de la España Sagrada.)*

ble morisma de Córdoba, Sevilla y Carmona, matando á los emires de las dos primeras ciudades (á quienes la *Crónica* llama Abenceta y Azuel), y haciendo innumerables prisioneros.

Hermosa descripción hace la *Crónica* de la pompa triunfal con que entró Munio Alfonso en Toledo por la puente de Alcántara. Iban delante los pendones y enseñas de los reyes vencidos, y clavadas en sendas picas las cabezas del cordobés y del sevillano. Seguían los prisioneros con las manos atadas á la espalda, salvo los jefes, que, por distinción, marchaban encadenados. Los peones cristianos conducían del diestro los caballos de los vencidos, con riquísimas sillas labradas de oro y plata. Gran número de acémilas y camellos africanos venían cargados de ricas telas, de armas sin cuento, lorigas, almetes, escudos y todo género de despojos arrancados á la opulencia de los vencidos. La Emperatriz doña Berenguela bajó del Alcázar para presenciar el espléndido cortejo á la puerta de la Iglesia Catedral, y el grande y sabio arzobispo D. Raimundo, á cuya iniciativa debieron las escuelas occidentales su primera iniciación en el saber de árabes y judíos, fué quien cantó el *Te Deum*, al frente de su clerecía. Otro día hubo que repetir el triunfo para que le presenciase el Emperador, que acudió presuroso de Segovia. Las cabezas de los dos emires permanecieron suspendidas de las almenas del Alcázar, hasta que, movida á compasión la Emperatriz, no olvidada acaso de la noble cortesía con que la habían tratado los caballerescos sitiadores del castillo de San Servando (1), mandó quitarlas de allí y que

---

(1) Aludo á un bellissimo episodio de la *Crónica de Alfonso VII*. Los almoravides, á quienes la Emperatriz motejó de cobardes, porque hacían armas contra una débil mujer, levantaron los ojos á la más alta torre del Alcázar de Toledo, donde estaba la Emperatriz rodeada de sus damas, que tañían diversos instrumentos músicos; hicieron una sumisa reverencia, y se retiraron levantando el cerco. Conviene transcribir las propias palabras del cronista, que, como todos los de su género, es menos leído de lo que debiera:

«*Hoc videns Imperatrix, missit nuncios Regibus Moabitarum, qui dixerunt eis: Hoc dicit vobis Imperatrix uxor Imperatoris: Nonne videtis*

sus médicos judíos y sarracenos las embalsamasen con mirra y áloe, las envolviesen en ricos paños de seda y las colocasen en cajas de oro y plata, que fueron enviadas honoríficamente á las viudas de ambos Reyes.

A aquel día de gloria siguieron otros de luto y desolación para Munio Alfonso, manchado con la sangre de una hija suya, á quien la pasión ó la liviandad había comprometido en una aventura amorosa: *Quia ludebat cum quodam juvene*, dice concisamente la *Crónica*. El terrible vengador lloró su crimen todos los días de su vida, y quiso ir en peregrinación á Jerusalén, de lo cual le disuadieron el arzobispo de Toledo y otros prelados, dándole por penitencia que guerrease continuamente contra los sarracenos de España (1), como lo cumplió hasta el fin, sucumbiendo en los pozos de Algodor, cerca del castillo de Peña Negra, que tenía en custodia, y desde el cual hacía frecuentes excursiones contra Calatrava. Y aquí no quiero omitir ni una sola palabra de la grandiosa narración de la *Crónica*; luego se verá por qué.

«Salieron Munio Adefonso y el alcaide de Fita Martín Fernández contra los sarracenos, y encontraron las huestes de los

---

*quia contra me pugnatis, quae sum fæmina, et non est vobis in honorem? Sed si vultis pugnare, ite in Aureliam, et pugnate cum Imperatore, qui cum armis et paratis aciebus vos expectat. Hoc audientes Reges, et Principes, et Duces, et omnis exercitus, elevaverunt oculos suos, et viderunt Imperatricem sedentem in solio regali, et in convenienti loco super excelsam turrem, quae nostra lingua dicitur Alcazar; et ornatam tanquam uxorem Imperatoris, et in circuitu ejus magna turba honestarum mulierum, cantantes in tympanis et cytharis, et cymbalis, et psalteriis. Sed Reges, et Principes, et Duces, et omnis exercitus, postquam eam viderunt, mirati sunt, et nimium sunt verecundati, et humiliaverunt capita sua ante faciem Imperatricis, et abierunt retro: et deinde nullam rem laeserunt, et reversi sunt in terram suam». (Esp. Sag., tomo XXI, pág. 377.)*

(1) *Sed Munio Adefonsi planxit hoc peccatum cunctis diebus vitae suae, et voluit peregrinare Jerusalem: sed Raymundus toletanae Ecclesiae et ceteri Episcopi et clerici rogati ab Imperatore ut non peregrinaretur, praeceperunt ei poenitentiam, ut superdebelleret sarracenos sicut fecit, usquequo ab eis occisus est (pág. 391).*



paganos ordenadas en batalla junto á los pozos de Algodor. Trabada la pelea, cayeron al filo de la espada muchos de una y otra parte, y Martín Fernández fué herido, y moros y cristianos se retiraron á un tiempo del campo, quedando grande espacio entre las haces de los sarracenos y las de los cristianos. Conoció Munio Alfonso que la fortuna no se ponía de su lado, y dijo á Martín Fernández: «Martín, aléjate de mí con toda tu gente, y vete á custodiar y defender la fortaleza de Peñanegra, para que no la ocupen los Moabitas y los Agarenos, y haya gran duelo en la casa del Emperador. Entre tanto yo y mis compañeros pelearemos con ellos, y la voluntad de Dios será cumplida». Á la hora Martín Fernández y los suyos levantaron el campo y volvieron al castillo para guarnecerle. Y entonces Munio Alfonso llamó á un entenado suyo, á quien aquel año en el día de Pascua había armado caballero, y le dijo: «Vuelve á Toledo, á casa de tu madre, y ten cuidado de ella y de mis hijos y hermanos tuyos. No permita Dios que en un solo día se vea privada de mí y de ti». El joven respondió: «No iré, sino que moriré contigo». Y entonces airado Munio Alfonso, le hirió con la punta de la lanza, y el mancebo lloroso y atribulado se tornó bien contra su voluntad á Toledo.

»Acosado Munio Alfonso por los Moabitas y Agarenos, se retiró con su gente á cierta roca que llaman *Peña del Ciervo*, y allí cayó herido mortalmente por una saeta, y con él murieron cuantos le acompañaban, no sin haber hecho antes grande estrago en los infieles. Vino el alcaide de Calatrava, Farax Adali, y le cortó la cabeza, y el brazo y el pie derechos, y le despojó de las armas, y envolvió su mutilado cuerpo en limpios paños, y envió la cabeza de Munio Alfonso á Córdoba, á casa de la mujer de Azuel, y á Sevilla á casa del rey Abenceta, y por último allende el mar, á los palacios del rey Texufin, para que en toda tierra de los Moabitas (Almoravides) fuese sabida tan buena nueva. El brazo y el pie de Munio Alfonso y las cabezas de los demás guerreros cristianos fueron suspendidas sobre la excelsa torre que domina á Calatrava.

»Cuando llegó á oídos de los toledanos lo que habían hecho los sarracenos, vinieron á levantar del campo de batalla los restos mutilados de Munio Alfonso y sus compañeros, y los llevaron á enterrar en el cementerio de Santa María de Toledo. Y por muchos días la mujer de Munio Alfonso y las demás viudas venían á llorar sobre el sepulcro, y hacían una gran lamentación, diciendo de esta manera: «¡Oh Munio Alfonso! Mucho nos dolemos sobre ti. La ciudad de Toledo te amaba con el cariño de la esposa que nunca tuvo más amor que el de su único marido. Tu escudo jamás cedió en la guerra, tu lanza nunca volvió atrás, tu espada nunca se retiró sino sangrienta. ¡No vayáis á anunciar la muerte de Munio Alfonso en Córdoba ni en Sevilla: no la anunciéis en la casa del rey Texufin, para que no se alegren las hijas de los Moabitas, y se regocijen las hijas de los Agarenos, y se contristen las hijas de los Toledanos» (1).

Y añade el cronista con alto espíritu moral y religioso que aquella muerte fué expiación del gran pecado que Munio Alfonso había hecho contra Dios, no teniendo misericordia de su hija y olvidado de la que Dios había tenido con él sacándole ileso y triunfante de tantas batallas.

Prescindiendo de otros pormenores más discutibles, no puede negarse que el llanto de las viudas toledanas sobre la sepultura de Munio Alfonso es un trozo patético y de alta poe-

(1) *Et per multos dies mulier Munionis Adefonsi cum amicis suis et caeterae viduae veniebant super sepulchrum Munionis Adefonsi, et plangebant planctum, et hujusmodi dicebant: «¡O Munio Adefonsi! nos dolemus super te: sicut mulier quae unicum amat maritum, ita toletana civitas te diligebat. Clypeus tuus nunquam declinavit in bello, et hasta tua nunquam rediit retrorsum, et ensis tuus non est reversus inanis. Nolite annuntiare mortem Munionis Adefonsi in Corduba et in Sebilis, neque in domo regis Texufini, ne forte laetentur filiae Moabitarum et contristentur filiae toletanorum». Mortuus est autem pro peccato magno quod fecit contra Deum, scilicet quia occidit filiam suam quam habebat legitimaе conjugis, quia ludebat cum quodam juvene, et non fuit misertus filiae suae sicut Dominus misericors erat illi in omnibus praeliis». (España Sagrada, t. XXI, pág. 390.)*

sía, que trae inmediatamente á la memoria el llanto de Andrómaca al final del libro XXII de la *Iliada*. Pero no me atrevo á conjeturar si este trozo formó parte de una canción de gesta en que se narrasen las prósperas y adversas fortunas del alcaide de Toledo, ó si es un fragmento puramente lírico, unas *endechas* funerales, como las que en el siglo xv se cantaron en el Carmen de Lisboa, sobre la tumba del Condestable Nuño Alvarez Pereira, en la isla de Lanzarote sobre la muerte de Guillén Peraza, en Córdoba sobre la tragedia de los Comendadores, en Vizcaya con ocasión de varios duelos domésticos y venganzas de banderizos, según el testimonio de Garibay (1).

(1) El galano y pintoresco cronista de la casa de Niebla, Pedro Barrantes Maldonado, fantaseando quizá en este caso particular, pero dando testimonio de la inmemorial costumbre de las *endechas*, describe los funerales de D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, muerto á manos de infieles en la sierra de Gaucín el año 1309, con rasgos que recuerdan mucho la lamentación hecha por la muerte de Munio Alfonso:

«E todos sus vasallos de Don Alonso Perez de Guzman cortaron las colas á sus cavallos, como era costumbre de los castellanos cada vez que perdían el señor, é traxeron el cuerpo abierto y embalsamado... é muchas hachas y candelas encendidas, é con esta orden caminaron con el cuerpo para Sevilla, é pararon en Medina Çidonia, que la tenía D. Alonso Perez empeñada del Rey, é allí dixeron misas é responsos sobre su cuerpo, é de allí truxeron su cuerpo á la su villa de Sanlucar, donde embarcandolo lo llevaron por el rio hasta la puente de Sevilla, é allegaron de noche, é allí salieron todos los canónigos, clerigos é frailes de todas las ordenes de la cibdad, é todos los cavalleros, hijos-dalgo é oficiales é gente menuda de la cibdad, porque era tan amado é bien quisto Don Alonso Perez de Guzman en Sevilla como nunca lo fue Señor en ella por las buenas obras que le hazía. Allí salió Doña Maria Alonso Coronel su muger, é sus hijas Doña Leonor é Doña Isabel cubiertas de xerga, é salieron con ellas todas las señoras principales cubiertas de luto, é todos grandes é ricos con hachas é velas de cera que tenían mandado hazer para aquel día; allí fueron los llantos, los lloros, los gemidos, tantos que fue cosa extraña é lastimosa de ver... é generalmente dezían: «O padre de Sevilla, que con tu muerte quedas tantas viudas é tantas huérfanas; no solo te pierde tu muger, hijos, parientes, criados, vasallos, mas piérdete Sevilla, hasta los mas baxos é mas olvidados que en ella viven, porque tu larga mano en el bien todo lo alcançava».

«Doña María Alonso Coronel ronca de llorar dezía: «¡O mi señor y mi bien! qué bien adivinaba yo aquesto, bien me lo dava el coraçon. Ya que

Aun en este caso tendremos en la *Chronica Adephonsi Imperatoris*, compuesta poco después de 1146, el más antiguo vestigio de un género de poesía lírica popular, muy enlazado con los romances (1).

En la rica mies histórica del reinado de Alfonso VII podemos descubrir los gérmenes de otra leyenda, la cual dió origen á romances que todavía se cantaban en el siglo xvii, según testimonio fidedigno, y de los cuales es posible que hoy mismo quede algún rastro. Trátase de aquel poderoso conde de las Asturias de Santillana, Rodrigo González, á quien nuestros historiadores montañeses llaman el *último señor de Cantabria*, cuyo dominio se extendía con soberano imperio en cuanto la costa santanderina abarca, entre las bocas del Asón y el Deva, y desde la marina á las vertientes septentrionales de las sie-

---

Dios fué servido de llevaros, lleváraos en vuestra casa y en mi presencia para que no sintiera tanto vuestra muerte, Señor; que no falleçistes vos en cama blanda, syno en sierras ásperas y en montes bravos; no en mis braços ni manos, syno a las manos de vuestros enemigos; no en tierra de christianos, syno en tierra de moros; no granjeando vuestra hazienda, syno sirviendo al Rey; no enboscado en vicios, syno exerçitando virtudes; no en las cosas del mundo, syno en servicio de Dios; no en los vuestros grandes palacios de Sevilla, syno en las asperas montañas de Gausin; no en vuestra tierra, syno en la agena». (*Memorial Histórico Español*, publicado por la Academia de la Historia, tomo IX, págs. 243-244.)

(1) El parricidio del caudillo toledano fué llevado á las tablas con gran fortuna por el estro arrogante de Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda en su tragedia *Alfonso Munio*, representada en 13 de Junio de 1844, y titulada luego con más propiedad histórica *Munio Alfonso*. La egregia poetisa cubana, que se preciaba de no sé qué fantástico parentesco con el alcaide de Toledo, encontró el argumento de su drama en el conocido libro genealógico de Rodrigo Méndez Silva: *Ascendencia ilustre, gloriosos hechos y posteridad noble de Nuño Alfonso, Alcaide de la ciudad de Toledo, Rico hombre de Castilla* (Madrid, 1648). Es de sentir que no consultase directamente la Crónica de Alfonso VII, para dar más color histórico á su drama, que así y todo tiene grandes bellezas. El tercer acto, lleno de misterioso prestigio y de terror trágico, es al mismo tiempo eminentemente teatral; y si el efecto decae en el cuarto, no decaen ni un punto en todo el drama la noble entonación del estilo y la plenitud de la versificación, dentro del molde algo abstracto de la tragedia clásica.

rras castellanas (1). El P. Sota, autor muy crédulo en cuanto á las épocas fabulosas, pero nada despreciable en la segunda parte de su obra, que se apoya en un sólido aparato de privilegios y escrituras, compuso larga disertación sobre los hechos de este famoso caballero, tomando por guía la Crónica del Emperador y adicionándola con escrituras, memorias y tradiciones locales muy dignas de consideración (2).

Hijo mayor de D. Gonzalo Núñez, señor de Lara, ya en tiempo de Alfonso VI se titulaba *armigero del Rey* (esto es, su alférez mayor), y también *príncipe y potestad*. Casado en primeras nupcias con la infanta de Castilla Doña Sancha y en segundas con Doña Estefanía, hija del conde Armengol de

(1) *Costas y Montañas (Libro de un Caminante)*, por Juan García. (Madrid, Tello, 1871, pág. 188.) Fué autor de este hermoso libro descriptivo é histórico de la provincia de Santander el erudito y elegantísimo escritor D. Amós de Escalante, recientemente arrebatado á las letras patrias y al cariño de sus amigos.

(2) *Chronica de los Principes de Asturias y Cantabria... Su autor el Padre Predicador Fr. Francisco Sota, de la Orden de San Benito, Chronista de Su Magestad... en Madrid: por Juan García Infanzon. Año de 1681.* (Págs. 544-581.)

Los extensos límites que Sota y otros autores asignan al señorío de Rodrigo González parecen confirmados por la famosa donación que en 1122 hizo al Monasterio de Santa María de Piasca (escritura 32 del Apéndice de Sota, pág. 663): «*Mandante Comite dompnus Rodericus, in Asturias et Castella et Lebana et Petras Nigras et Campoo et in Angulo*».

Por Castilla ha de entenderse aquí la montaña de Burgos solamente; por Asturias las de Santillana, pues no consta que en las de Oviedo poseyese nada el conde Rodrigo. Peñas Negras, Liébana, Campoo y el valle de Angulo, confinante con el de Mena, marcan los términos de su señorío por Occidente y Oriente, quedando incluida en él la mayor parte del territorio de la Cantabria romana.

Fr. Prudencio de Sandoval, que á pesar de vestir la cogulla benedictina estaba muy picado de la vanidad linajuda, tuvo el raro capricho de atribuir al conde Rodrigo González (sólo conocido por este patronímico ó por el apodo honorífico de *El Franco*) el apellido Girón, que ni consta en ningún documento ni es de su tiempo. El P. Sota, tildado, y no sin razón, de falta de crítica, mostró en este caso alguna más que Sandoval, rechazando aquella fantástica denominación y genealogía ideada para lisonjear á la nobilísima familia de los condes de Ureña, que para nada necesitaban de tales orígenes postizos.

Urgel, su poder y su arrogancia subieron de punto en medio de la anarquía del reinado de Doña Urraca. Haciendo alarde de una semiindependencia, llegó á anteponer en los privilegios y donaciones su nombre al de la Reina: «*Facta charta sub Principe nostro Roderico Gondisalvi et Regina Urraca in Legionem*». Palabras que no deja de invocar el P. Sota en apoyo de su tesis favorita: «Que los condes de Asturias de Santillana eran soberanos propietarios de su estado, y no habido por merced de los Reyes, como también lo eran los de Vizcaya sus vecinos». Pero no era Alfonso VII, aun en su primera mocedad, príncipe que tolerase estos alardes de soberanía, y tanto el señor de Cantabria como su vecino y aliado el conde Gonzalo Peláez, de las Asturias de Oviedo, experimentaron muy pronto la dura mano del hijo de Raimundo de Borgoña. Gonzalo Peláez llegó á la rebeldía abierta y sostuvo una guerra de siete años, que le costó la pérdida de todos sus Estados de Asturias y Castilla, teniendo que refugiarse en Portugal, donde le sorprendió la muerte cuando preparaba una expedición naval para recuperar su señorío.

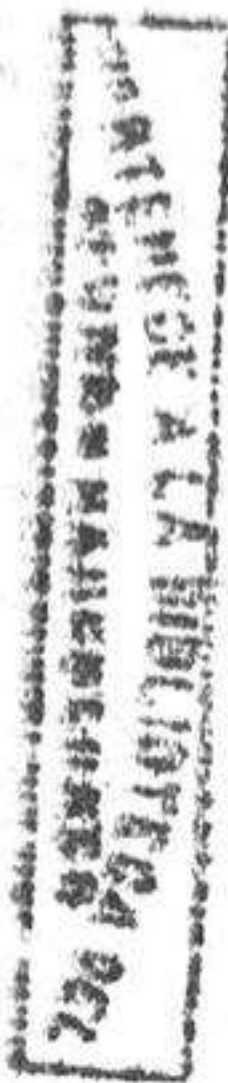
Desde sus primeras páginas nos presenta el anónimo toledano, cronista de Alfonso VII, á Rodrigo González y su hermano el conde D. Pedro de Lara como descontentos y recelosos del Rey, y gradúa de fingidas las seguridades de paz y muestras de sumisión que le dieron. Cuando en 1129 entró en Castilla D. Alfonso el Batallador con poderosa hueste aragonesa, talando y estragando la tierra, ni Rodrigo ni el de Lara respondieron al llamamiento de su legítimo monarca. Tal desacato no podía quedar impune, y al año siguiente, 1130, el rey de Castilla «subió á las Asturias de Santillana contra el conde Rodrigo y los otros rebeldes, y expugnó sus castillos, y los destruyó, y puso fuego á sus heredades, y taló sus viñas, y cortó sus árboles. Viendo el conde que de ninguna manera podía escapar de las manos del Rey, ni en los castillos, ni en los montes, ni en las cavernas, le envió mensajeros pidiéndole que viniese á coloquio con él junto al río que llaman

Pisuerga; con esta condición: que á cada uno acompañasen seis caballeros solamente. Consintió el Rey, y acudieron uno y otro al puesto aplazado, y entablaron su coloquio. Y como el Rey oyese del Conde algo que no le era lícito oír con paciencia, se enojó terriblemente, y le echó las manos al cuello, y entrambos juntamente cayeron de sus caballos en tierra. Viendo esto los soldados del Conde, se llenaron de terror, desampararon á su señor y huyeron. El Rey prendió al Conde, y le tuvo en cadenas hasta que le entregó todos sus castillos y señoríos. Entonces le puso en libertad, pero enteramente despojado y sin honra. Después de muchos días vino al Rey el mismo Conde, y se humilló ante él y reconoció la culpa que había cometido. Y el Rey, como era tan misericordioso, se apiadó de él y le dió la alcaidía ó gobierno de Toledo y grandes honores en Extremadura y en Castilla, y el mismo Conde emprendió muchas guerras contra los sarracenos, y cautivó muchos de ellos, y alcanzó grandes despojos de su tierra».

Salta á los ojos del más distraído la analogía, ó más bien la identidad, entre este paso histórico y un famoso episodio de los cantares de gesta de Fernán González, que conocemos por la segunda *Crónica general* (de 1344) y por los romances. La entrevista de Alfonso VII y el señor de Cantabria en la margen del Pisuerga es punto por punto la del rey de León y el conde de Castilla en el vado de Carrión, aunque en el texto épico toda la ventaja está de parte del rebelde:

El Rey, como era risueño,—la su mula revolvió;  
 El Conde con lozanía—su caballo arremetió;  
 Con el agua y el arena—al buen rey ensalpicó.  
 Allí hablara el buen Rey—su gesto muy demudado:  
 «Buen conde Fernán González—mucho soys desmesurado.  
 Sino fuera por las treguas—que los monjes nos han dado,  
 La cabeza de los hombros—yo vos la oviera quitado.  
 Con la sangre que os sacara—yo tiñera aqieste vado».

Y como la *Crónica* de Alfonso VII es coetánea de los hechos que narra, y enteramente histórica en su contenido, hay que rechazar la hipótesis de que atribuyese una tradición épica á un personaje actual. Lo contrario es lo verosímil: la anéc-



dota de Rodrigo González, que fué cantada, según indicios que apuntaré después, es la que debió de servir de tipo, cuando la memoria de aquel turbulento prócer iba cayendo en olvido fuera de su tierra natal, para aplicársela á otros héroes épicos de más universal nombradía. No sólo sirvió de paradigma para la de Fernán González, sino que remotamente influyó en otros ciclos, como el de las mocedades del Cid. Tenemos, pues, un nuevo argumento cronológico para retrasar la fecha del segundo cantar de Fernán González y del *Rodrigo*, que efectivamente faltan en la primera *Crónica general*. Y tenemos un nuevo ejemplo del carácter profundamente histórico de la epopeya castellana, que hasta cuando parece inventar no hace más que trasponer y acomodar á sus héroes lances de la vida real.

Digno sucesor de Alvar Fáñez y de Gutierre Armíldez en la alcaidía de Toledo, puesto de honor de la frontera castellana, hizo Rodrigo González diversas entradas en Andalucía por el puerto de Muradal. La Crónica latina, que le menciona siempre con títulos honoríficos, como los de *Cónsul* y *Príncipe de la Milicia toledana*, describe de esta manera una de sus empresas, que puede dar idea de las restantes:

«Bajó á tierra de Sevilla, y destruyó toda aquella región, hizo muchos estragos é incendios, mandó cortar todos los árboles fructíferos, trajo en cautiverio hombres, mujeres y párvulos sin número, adquirió grandes despojos, oro y plata, vestiduras preciosísimas, caballos y yeguas, asnos, bueyes y vacas, y todo género de ganados. Viendo esta devastación el Rey de Sevilla, convocó muchos millares de Moabitas, Arabes y Agarenos de las islas de la mar, y de sus costas, y de sus vecinos y amigos, y muchos príncipes y caudillos, y fué á sorprender el campamento del *Cónsul*. Pero á éste no se le ocultó el peligro, y sacando su ejército al campo, le ordenó en batalla contra los Sarracenos. Dividió la gente de á pie en dos haces ó escuadrones, y puso con ellos á los ballesteros y honderos, y en el centro colocó á sus más fuertes soldados. Des-



pués ordenó las milicias de Avila contra los Arabes, las de Segovia contra los Moabitas (Almoravides) y Agarenos. El Cónsul se quedó en la retaguardia con las milicias de Toledo y de allende la Sierra y de Castilla, para poder prestar ayuda á los débiles y asistencia á los heridos. Trabada la pelea, los Sarracenos hacían grande estrépito con trompetas de metal, tambores y voces, é invocaban á Mahoma: los Cristianos desde el fondo de su corazón invocaban al Señor y á la Santísima Virgen y á Santiago, para que tuviesen misericordia de ellos y no se acordasen de los pecados de sus Reyes, ni de los suyos propios, ni de los de sus padres. Cayeron muchos heridos de una parte y otra. Finalmente, viendo el Conde que la parte más fuerte del ejército contrario era la que mandaba el Rey de Sevilla, cargó con terrible ímpetu sobre ellos, y el Rey de Sevilla sucumbió peleando, y con él murieron muchos Príncipes y caudillos, y toda la hueste de los Sarracenos fué desbaratada y se entregó á la fuga. El Cónsul fué siguiendo el alcance hasta las puertas de Sevilla, y después de recoger un rico botín, comenzó á retirarse hacia su campo, y de allí á Toledo, donde entró con todo su ejército, bendiciendo y alabando al Señor, que salva á los que en él esperan».

Muchas más debieron de ser las *fortísimas batallas* que venció el Conde Rodrigo, puesto que el cronista dice expresamente que no están todas escritas en su libro. Pero no bastaron todas ellas para que el prudente y enérgico Emperador Don Alfonso le permitiese nunca volver á su tierra montañesa ni tener ningún señorío en ella, sin duda por la razón que apunta el P. Sota, es á saber: por la importancia que el glorioso conquistador de Almería tenía que dar al dominio de la única zona marítima de Castilla la Vieja y á la posesión de un puerto tan seguro y capaz como el de Santander.

Viendo al Rey enojado siempre y de mal talante, determinó Rodrigo González en 1137 retirarse de su servicio y buscar en más remotos campos las sangrientas palmas de la victoria. Renunció, pues, á la alcaidía de Toledo y á los demás honores

y señoríos que del Rey tenía, y partió á la Tierra Santa, no como peregrino, sino como cruzado. En la guerra de Ultramar fué tan temida su lanza como en las campañas de Andalucía, y cuando ya se disponía á volver á España, fabricó, enfrente de Ascalona, un castillo fortísimo, que llamó *Torón*; y habiéndole guarnecido de caballeros, peones y bastimentos, se le entregó á los templarios para su defensa y custodia, y tornó á pasar el mar, con esperanza de que sus nuevas proezas hubiesen desarmado la cólera de Alfonso. Pero, como dice melancólicamente la *Crónica*, «ni siquiera vió la cara del Rey, ni fué recibido en Castilla en las heredades de sus padres», y errante y despechado volvió á expatriarse, sirviendo sucesivamente al Conde de Barcelona y al Rey de Navarra, y, por último, á Abengamía, príncipe de los Sarracenos de Valencia. Su mal destino parecía encarnizarse cada vez más. La *Crónica* refiere con su mortificante laconismo que los Sarracenos le propinaron un tósigo que no tuvo fuerza para matarle, pero que le cubrió de lepra. Con la esperanza de obtener sobrenatural curación ó de morir al menos junto al sepulcro de Cristo, se embarcó de nuevo para Palestina, y en Jerusalén acabó su trabajosa y desventurada vida (1).

Los pormenores que la *Crónica* calla los conservó la tradición recogida por D. Juan Manuel en las doctrinales y sabrosas páginas de *El Conde Lucanor* (enxemplo 44 de la edición de Argote). Para honra de la lealtad castellana consignó los nombres de los tres fieles compañeros de armas del Conde que le siguieron en su postrera y dolorosa peregrinación y le asistieron con heroica caridad y transportaron sus huesos á Castilla: Pero Núñez de Fuente Almexir, D. Roy González de Zaballos, D. Gutierre Rodríguez de Languerella, montañés el segundo de ellos y antiguo vasallo ó cliente de Rodrigo. Pero

---

(1) Los pasajes de la *Crónica* de Alfonso VII, en que va fundada esta biografía, pueden verse en la edición de Flórez, págs. 322, 329, 338, 365 y 367. No es fácil concertar las fechas, por el desorden cronológico de dicha *Historia latina*.

no conviene abreviar en nuestra seca prosa lo que tan galanamente escribió el mejor prosista español de los tiempos medios:

«El conde don Rodrigo el Franco fué casado con una dueña, hija de don Gil García de Azagra (1), et fué muy buena dueña; et el conde su marido asacól falso testimonio; et quejándose desto fizo su oración á Dios, que si ella era culpada, que mostrase su milagro en ella; et si el conde le asacara falso testimonio, que lo mostrase en él. Et luego que la oración fué acabada, por el milagro de Dios engafeció el conde, et ella partióse dél, et luego que fueron partidos envió el rey de Navarra los mandaderos á la dueña, et casó con ella, et fué reina de Navarra. Et el conde, siendo gafo, et viendo que non podía guarescer, fuése para la tierra santa en romería, para ir morir allá: et como quier que era muy ondrado et tobía muchos buenos vasallos, non fueron con él sinon estos tres caballeros dichos, et moraron allá tanto tiempo, que les non cumplía lo que llevaron de su tierra, et hobieron de venir á tan gran pobreza, que non habían que dar al conde su señor á comer: et por la gran mengua alquilábanse cada día en la plaza los dos, et el uno fincaba con el conde, et de lo que ganaban gobernaban á su señor: et asimismo cada noche bañaban al conde et limpiábanle las llagas de la gafedat. Et acaesció que en bañándole una noche los brazos et las piernas, que por aventura hobieron mester escopir, et escopieron. Et quando el conde vió que todos escopieron, cuidando que lo facían por asco que dél tomaban, comenzó á llorar et á quejarse de grant pesar et quebranto del asco que dél hobieron. Et porque el conde entendiese que non hobieran asco de la su dolencia, tomaron con las manos de aquel agua que estaba llena del podre et de las postillas que le salían de las llagas que el conde había, et bebieron della muy grand pieza. Et pasando con el conde tal vida, fincaron con él fasta que el conde murió. Et porque ellos

---

(1) De esta mujer de Rodrigo, que por la cuenta sería la tercera, no hay noticia en ningún otro documento.

tovieron que les sería mengua tornar á Castilla sin su señor vivo ó muerto, non quisieron tornar sin él. Et como quier que les decían quel ficiesen cocer, et que levasen los sus huesos, dixieron ellos que tampoco consentirían que ninguno pusiese la mano en su señor, siendo finado como siendo vivo, et non consintieron que le cociesen; mas enterrarónlo et lo esperaron fasta que fué toda carne desfecha, et metieron los huesos en una arqueta, et traíenlos á veces á cuestas. Et así vinían pidiendo las raciones, trayendo su señor acuestas; pero traían testimonio de todo esto que les había acaescido. Et viniendo ellos tan pobres, pero bien andantes, llegaron á tierra de Tolosa, et entraron por una villa, et toparon con grand gente que llevaban á quemar á una dueña ondrada, porque la acusaba un hermano de su marido, et decía que si algunt caballero non salvase á la dueña, que cumpliesen en ella aquella justicia: et non fallaban caballero que la salvase. Et desque don Pero Núñez, el leal et de buena ventura, entendió que por su mengua de caballero facían aquella justicia de aquella dueña, dijo á sus compañeros que si él sopiese que la dueña era sin culpa, que él la salvaría; et fuése luego para la dueña et preguntóle la verdad del fecho. Ella le dixo que ciertamente ella nunca ficiera aquel yerro de que la acusaban; mas que fuera su talante de lo facer. Como don Pero Núñez entendió que ella de su talante quisiera facer lo que non debía, asmó que non podía ser que algunt mal non le aconteciese al que la quisiese salvar: pero pues él lo había comenzado, et sabía que non ficiera todo el yerro de lo que la acusaban, dixo que él la salvaría. Et como quier que los acusadores le cuidaron desechar diciendo que non era caballero, desque mostró el testimonio que traía non lo pudieron desechar, et los parientes de la dueña diéronle caballo et armas; et ante que entrase en el campo dixo á sus parientes que con la mercet de Dios que él fincaría con honra et que salvaría la dueña; mas que non podía ser que á él non le aviniese alguna ocasión por lo que la dueña quisiera facer. Et desque entraron en el campo ayudó Dios á don Pero Núñez,

et venció la lid et salvó la dueña, pero perdió don Pero Núñez el ojo, et así se cumplió todo lo que don Pero Núñez dixiera ante que entrase en el campo; et la dueña et sus parientes dieron tanto de haber á don Pero Núñez, con que pudieron traer los huesos del conde su señor, ya quanto más sin la lacería que ante. Et cuando las nuevas llegaron al rey de Castiella de cómo aquellos bien andantes caballeros venían et traían los huesos del conde su señor, et como venien tan bien andantes, plógole mucho ende et gradesció mucho á Dios porque eran de su reino omes que tal cosa hicieron, et envióles mandar que viniesen de pié así mal vestidos como venían; et el día que hobieron de entrar en el su reino de Castilla, saliólos á rescibir el rey de pié bien cinco leguas antes que llegasen al su reino; et fizoles tanto bien, que hoy día son heredados los que vienen de su linaje de lo que el rey les dió. Et el rey et todos quantos venían con él, por facer honra al conde señaladamente, et por la facer á los caballeros fueron con los huesos del conde fasta Osma, do los enterraron; et desque fué enterrado, fuéronse los caballeros para sus casas; et el día que don Roy González llegó á su casa, cuando se asentó á la mesa con su mujer, desque la buena dueña vió la vianda ante sí, alzó las manos á Dios et dixo: «Señor, bendito seas tú, que me dexaste ver este día, ca tú sabes que después que Roy González se partió desta tierra, que esta es la primera carne que yo comí et el primer vino que yo bebí». A don Roy González pesóle desto, et preguntóle que por qué lo ficiera; ella dixo que bien sabía él que cuando se fuera con el conde; que le dixiera que nunca tornaría sin el conde, et que ella viviese como buena dueña, que nunca le menguaría pan et agua en su casa; et pues él esto le dixiera, que non era razón que le saliese de mandado, et que por esto non comiera nin bebiera sinon pan et agua. Et otrosí, desque don Pero Núñez llegó á su casa, desque fincaron él et sus parientes et su mujer sin otra compañía, la buena dueña et sus parientes con el grand placer que habían, comenzaron á reir, et cuidó don Pero Núñez que hacían escarnio dél porque per-

PERTENECIÓ A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEUM DE MADRID

diera el ojo, et cubrió el manto por la cabeza, et echóse muy triste en la cama. Et cuando la buena dueña lo vió así triste, hobo ende muy grant pesar; et tanto le afincó, fasta que le hobo de decir que se sentía mucho porque facían escarnio por el ojo que perdiera. Et cuando la buena dueña esto oyó, dióse con una aguja en su ojo, et quebrólo, et dixo á don Pero Núñez que aquello ficiera ella porque si alguna vez riyesen, nunca cuidase él que reían dél por le facer escarnio; et así fizo Dios bien en aquellos caballeros buenos por el bien que hicieron».

No es imposible que algunas de las aventuras narradas en este *enxemplo* de tan noble elevación moral hubiesen recibido forma poética antes de D. Juan Manuel. En el *Libro de Patronio* no faltan elementos épicos; y lo es desde luego el exemplo XXXVII «de la respuesta que dió el conde Fernán González á sus gentes después que hobo vencido la batalla de Hacinas». Además, la falsa acusación de la dueña de Tolosa es un lugar común de la poesía caballeresca, aunque presentado aquí con mucha novedad y con inesperado ingeniosísimo desenlace, que sirve luego para un heroico y bárbaro rasgo de ternura conyugal. Pero también puede suponerse que se trata de anécdotas transmitidas de boca en boca desde los tiempos del Conde Rodrigo y de sus compañeros, y en la duda, á esto me inclino.

Lo que no puede dudarse es que á fines del siglo xvii se conservaban todavía en la Montaña romances de su postrer señor, y que el P. Sota los oyó cantar. «*A la prisión del Conde (dice) se hizo un romance, que hasta hoy canta la juventud de Asturias de Santillana en sus bayles y danzas, y comienza de esta manera:*

Preso le llevan al Conde,—preso y mal encadenado...»

¿Qué romance sería éste? En la tradición asturiana (de las Asturias de Oviedo, se entiende) ha encontrado el Sr. Menéndez Pidal (D. Juan) uno cuyo principio es casi idéntico:

Preso va el Conde, preso—preso y muy bien amarrado...

Pero éste parece referirse al Conde de Saldaña y á Bernardo del Carpio, y de ningún modo á Rodrigo González, á quien ninguna tradición acusa de haber «encintado una niña en el camino de Santiago». Quizá por un caso de *contaminación* y de trasposición, de los que son tan frecuentes en la poesía popular, el personaje más célebre, aunque fuese fabuloso, suplantó al histórico cuando se extinguió la memoria de éste, nunca muy popular fuera de sus montañas, y en ellas mismas olvidado hoy; y el principio del romance de la prisión del Conde sirvió para encabezar otro romance enteramente novelesco, pero que conserva rastros de una antiquísima leyenda.

No creemos que el P. Sota pudiera engañarse enteramente sobre el sentido del romance que se cantaba en su tiempo en las romerías montañesas, porque el recuerdo tradicional de aquella especie de reyezuelo que osó desafiar desde las breñas cantábricas el poder de tan gran monarca como el Emperador, no sólo vivía en labios del pueblo, sino que estaba vinculado á ciertos lugares donde se pretendía encontrar vestigios de las fortalezas que allanó Alfonso VII para establecer su omnímoto poder en Cantabria. El P. Sota, que no era falsario, aunque tratándose de los tiempos primitivos diera asenso por credulidad ó espíritu novelero á grandísimas falsedades, recogió estos dichos del vulgo, interpretándolos á su manera, en un pasaje curiosísimo (á lo menos para los montañeses), no á título de historia, sino á título de *folk-lore*. «Los castillos de nuestro desdichado Conde Rodrigo, y casas fuertes de sus parientes y secuaces, que destruyó el rey D. Alfonso séptimo, fueron en gran número, según las muchas ruinas que de ellos hoy se ven en Asturias de Santillana. El primero fué el palacio del mismo Conde, que era á modo de castillo roquero, según los vestigios que de él han quedado sobre el llano de una alta peña en el lugar de Igollo del valle de Camargo. En medio del trecho que hay de allí á la villa de Santander, distante una legua de tierra llana, se erige un escollo solo y sin conexión con otro alguno, cuyo ámbito es de un cuarto de le-

gua; pero de tanta altura, que de su eminencia se alcanza á ver grandísimo trecho del mar Occéano, y sobre ella están los cimientos de un castillo antiquísimo, á cuya causa llaman á este escollo la Peña Castillo. Hubo de ser atalaya para ver cuándo venían los enemigos por la mar, porque para habitación no era conveniente, por ser de gran fatiga su ascenso y descenso. Era tan fuerte de naturaleza, que cuatro hombres le podían defender de un poderoso cerco con sólo desgajar peñas desde su eminencia... Otro está á tres cuartos de legua de Igollo y una de Santander, en un cerro muy alto que cae sobre el mar; pero no es inaccesible como el que acabamos de referir. Este se llama el Castillo de Liencres, por estar debaxo de él un lugar de este nombre. Y parece que fué quemado y no demolido, porque perseveran sus paredes, pero sin madera alguna ni teja. Estos tres castillos eran del Conde, y otros que tenía por diversas partes de su estado» (1).

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

---

(1) Sota, pág. 564.



# EL EVEMERISMO DE SPENCER

---

## I

«Si alguna vez llega á proclamarse la verdadera teoría, la conoceremos por el siguiente signo: su solución de muchos enigmas.» Con estas palabras de Emerson doy comienzo á un artículo que habrá de recordarnos una de las teorías más verdaderas é importantes en sus consecuencias, pero al propio tiempo, y quizás por esta misma razón, una de las menos ciertas en sus principios. El objeto del método experimental de la mitología comparada es enseñarnos en qué caso está adulterada una concepción ó el nombre de una divinidad, y dar el medio de restaurarla en su integridad primitiva; pero si empezamos por aferrarnos á un determinado *sistema*, nos privaremos del único medio posible de llegar á la verdad objetiva, haremos de la ciencia mitológica una serie de deducciones de un postulado mal establecido, y entonces veremos realizada esta contradicción tan elocuente: de un lado, una lógica incontrastable, un encadenamiento dialéctico y verdaderamente riguroso; de otro lado, fundamentos flojísimos que bastan por sí solos para deshacer los castillos fundados sobre ellos.

Tal contemplo la aplicación del sistema *histórico* al criterio con que deben juzgarse los mitos primitivos. Aparece por primera vez en el siglo IV (A. C.) con *Evemero*, para quien los

dioses de la fábula habían sido hombres ilustres que después de muertos alcanzaron la veneración de sus semejantes y el honor de ser divinizados (1). Resultó de este modo de ver (en las derivaciones de la teoría y contra el propósito mismo del maestro) cierta ligereza histórica, cierta mitografía grotesca, y no sé qué novela de los símbolos primitivos, de los misterios primitivos, que convirtió las fábulas más venerables en un conjunto cronológico, en una especie de narración divertida y convencional. De aquí dimanaban todas aquellas ficciones de Ovidio en sus *Cartas á Emilia*, ficciones que han apoyado siempre, desde Boccacio á Demoustier, y desde Demoustier á Mascarilla, todos los cristianos que no han tenido el desinterés intelectual suficiente para reproducir dentro de sí las intuiciones de las primeras edades, y muchos de los paganos que habían dejado de comprender el significado de su propia religión. Esa interpretación mitológica de los cortesanos y de los poetas, amigos de cantar picantes metamorfosis, no sirvió sino para sustituir los cuentos más equívocos á los más antiguos y respetables *theologóumenos*, hijos de la imaginación primitiva.

Los filósofos del paganismo, que conservaban aún cierto respeto hacia los fundamentos objetivos de la fe de sus mayores, tacharon de falso el punto de vista evemérico en mitología. Así Cicerón, Plutarco, Eliano y otros. Por el contrario, algunos de los primeros apologistas del Cristianismo y de los primeros Padres de la Iglesia, Hermias, Taciano, Atenágoras, Eusebio, Arnobio, Lactancio, Clemente Alejandrino, San Agustín, etc., lo adoptaron y eligieron entre todos los métodos de exégesis preferidas por la sabiduría pagana, como uno de los más fuertes para empezar la acometida con él como con un ariete. Esta táctica apologética, muy propia de épocas de polémica, nos representa toda una clase de otras análogas, que llevan, como esa, en la frente la señal de su origen malicioso. Lo que añade

---

(1) Consúltese á Block, *Evhémère, son livre et sa doctrine*, I, 1.

una dificultad, y muy grave, á las demás de que semejante táctica está erizada, es la inclinación funesta del polemista á mostrar en su aspecto ridículo la concepción que refuta, para procurarse el placer de llamar la atención sobre los errores que él mismo ha añadido; método, en verdad, fácil, pues nada hay en el mundo, por elevado y sublime que sea, que no tenga su lado cómico; pero método contraproducente, porque tales juicios deponen contra el que los emite, dándole á él mismo un testimonio contundente de pobreza intelectual. Así como en tiempo de Voltaire estuvo de moda entre cierta gente el hacer burla y chacota de religiones como el Judaísmo y el Cristianismo, y citar párrafos ingenuos ó regionalistas de la Biblia, para hacer con ellos reír á los tontos, en tiempo de los primeros apologistas y Padres estuvo de moda el hacer aplicación del evemerismo, con el designio y propósito de ridiculizar el Paganismo y desacreditar sus mitos con el arma de la ironía y de la mordacidad. Esta campaña apologético-polémica sólo presenta cierta solidez en algunos pormenores y como exposición crítica de un paganismo mal entendido. El conjunto es un juego de sombras para niños grandes. Nada más lamentable, á la verdad, que el que los Padres cristianos, con reconocer la parte sobrenatural, ó, como ellos la juzgaban, infernal del Paganismo, hayan destruído con sus propias manos la gran ventaja que de otro modo hubiéramos podido sacar de las concesiones liberales de nuestros adversarios (1).

Hay un grupo de eruditos de los siglos xvi y xvii, que superficialmente considerados y atendiendo á sus propias declaraciones, parece que habría que colocar en el número de los evemeristas, aunque, bien mirado, su evemerismo era puramente exterior y retórico, y más que otra cosa un sistema de explicaciones alegóricas harto superficial. Me refiero á Leclerc, Larcher, Clavier, Petit-Badel y demás mitólogos de la escuela

---

(1) Gibbon, *History of the decline and fall of the Roman Empire*, XVI.

clásica. Mejor éxito tuvo una tentativa del teólogo tradicionalista Huet, que en su famosa *Demonstratio evangelica*, publicada en 1677, trató de probar, siguiendo los pasos de Bossuet, la identidad de la persona de *Moisés* con la de *Zoroastro*, *Orfeo*, *Adonis*, *Tammuz*, *Marna*, *Priapo*, etc. El mismo método, con un objetivo más histórico, indujo á otros exegetas á buscar en *Saturno* á *Noé*, en *Júpiter* á *Cam*, en *Neptuno* á *Jafet*, en *Plutón* á *Sem*, en *Baco* á *Nemrot*, en *Mercurio* á *Canaán*. Bochart habíalo entrevisto bien, y las últimas páginas del prefacio del primer libro de *Geographia Sacra* prueban que en sus postreros años había llegado, acerca de la paridad evermérica de esos mitos, á las analogías más ridículas. Por distinto camino buscó Vossio (1668) la clave en su tratado *De theologia gentili et philosophia christiana*, pues identificó á *Saturno* con *Adán*, *Prometeo* con *Noé*, *Plutón* con *Jafet* y *Minerva* con *Naama*. Apoyándose en estos autores, Banier publicó en el siglo XVIII una obra titulada *La Mythologie et les fables expliquées par l'histoire*, cuyo título claramente indica que se propuso defender las fábulas como historias verdaderas de los tiempos primitivos. Todavía en 1858, un hombre como Gladstone (1) se empeñaba en descubrir en la mitología griega un vislumbre de la historia de los hebreos, y en *Júpiter*, *Apolo* y *Minerva* una reminiscencia de la Trinidad Cristiana, así como *Cresus* entrevió en la *Odisea* la historia de los Patriarcas, y en la *Iliada* la toma de Jericó.

Huelga decir que semejante evermerismo ortodoxo nada tiene de común con el evermerismo primitivo ni con el que aquí vamos á estudiar. Tampoco creo necesario insinuar el poco éxito que ha logrado en el siglo XIX. Las tentativas de *Cresus* y *Gladstone* han sido dos esfuerzos aislados, desacreditados y muertos al nacer. Pero no se puede menos de convenir en que las mitologías naturalistas y racionalistas que estuvieron en moda, después de la ruina de la teología tradicional,

(1) *Study on Homer*, I, 1.

en Francia y Alemania, resultaron no menos infecundas. Por un lado, se quiso derivar el sentimiento religioso de las supersticiones fetichistas, olvidando otros muchos elementos que hay que tomar en cuenta. Por otro lado, se pretendió reducir los gérmenes de los mitos y del culto á fórmulas abstractas, vagas y filosóficas, de todo punto inaplicables á una sociedad rudimentaria, é incompatibles con la estructura mental de los hombres primitivos. Así, en dos divergentes direcciones surgió el espíritu de la mitología moderna desde un solo centro que no era en rigor histórico ni sociológico, sino intelectualista y metafísico.

No tardó en aparecer en Inglaterra la reacción que infaliblemente sigue á las doctrinas exageradas. Spencer, sabio universal, pensador profundo y de gran iniciativa, cuya muerte, ocurrida recientemente, ha llenado de duelo á Europa, tuvo el mérito de oponerse á idealistas y positivistas, penetrando profundamente en el fondo *social*, humano, directo de las religiones, por la vivacidad y la pasión de su dialéctica mitológica. Ha sido sin duda el primero en señalar la analogía palmaria de la *muerte* y de la idea religiosa, así como la relación estrecha entre la muerte recordada y conmemorada y las prácticas religiosas. Para él, la base de la religión no fué propiamente el mito, sino el culto; y el primitivo y más fundamental de todos los cultos fué el de los muertos. Este culto no ha podido manifestarse sino muy vagamente en el período mítico, y no ha aparecido sino muy confusamente en el período místico de las religiones. Sin embargo, por todas partes descubrimos la huella indeleble que ha dejado en dogmas, ceremonias y ritos. Spencer recorre con este prejuicio el ciclo de las creencias primitivas; toma sus datos de la historia, de la antropología y de la sociología; convierte los relatos de viajeros en un arsenal de sistematizaciones; encadena y baraja los relatos y los hechos para su objeto, y los presenta desfigurados, pero hábilmente combinados, con tanto rigor como ingeniosidad.



Tenemos aquí un ejemplo palmario de la manera como se falsifica una hipótesis con datos verdaderos, *envolviéndola* más bien que *fundándola* en ellos, esto es, dándole significación diferente de la que le es propia. Cuando se comparan las numerosas explicaciones pseudo-empíricas de Spencer, es interesante advertir qué escrupulosamente compulsadas y certificadas están las noticias que aduce, cuán exactos son los detalles y cómo con cada explicación todo su edificio doctrinal parece volverse más completo, redondeado y seguro. Pero cuando se sabe, como debe saberlo el mitólogo de profesión, que Spencer no hace sino seleccionar y agrupar, con gran maña en la perspectiva, pormenores sin ilación alguna, se colige inmediatamente que su evemerismo es falso y que no hay un solo hecho que lo confirme. Poco tardaremos en verlo.

## II

No es Spencer, aunque así se dice ordinariamente, sino Vico, el verdadero padre del evemerismo moderno; y voy á demostrar con toda claridad en qué grado de filiación se encuentra con relación á la sociología spenceriana, no sólo desde el punto de vista *necrolátrico*, que es el capital en ella, sino desde el punto de vista familiar ó doméstico. Nadie más respetuoso con el catolicismo que Vico, en cuanto á la forma de su enseñanza, que es siempre escolástica y mezclada de racionalismo y de piedad; pero en el fondo de su evolucionismo mitigado, como en todas las concepciones del mismo orden que la historia nos presenta, se ve claramente luchar la influencia secular del sistema evemérico. Partiendo (1) de que el desenvolvimiento de la humanidad y las vicisitudes de su civilización tienen por base tres ideas fundamentales, que son

---

(1) Consúltense sus *Principi d'una scienza nuova intorno alla comune natura delle nazioni*, I, 3.

la *Providencia divina*, la *virtud moral* ó moderación de las pasiones y la *inmortalidad del alma* humana, dice que estas tres ideas fundamentales del género humano se hallan representadas y como encarnadas en tres hechos ó instituciones tan primitivas y universales como aquéllas; es á saber, la *religión*, el *matrimonio* solemne y la *sepultura* de los muertos, puesto que las naciones, ora bárbaras, ora civilizadas, todas tienen una religión cualquiera, todas contraen matrimonios solemnes, todas sepultan sus muertos, acompañando estos actos con ceremonias augustas y santas. «En todas las naciones, siquiera sean las más salvajes y bárbaras, ningún acto de la vida es rodeado y realzado con ceremonias más augustas, con solemnidades más santas que los actos que se refieren á la religión, al matrimonio y á la sepultura». «Por esta razón he tomado esas tres costumbres eternas y universales por los tres principios de la ciencia nueva». Y la marcha de las cosas en el proceso histórico ofrece, según Vico, una gran conformidad con las mencionadas ideas. De aquí la división de la historia en tres períodos, que son: el período *divino* ó teocrático, el período *heroico* y el período *humano* ó civilizado, á los cuales corresponden tres estados ó fases del lenguaje, á saber: el *sagrado* ó jeroglífico, el *metafórico* ó poético y el *articulado* ó perfecto, propio de las naciones civilizadas.

Creo innecesario advertir que los detalles de esta teoría son completamente inaceptables ante los progresos de la ciencia contemporánea. Lo que constituye la gloria de Vico es que en el siglo xvii ha podido delinear una filosofía de la historia, rompiendo la tela de araña en que había envuelto á la humanidad viviente el fatalismo providencial de San Agustín y Bossuet. Aun su mismo criterio evemérico no puede, en principio, considerarse enteramente absurdo. La sociedad, bajo su forma primitiva de familia, tribu ó nación, era un compuesto de cuerpo y alma. El cuerpo lo constituían el suelo, la raza, la lengua, las montañas, los ríos y las producciones características; el alma, en cuanto base colectiva del sentimiento reli-

gioso, la constituían los recuerdos, las costumbres, las leyendas, las dichas, las esperanzas y los pesares comunes. Mirada por este lado, es innegable que la religión de los hombres primitivos era una relación social, patriarcal y nacional con el pasado. La patria la formaban entonces los altares de los dioses y las tumbas de los ascendientes; se era conciudadano por la comunidad de recuerdos y de esperanzas; según se forjaba el Olimpo, así se organizaba la ciudad.

De aquí resulta que la concepción de la religiosidad primitiva como culto á los antepasados, concepción que de ordinario se atribuye á Spencer, aunque acabamos de ver, y aún veremos en seguida mejor, que no está completamente claro hasta qué punto pertenece su paternidad al sabio inglés, puede ser aceptada en un sentido general, y aun considerada como inatacable dentro de los límites genuinamente sociológicos. Se tiene como aforismo incontrovertible en nuestra ciencia que la naturaleza común de los pueblos, base y fundamento, según Vico, de las civilizaciones que aparecen en la historia, se revela y manifiesta por la religión, el matrimonio y la sepultura. En términos experimentales y positivos, esto quiere decir que la religión, el matrimonio y la sepultura son en la vida de la sociedad, ó lo que es lo mismo, en la correspondencia siempre completa y perfecta de sus órganos y de sus funciones, las primeras manifestaciones de su equilibrio inestable, las formas primitivas y universales de su organismo y de su diferenciación universal.

Concedamos todavía á Vico y á Spencer otras coincidencias que á mí me ocurren y que son favorables á su teoría. Desde el punto de vista de su propagación histórica, la religión, si ha sido al comienzo un mero culto á los antepasados, no debió salir por de pronto de la esfera de la *tradición* y de la *familia*. Y antes de pasar adelante, para no confundir la propagación con el origen, habrá que desembarazarnos provisionalmente del último. Ahora bien, nada más fácil. Mi modo de concebir el origen de la religión es muy sencillo. El



hombre ha nacido para la fe: tal es su naturaleza y la primera necesidad de su inteligencia y de su corazón. Y digo que el hombre ha nacido para la fe, no porque ésta tenga un origen sobrenatural; antes al contrario, porque tiene un origen natural, tan natural como el de la función física de la nutrición. Preguntar cómo al escudriñar el universo el hombre cree, equivale á preguntar cómo al sentir hambre el hombre come. ¿Acaso no experimenta, paralelamente á las orgánicas, cierto número de necesidades que toman su origen de su constitución espiritual y no pueden ser satisfechas por las fuerzas de la naturaleza?

Pero ahora se pregunta: ¿cuáles han sido los medios por los que la religión se ha difundido entre los mortales? El primer medio histórico fué, sin duda, la comunicación, la tradición. La tradición constituye, en efecto, el punto de partida de la religión, y se encuentra en todas las sociedades. Aunque tenga poco valor histórico, representa una alta función social para la vida religiosa, cuyas creencias trasporta, por decirlo así, á través de las edades (1).

Pero la tradición sólo es duradera cuando se funda en razones interiores. La tradición no se sigue ni se conserva sin algún motivo de carácter psicológico y personal. He aquí algo de lo que ni Vico ni Spencer parecen haber tenido la menor idea.

Seguiré siendo generoso en mis concesiones. Si de la familia se trata, convendré en que la religión á este respecto nunca desmiente su origen; es decir, que más bien se propaga y sostiene por las instituciones familiares que por otras en apariencia más á propósito. En efecto: un examen detenido nos probará que es fuerza reconocer en las costumbres domésticas de carácter altruísta una causa poderosa de renovaciones sociales. ¡Cuántas nuevas doctrinas encontraron en ellas la base de

---

(1) Fechner, *Zend-Avesta*, I, 238; Latelier, *La evolución de la historia*, II, 104.

su propagación! Así aconsejaba Cristo á sus discípulos que propagasen la suya, y de esa predicación á domicilio se valieron los Apóstoles para cumplir su civilizadora misión. Aunque no siempre, por razones circunstanciales, fuesen bien recibidos, en la mayoría de las ocasiones, y á pesar del establecimiento de las hosterías (1) en las grandes ciudades, aprovecharon aquel antiguo derecho público para comenzar su evangelización en el hogar doméstico, é iban de pueblo en pueblo recibiendo hospitalidad, ó, mejor, tomándola ellos mismos.

Aún no he terminado de conceder postulados á Vico y Spencer. Les concederé también que el carácter de la religión primitiva puede esclarecerse, no sólo estudiando sus manifestaciones místicas, sino sus manifestaciones sociales. Pero estas últimas son susceptibles de ser entendidas muy antinómicamente, y recuerdo con este motivo lo que escribí en otro artículo (2): «Querer de una manera absoluta convertir á la religión en un fenómeno puramente social, es olvidar que el origen, la esencia misma de la religión, está en una idea antisocial y negativa: la idea de la muerte. Se ha dicho con exactitud que la religión es filosofía de la muerte, al modo que la filosofía es religión de la vida (3). El hombre verdaderamente reli-

---

(1) Esto significa en los idiomas semíticos orientales la voz griega *panoqueium*. Debo, no obstante, advertir que no hay en todo el Oriente posadas ni hospederías propiamente dichas para los viajeros, y sí sólo grandes paradores para las caravanas, donde son alojados gratuitamente, ó á lo menos por muy poco precio, los que van á estas casas y los demás pasajeros. Y puedo añadir con Glaire (*Introduction historique et critique à l'Écriture Sainte*, II, 1, 10, 1, 6), que en los tiempos antiguos eran poco comunes esos paradores; así, á no ser que un viajero fuese recibido por algún particular, tenía que pasar las más veces la noche al raso en las calles, lo cual es frecuente en los países cálidos; mas era costumbre que las personas distinguidas tuviesen la urbanidad de ofrecer su casa á los forasteros errantes en las plazas.

(2) LA ESPAÑA MODERNA, Marzo 1903.

(3) «La cosa del mundo en que el filósofo piensa menos es la muerte, y su sabiduría no es una meditación de la muerte, sino de la vida». (Spinoza, *Ethica*, IV, 67, 9.)

gioso, aunque carezca de temor á la muerte (los antiguos, muy religiosos, la miraban sin espanto, y los bárbaros, no menos religiosos, no la temían); aunque convierta á la muerte en uno de tantos fenómenos de sociabilidad trascendente ó superior, y rechace las supersticiones de la Edad Media, que la han rodeado de pavoroso misterio, no puede sustraerse á esa inquietud y á esos dolores del alma, que desde el triunfo del Cristianismo vienen atormentando con justa razón á los espíritus».

Mas en realidad de verdad, lo que toca á la propagación, nos consta que, al menos las religiones asequibles á la experiencia histórica, no se han impuesto precisamente echando mano de recursos necrolátricos ó domésticos, y que sus recursos verdaderamente *sociales* han sido de un orden muy distinto.

La historia comparada de las religiones pone ante los ojos este hecho: que una religión no se propaga sino alentada por un ideal, sea el que quiera, de sociabilidad universal. Ni aun las que se fundan exclusivamente en el misticismo nihilista ó en el dualismo de cielo y tierra, se exceptúan de esta ley. El éxito del budismo en Asia no provino de ese *nirvana* redivivo en las doctrinas desesperadas y antisociales del pesimismo contemporáneo, sino de la decisión con que Buda llamó á todos los hombres á la salvación, sin distinción de castas; de la claridad con que proclamó la igualdad de las clases; de la energía con que echó abajo la autoridad sacerdotal, emancipando á la moral del culto, y aboliendo las ceremonias y prácticas religiosas para sustituirlas con los deberes morales. De igual modo, el éxito del Cristianismo en Europa no provino de la elevación de sus dogmas, elevación inapreciable para la mayoría de los hombres de aquel tiempo, sino de sus admirables y sencillos preceptos de humanidad, de fraternidad, de amor al prójimo, de perdón de las ofensas, de dulzura y de humildad.

## III

He indicado más arriba que no está completamente claro hasta qué punto pertenece á Spencer la paternidad de la teoría cuyo análisis nos ocupa. En efecto: aunque esta teoría se deba en cierto modo á Spencer, quien la expuso con maestría y confirmó con gran número de ejemplos en su excelente y documentado libro sobre los *Principles of sociology*, antes de él las manifestaciones del evemerismo son numerosas, y en todas, cuál más, cuál menos, se discierne algún elemento tomado á Vico: clara y descubiertamente, en el prólogo de la obra del filólogo y etnógrafo Bleek, acerca del origen del lenguaje; con tendencias eclécticas, en Fustel de Coulanges, el celebrado autor de *La cité antique* (1).

Bleek mostró, desde su punto de vista lingüístico, un criterio evidentemente evemérico en el modo de concebir y establecer la sucesión de las diversas formas religiosas; según él, la religión, en el sentido riguroso de la palabra, no nació sino relativamente muy tarde. En un principio, la religión no fué sino un culto á los antepasados; más tarde, este respeto á los

---

(1) Como tercer precursor de Spencer pudiera citarse á Huxley. En el ensayo sobre el origen del culto de los animales, publicado en *The Fortnightly Review*, Mayo 1870, y donde por primera vez estableció Spencer la tesis de que la forma rudimentaria de toda religión es la propiciación á los antepasados muertos, que se supone continúan existiendo y son capaces de conceder bienes ó males á sus descendientes, nuestro autor reconoce que no hace sino adoptar una conclusión que armoniza con la que algo antes expresó en la misma revista Huxley, á saber: que el salvaje, concibiendo un cadáver como abandonado por la personalidad activa que en él moraba, concibe esta personalidad activa como todavía existente y que sus sentimientos é ideas á ello concernientes forman la base de sus supersticiones. Por dondequiera hallamos expresa ó implícita la creencia de que cada persona es *doble*, y que cuando muere, su otro *yo*, quede cerca ó se aleje, puede volver y sigue siendo capaz de ofender á sus enemigos y ayudar á sus amigos.

ascendentes se convirtió en culto fetichista ó de la naturaleza; por último, el sentido dogmático se depuró y se ennobleció, y la religión fué el culto de Dios. Cómo el evemerismo supone que se verificó este progreso, ya lo sabremos más tarde; por de pronto, me limito á dejarlo consignado. Pero lo indudable es que Spencer no ha avanzado un paso más que Bleek en el terreno de los principios. El sistema del primero no es más que un comentario desarrollado y completo de la opinión del último. Hubiera deseado que los que en tiempos recientes han tributado merecidos elogios á Spencer, por lo concienzudo de sus investigaciones científicas sobre la materia, no dejasen de haber señalado esta relación de sus ideas con las de Bleek, pues no es justo que éste vaya á ver puesto el nombre del otro solo en una teoría que él casi inició en su forma concreta.

Del historiador francés Fustel de Coulanges, tan renombrado en estos últimos tiempos, una palabra bastará para que se forme juicio acerca de él. Su obra está limitada á las religiones de Grecia é Italia, por lo que ninguna autoridad pueden tener sus opiniones para una doctrina de conjunto sobre la mitología universal del género de la sostenida por Spencer. Como helenista y romanista, Fustel de Coulanges tenía derecho á decir: la religión de los dos pueblos que he estudiado no fué más que un culto de los muertos enlazado con el culto de los espíritus. Y, sin embargo, no dijo tanto. Menos audaz y más reservado que Spencer, reconoció sin distinguos que, tanto en la Ciudad Eterna como en la patria de Homero, reinaron á la par dos religiones: la una, privada, en el interior de la familia; la otra, pública, en lo espacioso de los templos: la privada daba culto á los dioses *menores*; la pública, á los *mayores*; la privada sacó sus dioses de la consideración de las almas humanas; la pública los sacó de contemplar los fenómenos naturales: el mundo espiritual de las almas y el mundo sensible de los cuerpos inspiraron á griegos y á romanos entrambas religiones, diversas entre sí, florecientes en pacífica unión, sin confundirse la una con la otra, sin relación de ningún género,

permaneciendo la doméstica en estado de inmovilidad, al paso que la pública progresaba y se alteraba merced á la fantasía popular (1).

Si ahora comparamos á Spencer con Evemero mismo, hallaremos que sus interpretaciones mitológicas, á despecho de la universalidad de sus miras, son bastante inferiores á las concretas y limitadas interpretaciones de su más antiguo predecesor. Cuando Evemero presentó á sus contemporáneos su exégesis ó hermenéutica mitológica, apenas se habían traslucido algunos verdaderos principios de comentar los mitos desde el punto de vista social; y puede decirse que aquel hombre inmortal, guiado únicamente por su genio, fué el primero que redujo la mitología á un sistema de realismo verosímil y coherente.

Esto resaltará mucho más con una sencilla consideración histórica. En medio del desprestigio y ruina creciente de toda mitología, por la vuelta de la conciencia griega sobre sí propia; en aquel estado de desconsuelo que con tanta energía nos describe Grote en el más notable de los capítulos de su *History of Greece*, y con la tendencia á pensar de un modo profundo respecto á la significación de las cosas, es decir, con el advenimiento de la edad filosófica, los griegos comenzaron á observar, no sin perplejidad y pena, que los poemas de Homero y Hesiodo, que había llegado á constituir libros sagrados para ellos, no se conformaban con su experiencia de la vida. Y la primera pregunta que este cambio provocaba—la más infantil y noble — era: ¿Puede el mundo haber mudado tan radicalmente desde los días en que los hombres se sentaban á la mesa con los dioses? Luego, á medida que la filosofía griega ganaba en elevación y severidad, la posición del espíritu cultivado ante aquellas Biblias épicas se tornaba cada vez más hostil. ¿Era posible — seguía preguntándose la razón científica — que los supremos poderes del Universo se hubiesen manifestado bajo una forma humana tan tangible y con la grosería que se

---

(1) Véase la página 140 de *La cité antique*.

les presentaba en las luchas caprichosas de la *Teogonía* hesiódica ó en las intervenciones cómodas de las divinidades homéricas? Por otra parte, el mismo sentimiento religioso, nacido de lo íntimo de la conciencia del hombre, adquirió muy pronto en los filósofos una amplitud y una fijeza grandes, al paso que la mitología naturalista, hija de la percepción exterior é inmutable por el natural tradicionalismo del vulgo, seguía reflejando en sus concepciones plásticas los caprichos de los fenómenos naturales. Los primeros pensadores griegos se dieron cuenta de esta contradicción entre la mitología y el sentimiento religioso, y trataron duramente los relatos mitológicos, que sublevaban su sentido moral, y todas aquellas poéticas creencias en que el hombre prestaba á los seres divinos sus pasiones, sus vicios, su orgullo y sus debilidades. No pudieron con el vulgo encontrar sentimientos dignos de un autor celestialmente inspirado en los héroes de Homero, en aquellos reyes salvajes que degollaban, asaban y cocinaban al aire libre, que se enamoraban, tras la copa de hidromiel, de su esclava, arrancada la víspera del hogar paterno, y arrastrada á viva fuerza hasta la tienda del vencedor. Por el contrario, encontraban allí sentimientos de fiera, la pasión sin freno, el amor al asesinato, el pillaje, la violación, la invectiva, el insulto al vencido, la ratería, el festín, la embriaguez y el reposo del chacal, repleto de sangre, al lado de su hembra. Apenas hay un artículo más interesante en *Le monde marche* del buen Pelletan, que aquel en que se muestra á la *Iliada* como «una casa de fieras». Homero tenía razón en comparar, sin cesar, á éste con un león, al otro con un zorro. La fuerza era, en efecto, para aquellos caníbales la primera, la única virtud; la agilidad, gloria; la fuga, habilidad; la mentira, sabiduría. Habiendo Ulises encontrado de noche á un troyano extraviado entre ambos campos, lo atrajo prometiéndole la vida, y lo degolló en seguida sin remordimientos. Quítese del poema el eterno estribillo de matar y de comer en magníficos versos alejandrinos, y ¿qué queda de la *Iliada*? Algunos gritos del alma so-

lamente, porque, al fin, el hombre ha amado siempre, siempre ha sufrido, y ha traducido en cantos vibrantes sus sentimientos y sus simpatías.

Confieso que un poema de tal carácter es un monstruo de naturaleza, que causa horror y que resulta casi inconcebible que se le haya podido tener por libro religioso; con todo, es, á pesar de sus defectos, una producción capaz de sostenerse á la luz de nuestro siglo. Hagámosle esta justicia; nosotros sabemos leer á Homero, en cierto modo, mejor que los griegos mismos. Gracias á un poderoso adelanto en la libertad de apreciación, Homero ha recobrado la influencia que entre los últimos compatriotas suyos había perdido, y los dioses de la Grecia han revivido con él. Ya lo anunció el mayor entre los helenistas literarios de Alemania, Schiller. Su profecía se cumple. Lo único inmortal en poesía es lo que primero vive y después muere... para resucitar. La esencia, el espíritu, el corazón mismo de la teogonía griega obra sobre nosotros como no pudo obrar sobre aquellos helenos instruídos, que no disponían del horno celeste de la crítica, en que se limpia el oro de la verdad de las escorias del error.

Largos comentarios pudiera hacer de lo expuesto; mas como quiera que aún he de aducir numerosas pruebas en favor del interés religioso de tan vasto asunto, dejaré para otro lugar las consideraciones que de lo dicho se desprenden. Lo importante aquí es establecer que el tránsito de la inteligencia de los Griegos de la inclinación mitológica á la inclinación á lo histórico no ocurrió de repente, sino por grados; y que, en este sentido, la teoría de Evemero ocupa el lugar más elevado en la escala de aquella evolución exegética. Con efecto: varios caminos se abrían ante la especulación helénica, que no podía admitir las fórmulas crudas de la mitología tradicional, por considerarlas, sin duda, demasiado fuertes. Uno de ellos, el más cómodo é inmediato, era considerar toda la doctrina de los dioses como una fábula inventada por los fundadores de los Estados para contener al pueblo. Así Poli-



bio (1) y otros. Empero la corriente dominante de la metafísica, como dirigida por Atenas, se mostró enérgicamente en una dirección contraria á procedimiento tan cómodo. Desde que Platón (2), y antes de él Pindaro (3), entablaron la querrela con Homero, los pensadores pugnaron por admitir en las leyendas una significación intrínseca y absoluta, cada cual según su manera de ver, los unos una significación física, los otros una significación moral, pero rechazando siempre la forma mítica en cuanto hecho é historia. Ya Anaxágoras, á quien se ha querido atribuir la invención de la explicación *alegórica*, relacionaba las poesías homéricas con la verdad y la justicia (4); y los Estoicos interpretaban la *Teogonía* de Hesiodo como el juego de los elementos naturales, cuya unidad suprema constituía para ellos la esencia divina (5). Enteramente distinta fué la tendencia seguida por Evemero. Convenía con los anteriores en que los actos que á los dioses atribuían los relatos de los poetas no tenían nada de divino, y esto demuestra su criterio racional; pero esta misma racionalidad de su criterio le indujo á rechazar todas las acomodaciones fantásticas y anticientíficas con que los metafísicos griegos atribuían á sus antepasados lo en que éstos no pensaron nunca, á lo que no pudieron llegar por su mentalidad rudimentaria. Evemero consideró á la mitología como un resultado histórico, y á los dioses como hombres, héroes y sabios de las primeras edades, antiguos reyes y tiranos que por acciones de fuerza y poder se habían hecho merecedores de honores divinos. ¿Cabe aseverar, como tan injustamente lo hacen Baur (6), O. Müller (7) y Strauss (8),

(1) *Historia*, VI, 56.

(2) *República*, II, 377.

(3) *Nemea*, VII, 31.

(4) Diógenes Laërtio, *Vidas de filósofos*, XII, 3, 7.

(5) Cicerón, *De natura deorum*, I, 10, 15. Compárese con Clemente, *Homilias*, VI, 1.

(6) *Symbolik und Mythologie*, I, 343.

(7) *Prolegomena zu einer wissenschaftlichen Mythologie*, 86, 99.

(8) *Leben Jesu*, introducción, 1.

que se trata de un autor dominado por las ideas populares y llevado por el desenvolvimiento de su espíritu hacia el razonamiento sofisticado? Muy por el contrario: equivocado y todo, Evemero dió muestras de un sentido más científico que sus antecesores, empeñados en conciliar lo inconciliable. Su tentativa es también mucho más profunda que la de Spencer, pues descubrió la contradicción entre el mito y el culto implicada en la parte verosímil de las leyendas, y que se deja entrever en sus analogías, al paso que Spencer se contentó con atribuir al culto el historicismo mítico, olvidando la tendencia de los antiguos á constituir paralelamente ambos órdenes de ideas.

#### IV

Uno de los factores que explican el origen de las religiones es el *temor*. Spencer conviene en ello; pero se aparta de la escuela clásica en creer y afirmar que no es el temor á los cataclismos y fenómenos de la naturaleza, sino el temor á los muertos. Para Spencer, el temor á los muertos es un factor social que, á primera vista, no cede en nada, si es que no aventaja, al temor á los vivos. «De una parte, dice, la conciencia del hombre primitivo se determina por los sentimientos con que mira á los hombres que le rodean; de otra, se determina por los sentimientos con que mira á los hombres que ya no existen. De estos dos grupos de hechos resultan dos grupos sumamente importantes de factores sociales. El *temor á los vivos* es el punto de partida del gobierno político; el *temor á los muertos* es el punto de partida del gobierno religioso». Este temor se nos muestra, sin que quede resquicio á duda, en todos los comienzos de una religión de familia. Añádase que en tal sentimiento van implicados otros varios elementos muy dignos de tenerse en cuenta para comprender íntegramente la religiosidad primitiva. Al lado del temor á un sér sobrenatural,

núcleo de toda religión, vemos el sacrificio y la oración, el reconocimiento, así como la esperanza de alcanzar provechos en relación con los actos de propiciación. *Along with that fear of a supernatural being which forms the central element of every religion, we see sacrifice and prayer, gratitude and hope, as well as the expectation of getting benefits proportionate to propitiations* (1). Orar y sacrificar son los hechos más antiguos y más viejos del espíritu humano, los dos más eternos y perdurables. Al principio consistían en una conciliación con los muertos hecha por los mismos medios que con los vivos: por súplicas y por dones. Estos dones eran idénticos á los que gustan á los hombres en vida: alimentos, armas, costumbres, caballos, servidores. En *Dahomey*, cuando un rey muere, se imagina crearle una guardia para el otro mundo, inmolando cientos de sus soldados. Lo propio ocurría entre los *Incas* del Perú, y al mismo género pertenecen las exequias de los *Negús* africanos, en que millares de víctimas inmoladas acompañan el alma de un príncipe para que no se vaya solo al reino de los espíritus. En *Bali* se inmolaban al sultán difunto todas las mujeres de su *harem*. Homero hace á Aquiles degollar en los funerales de Patrocio prisioneros troyanos con los caballos y los perros de su amigo. Los *Fidjianos* inmolan un hombre al pie de cada pilar de la casa de un jefe, para interesar un espíritu en la conservación del edificio.

De estos principios saca Spencer consecuencias muy trascendentales, entre ellas las de explicar la causa de la división de la idea religiosa en muchos cultos, y los diferentes rasgos de espiritualidad con que se distinguen. Conocida es la manera ingeniosa y sorprendente como Spencer explica el culto de los animales: los nombres propios fueron el origen de

---

(1) *Principles of sociology*, VI, 3. Al lector deseoso de consultar directa y detenidamente á Spencer, le aconsejo que, imitándome á mí, acuda á las ediciones inglesas de sus obras y no se fie de las francesas é italianas, muy mutiladas y deficientes por lo que á este propósito he podido comprobar en repetidas ocasiones.

las religiones basadas en ese culto al identificar el nombre con la persona nombrada; así, los descendientes del llamado el *Lobo* acabaron por creer que descendían de un lobo entero y verdadero, al que rindieron adoración y homenaje. Lo mismo explica el culto de las plantas: ó proviene del culto de las almas de los muertos, que parecen por una razón ó por otra estar fijadas, ó proviene de una leyenda mal comprendida: una tribu salida de las selvas, *venida de los árboles*, acaba por creer que ha realmente nacido de los árboles, que cuenta árboles por antecesores. El culto de los ídolos y de los fetiches tiene su origen en que «los sacrificios celebrados en honor de un hombre muerto recientemente se convierten, andando el tiempo, en sacrificios á su cuerpo, que se conserva». En fin, el culto de la naturaleza, aunque nada ofrezca de común con las razones que inclinan al hombre á confundir el objeto de su adoración con un semejante suyo que haya dejado de existir, imagina Spencer asimilarlo á su teoría recurriendo á causas comunes á estos diversos géneros de creencias: las falsas interpretaciones de expresiones y de nombres.

No viene á mi propósito entrar en la discusión de estos dictámenes, que se refutan por sí mismos. Tampoco hablaré de la relación entre los *sueños* y las ideas de los salvajes sobre la existencia individual después de la muerte, relación que yo admito y que en nada favorece el evemerismo spenceriano, y aun pudiera afirmarse que lo perjudica, pues el elemento capital de la religión es la fe en la vida futura, y la historia prueba que las naciones que no han tenido esta fe son las que más se han distinguido siempre por su veneración á los ascendientes. Los Judíos primitivos, que con tanta exageración practicaban el culto de la familia, no creían en la inmortalidad del alma. Las religiones de China y del Japón, países donde el espíritu doméstico impera en todos los órdenes de la sociedad y del rito, son más negativas que positivas por lo que toca á la idea de una existencia posterior al sepulcro. Fuera de esto, el sistema de necrolatría, aunque se inspira en un hecho cierto, el hecho

de los dobles, es en sí mismo el más frágil de los antropomorfismos; así se explica que Taylor, partidario de Spencer en lo que toca al origen de la idea de la realidad personal después de la muerte entre los salvajes, haya escrito una refutación de las utopías necrolátricas con vehemencia tal que no ha sido superada.

No seguiré á Spencer en la vertiginosa carrera de sus deducciones (1), ni lo mostraré al lector evocando en cierto modo del temor á los espíritus de los muertos todas las formas de la religión, todas las leyes del mundo dogmático, y desenvolviendo la mitología de la misma suerte que se desarrolla un germen en sus partes más tenues y en sus fibras más delicadas. Creo haber apurado en los párrafos anteriores el círculo de las opiniones de Spencer, y ahora voy tan sólo á examinar el valor que tengan ante la sana ciencia.

Primeramente quisiera permitirme preguntar por qué los dioses han de ser simples héroes transfigurados por el recuerdo, sin que en el origen de la idea que representaban existiese de una manera implícita el sentimiento de lo eterno y de lo infinito, ó por lo menos el sentimiento de admiración mezclada de temor que el hombre, sér inteligente, experimenta en presencia de ciertos fenómenos naturales, ó la necesidad de explicación y protección que le domina ante todo lo que es poderoso y terrible. Nunca se debe olvidar que la explicación así obtenida nada tiene de común con un recurso mental ó una interpretación científica. El mismo Spencer, ¿no ha establecido, como un postulado capital de su sociología, y en oposición á la sociología de Comte, la prioridad del sentimiento

---

(1) La explanación completa de estas deducciones debe buscarse en la obra *The principles of sociology*, principalmente en la primera parte, del VIII al XXV capítulo, y en los cuatro capítulos preliminares de la parte sexta. Estos últimos son como un resumen de aquéllos, pero resumen basado sobre hechos diferentes, pues se aplican de un modo concreto á las «instituciones eclesiásticas», mientras los primeros forman parte de los «datos» generales de la ciencia social.

sobre la idea en todas las transformaciones históricas, y la mayor importancia del primero como agente ó factor ancestral en el orden de los fenómenos propiamente humanos? ¿Cómo ha podido ser infiel á su criterio general en mitología y reducido la religión al culto de los antepasados? ¿Por ventura queda esclarecida con este aserto la tenebrosa naturaleza del sentimiento religioso y de la idea religiosa? «Puede concederse, observa Guyau (1) con respecto á las proposiciones de Spencer, que el culto de los antepasados ha tenido su parte en la formación de las creencias humanas; se ha deificado á los héroes, no sólo después de su muerte, sino aun en vida. Pero ¿por qué hemos de reducir á este único principio una cosa tan compleja como las religiones? ¿Por qué hemos de querer ver en todo huellas de este culto, hasta en los mismos casos en que ningún hecho positivo parece autorizarnos? El sistema de Spencer, que reduce todas nuestras creencias á una sola, recuerda demasiado al *Génesis*, que hace salir á todos los hombres de la primera pareja, Adán y Eva, después de haber sacado á Eva de una costilla de Adán. Si es excelente buscar en un concepto primitivo, vago y homogéneo, el origen de todas las creencias heterogéneas y posteriores, debe exigirse al menos que este concepto primitivo sea lo bastante amplio para poder de antemano contener en sí todos los demás. Spencer tiende demasiado á confundir la *homogeneidad* de una noción con su amplitud; sólo por un prodigio de artificio llega á derivar de su principio una teoría religiosa del universo».

La observación de Guyau sobre la semejanza entre el criterio evemérico de Spencer y el criterio genesíaco, es, á mi juicio, tanto más justa, cuanto que en el evemerismo spenceriano, como en todas las doctrinas de patriarcado, religión doméstica, etc., se parte de una primera pareja, de la unión matrimonial monógama, que constituye la familia primitiva con

---

(1) *L'irreligion de l'avenir*, 22.

los hijos y la casa, la cual se eleva por grados á *gens*, á tribu, á ciudad, á nación, etc. Pero esta doctrina, casi universalmente admitida en otros tiempos, ha sufrido rudos asaltos después de los descubrimientos de los etnógrafos é historiadores. Al considerar objetiva y fríamente los hechos de la historia humana, se reconoce que la familia está lejos de ser la sociedad más antigua, ó, como generalmente se dice, la única fundada en la naturaleza. Numerosas pruebas da la ciencia de haber sido coetáneos de esa institución otros varios grupos sociales. «El primer grupo social, dice Starcke (1), no fué siempre la familia: toda circunstancia, toda particularidad capaz de reunir individuos, la comunidad del nombre, de *tatuage*, de *tamanuus*, sirvieron ciertamente de base á grupos estrechos... Si comparamos la vida comunal primitiva de los Africanos, tal como la encontramos en los Hotentotes, con la de las tribus brasileñas, en Africa como en América del Sur, el tipo de organización colectiva es la familia reunida bajo la autoridad de los padres; fuera de ese punto común, hay muchas diferencias paralelas con un diverso género de vida; además, la evolución sociológica no ha sido análoga en los dos continentes, ni las fuerzas que la han producido idénticas. Aparte de sus hijos, el americano no posee nada precioso; en Africa, por el contrario, la propiedad inmueble, los rebaños, juegan gran papel; en América, el hábito, el temor al enemigo común, la identidad del nombre... de habitación, producen la formación de los primeros grupos en el seno de la tribu; en Africa, la propiedad es lo que une á los hombres; pero sobre ambos continentes, lo que mantiene los diversos grupos unos frente á otros, no es tanto la idea de un origen común, cuanto la comunidad de residencia en un lugar determinado».

Lo mismo, aunque en otros términos, viene á expresar Posada, autoridad poco sospechosa á este respecto (2): «La vida

---

(1) *Famille primitive*, 52, 76.

(2) *Tratado de derecho político*, I, 147, 160.

de relación, que se desarrolla por mil estímulos, determina conexiones y agrupaciones sociales tanto ó más antiguas que la familiar, cuya permanencia es menor sin duda, puesto que se extingue ó disuelve con la generación... A la agrupación que natural y espontáneamente resulta de la necesidad genésica, hay que añadir también la que resulta del hecho necesario de la *convivencia*... En las sociedades más rudimentarias, al lado de un movimiento de renovación constante de las uniones, hay un elemento de permanencia y estabilidad. La oposición de los sexos, en los individuos aislados, les impulsa á unirse, á formar familias más ó menos coherentes; pero los individuos no han surgido del aislamiento, sino que forman parte de otras uniones amplias, preexistentes, y á veces subsistentes. Es necesario ver en la *tribu*, en el *clan*, la expresión social de la estabilidad, de la permanencia de sociedades que, contra lo que sucede con la familia, permanecen de generación en generación... En la indeterminación y amorfismo primitivos, las dos ideas de consanguinidad y convivencia se confunden y mezclan, y se oponen gracias al *erróneo* razonamiento *lógico* de la ignorancia del hombre, y gracias á la fuerza intensísima de la individualidad que pugna por especificarse. Se puede, sin duda, pensar que siendo el hecho *material* que más pronto determina la unión social el *nacimiento*, este hecho es el que, desde luego, fija una de las cohesiones sociales más inmediatas; pero como este hecho no es aislado y único, sino que á la vez que se *nace* se *convive*, se vive en comunidad sobre un territorio variable ó fijo, este otro hecho determina también otro género de cohesión social... Y una prueba de lo coetáneo de estas influencias la tenemos en la misma amplitud de los parentescos y en su primitivo carácter comunal. Si imperase sólo el lazo de la sangre, el parentesco sería de individuo á individuo. Mas como la familia forma un grupo social de convivencia y de relaciones varias, de aquí que la otra idea se confunda con la de la sangre, y se produzcan esos parentescos comunales tan extensos... Ya el mismo Aristóte-



les (1), al exponer la génesis de la familia y del Estado (político) dentro de la familia, comprendió miembros y relaciones que no son de la sangre, definiendo la familia como la reunión del hombre y de la mujer, *del amo y del esclavo...* La familia de que se habla, como núcleo *independiente* y separado, como núcleo históricamente supremo... es una familia sólo en el nombre».

Si, pues, según todo lo expuesto, la sociedad humana no debe considerarse originada en la familia, no puede caber duda alguna de que es muy improbable que la religión primitiva haya sido una religión doméstica. No ignoro lo que suele afirmarse en contrario; sé muy bien que entre los Indios, los Griegos, los Romanos y los pueblos arios en general, la familia era una comunidad natural que tenía, no solamente los mismos bienes, los mismos intereses, las mismas tradiciones, sino los mismos ritos; que la religión era doméstica; que Platón definió el parentesco como *la comunidad de los dioses domésticos*; que requeríase que estos dioses fuesen adorados por sus familias, en su santuario, sobre el altar donde ardía perpetuamente el fuego sagrado; que un extraño no habría podido, sin cometer un sacrilegio, ofrecer un sacrificio. Todo esto es cierto, y no hay por qué negarlo. Empero no es menos cierto que semejante herencia de ritos, lejos de aparecer en la humanidad primitiva, se nos muestra, por el contrario, en estadios muy posteriores de la evolución religiosa, como un efecto de la ley de diferenciación social. Así, desde un punto de vista evolutivo y de transformación general, como el en que Spencer se coloca, resulta de todo punto imposible reconocer en el culto de los antepasados el origen de la religión. Este culto no es especialmente característico de las razas inferiores, y siendo un hecho que estas razas trazan sus genealogías siguiendo la línea masculina, como lo ha probado Lubbock (2), es extraño que no se conozca ningún caso en que

---

(1) *Política*, I, 1.

(2) *The origin of civilization*, IV.

hayan recibido culto antepasados de ese sexo. Añadamos (y éste es un rasgo común á las razas superiores) que por un exclusivismo en que se complacía el orgullo masculino, la mujer no participaba del culto doméstico más que por intermedio de su padre ó de su marido, y aun después de la muerte no tuvo nunca la misma parte que el hombre en el culto y en las ceremonias de las comidas fúnebres. Una de las razones que parece movieron á los antiguos hombres á sancionar esta desigualdad irritante, fué la creencia de que el poder reproductor residía exclusivamente en el padre; sólo él poseía el principio misterioso del sér y transmitía la chispa de la vida y el alma al niño: la madre era una simple receptora. Los *Vedas* (1) llaman al fuego sagrado la causa de la posteridad masculina. Diodoro de Sicilia (2) considera como creencia común de los Egipcios, que el padre es el único autor del nacimiento del niño, al cual la madre no proporciona más que recinto y alimento. En Eurípides (3), Orestes alega como excusa de haber matado á su madre, que el padre es el único autor de la existencia del hijo. En análogas preocupaciones se fundó el hecho de que la religión doméstica de Grecia y Roma no se propagase más que de varón á varón.

Por lo demás, la cuestión no tiene la importancia que hasta hace poco se le atribuyó. Los mitólogos han llegado á separarla del cuerpo científico de sus investigaciones; Max Müller (4) supone que Spencer la ha tácitamente abandonado, y á pesar de los esfuerzos de Campbell para renovarla, todo hace creer que dentro de algunos años nadie pensará en ella. La tentativa más reciente se debe á un discípulo de Spencer, á Allen, autor de la obra *The Evolution of the Idea of God* (5), publicada en Londres en 1897. Ahora bien: dejando aparte el

---

(1) Véase el *Mitakchara*, 139.

(2) *Biblioteca histórica*, I, VI.

(3) *Orestes*, 15.

(4) *Nouvelles études de mythologie*, 110.

(5) Véase la página 15 de *The Evolution*, etc.

modo fantástico como el autor hace surgir la agricultura misma del culto de los muertos, y el no menos fantástico modo de aplicar el criterio evemérico al propio Cristianismo en cuanto es esencialmente el culto de un hombre deificado, de un muerto, vemos que toda su argumentación gira sobre una confusión arbitraria de prácticas y costumbres. Allen se indigna contra los no evemeristas, y desafía á que se le pruebe que hay una diferencia esencial entre el espíritu de un muerto y de un dios y entre los cultos correspondientes. Me sería lícito á mi vez indignarme contra semejante sofisma, pero prefiero atenerme á la buena fe del autor; porque en otro caso, habría derecho para volver la oración por pasiva y preguntarle si los espíritus de los muertos han tenido caracteres religiosos que no han tenido los de los dioses. Hasta podría intentarse la demostración de que el culto de los muertos (que no hay que confundir con las prácticas funerarias) es relativamente secundario en la evolución religiosa. «En efecto, el culto de los dioses era persistente, continuo, general en el *clan* ó la tribu, en tanto que los ritos del enterramiento aparecen como originariamente momentáneos y restringidos al círculo de los parientes inmediatos, terminando con el duelo. ¿Por qué, por lo demás, querer deducirlo todo de un mismo principio? Los cultos del individuo, de la familia, de la sociedad, son probablemente tan antiguos unos como otros» (1).

Los falsos conceptos del evemerismo en su explicación del culto de los espíritus han sucumbido á puro llevar golpes de macizas refutaciones. Porque, ¿quién nos asegura que no se trata de un culto originario de la naturaleza? El hombre primitivo, como el salvaje actual y como el niño, vivía aún en esa dichosa edad en que se siente mucha más curiosidad por las cosas de la naturaleza que por las del hombre mismo; época feliz cuya única preocupación es explorar y comprender el mundo exterior. Mucho tiempo debió transcurrir todavía

---

(1) Mauss, *L'année sociologique*, 1898.

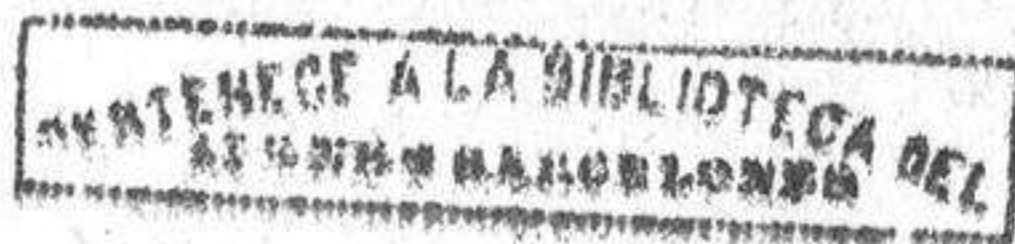
antes de que se terminase esta fase contemplativa ú objetiva de su evolución mental, y pudiera el espíritu, sazonado ya para la introspección y vuelta sobre sí, conocerse y divinizarse en cualquier ejemplar humano. Esta sazón llegó también; pero muy tardíamente, como demuestra la psicología de los pueblos. En este sentido dice Urbano (1): «La animación universal es la primera religión del hombre, y el primer culto que ha tenido ha sido el de la naturaleza, ocurriéndosele en último término adorarse á sí mismo, después de cansar sus sentidos en el mundo... Cuando no podemos subir á las cumbres donde nacen los dioses y donde dictan sus leyes, volvemos las espaldas á las montañas, nos refugiamos en la ciudad, nos encerramos en el cuarto. El gabinete sustituye al templo, y el dios deja de ser algo visible y humano para ser nuestra propia pena ó nuestro propio pensamiento más triste... Los dioses se hacen hombres cuando nos alejamos del mundo y nos retiramos de la vida. Y mueren los dioses fuera de su templo natural al encerrarlos en el arca de la alianza y al guardarlos como cadáveres en los sagrarios católicos donde yacen, no como cenizas humanas en columbarios de plata, sino como mohosos unguentos que florecen por olvido en los más altos estantes de un droguero... Las montañas del Epiro y Tesalia se esterilizan para los dioses cuando los griegos llevan sus divinidades á la ciudad y las transportan al templo y á la casa... El dios supremo de los egipcios, el Nilo, cuando llega á tener una representación en los templos, muere y cesa de realizar milagros, como mueren los dioses de los Norsos al descender de las cumbres para vivir con los hombres... Los dioses hombres, para vivir un momento más, para ser tan perdurables en el mundo como los dioses en su verdadero templo, en la montaña ó en el río, no tienen más remedio que escapar de la ciudad, del pueblo, confortarse en el huerto de las olivas y subir á la cima más elevada para dejarse crucificar sobre la

---

(1) *Poliblia arcana*, I, 1.

cumbre ó devorar las entrañas. Y allí mueren de una vez para siempre, sin resurrección posible, dejando, al rodar su cuerpo, el espacio que reclama el verdadero dios; la montaña misma, el volcán que se deshace en llamas, la encina de menudas y apiñadas hojas, ó la rama humilde, olvidada y polvosa, que esparce por las faldas de la altura su perfume tónico y elegante».

## V



La consecuencia importante que de lo dicho se debe sacar es que el evemerismo carece de fundamento psicológico. Pero no quiero contentarme con una crítica tan general, y voy á descender al detalle de los sistemas religiosos, para hacer ver con qué poca razón pretende Spencer apoyar su teoría en lo que sabemos acerca de los orígenes y espíritu social de esos sistemas.

En primer lugar, el *culto á los muertos*, que en algunos países, como el Celeste Imperio y Annam, se confunde é identifica con el culto á los antepasados, no puede en modo alguno servir de confirmación á la teoría de Spencer. Boninai (1) está aquí perfectamente de acuerdo con Paulus, que, en conformidad á su vez con el chino *Than-Trong-Hue*, afirma que el honrar las almas de los antepasados y el llevar luto en los aniversarios no proviene entre los Annamitas de que admitan la inmortalidad del alma—presuposición indispensable en la teoría de Spencer,—sino del ejemplo de sus compatriotas y de la costumbre inmemorial. Nunca se ve que al celebrar las fiestas de sus difuntos se pongan, ni por vía indirecta, á filosofar sobre la vida futura. Por eso el culto de los antepasados no es allí religión ni creencia, sino doctrina moral y filosófica; y si tiene

(1) Véase su artículo sobre *Le culte des Morts dans le Céleste Empire et l'Annam, comparé au culte des ancêtres dans l'antiquité occidentale*. Publicado en la *Revue des Religions*, 1895, 45.

entre ellos considerable influencia, es por servir de principio á sus instituciones y de base á las leyes civiles de la tierra. El Gobierno asegura á cada familia la propiedad de su campo matrimonial, toda vez que sus rentas sirven á los gastos del culto de los mayores.

La teoría de Spencer, que quiere explicar todos los sistemas religiosos primitivos por el culto á los antepasados y por razones puramente sociales, no es tampoco aplicable á la mitología védica, donde el hombre se retira al segundo término y donde sólo quedan los dioses ó *devas* como las potencias sumas que hay en el mundo. «Si Spencer—dice Max Müller (1)—hubiera estudiado la literatura védica, hubiese visto que el culto de los antepasados puede muy bien practicarse en unión con el de los *devas*; pero que lo presupone siempre, y por una razón muy sencilla: para deificar el espíritu de los antepasados, hay que tener ya la idea de *devas* ó de *dii*. Cuando se defiende empeñadamente que los *devas* ó dioses de la Naturaleza eran los espíritus de los antepasados divinizados, se comete una petición de principio; se enuncia, además, una proposición infundada, á mi juicio. No es que no existan ciertas relaciones entre la adoración de los *devas* y las ofrendas á los espíritus de los muertos, á los *pitáras*; pero el que quiera conocerla, á nada puede recurrir mejor que al *Veda*. Sin embargo (y esto es lo que yo quiero saber por qué motivo se hace), en vez de estudiar el culto de los antepasados donde podía estudiarse á fondo y con documentos históricos, Spencer ha querido recurrir á las tradiciones que los misioneros han recogido por fragmentos entre los indígenas del África, y, sobre todo, entre los *Zulús*».

Pero tengo en mi favor un ejemplo más significativo aún: el ejemplo del *mazdeísmo* ó sistema religioso de la antigua Persia. Si encontramos una sola religión en que no éntre para nada el culto de los muertos, flaquea por su base el evemeris-

---

(1) *Nouvelles études de mythologie*, 148.

mo de Spencer: si este culto no aparece allí, es porque no puede mirarse como esencial ó al menos como secundariamente constitutivo en la idea religiosa, según exige la teoría. Ahora bien: la religión de los secuaces de Zoroastro, no sólo no conserva el menor vestigio de culto, respeto ó veneración á los muertos, sino que, por el contrario, lo rechaza con asco. Para los mazdeos, la cosa más impura es un muerto; y este desprecio, ó mejor, esta repugnancia por la muerte, es un rasgo tan característico de los adoradores del fuego, que informa toda la serie de sus ritos religiosos y de sus prácticas funerarias (en cuya exposición creo inútil entrar), y se ha mostrado en todas las sectas derivadas del tronco mazdeo, aun las cristianas y relativamente modernas, como el *maniqueísmo*. La adoración de los muertos, y, sobre todo, la adoración de los mártires, eran los grandes puntos de disidencia entre la Iglesia ortodoxa y los maniqueos, y se puede fácilmente comprender cuán horrible debía ser á los ojos de los heréticos persas una práctica semejante (1).

Si nos fijamos en la religión de Grecia, hallaremos que no es Spencer el primero que ha fundado en ella generalizaciones aventuradas. Y es muy de notar que los mismos que no tienen interés en negar la extensión y antigüedad del culto de los antepasados entre los griegos, tachan de superficial y prematura toda exageración doctrinaria en este punto. Así, cuando Rawlinson afirma que «la veneración de los antepasados fué en Grecia, como en China, el fundamento de toda la mitología y del culto religioso», no hace más que mostrar su ligereza. El obispo Harlez (2), infinitamente más competente, halla esta aserción puramente arbitraria; tanto más, dice, cuanto que «con ella no se explica bien ni enteramente el panteón griego». Adolece, en efecto, el evemerismo spenceriano, como todas las teorías congéneres, de un grave defecto de li-

---

(1) Véase á Beausobre, *Histoire critique des Manichée*, I, 316; II, 651, 699.

(2) *Dictionnaire apologetique*, art. RELIGION GRECQUE.

mitación: el no ver que en las religiones, por primitivas y pobres que sean, los dioses se mencionan y acumulan sin tiento y sin motivo, y aun ignoramos qué acción ejercían en el gobierno del mundo. No ya en una religión tan rica como la griega, sino en otra tan primitiva y pobre como el *sintoísmo* del Japón, notamos ese fenómeno. El *sintoísmo* (camino de los dioses) admitió desde tiempos antiquísimos un número de seres divinos inexplicable por la teoría del culto de los muertos. Demos de barato que este culto explique dioses y diosas como *Izana-gi*, *Izana-mi*, *Ama-Terasu*, *Ninigni-no-Mikoto*, á pesar del carácter solar de algunos de ellos; pero no cabe ya tal explicación respecto á estos otros: *Benten*, diosa del matrimonio y de la danza; *Hotei*, dios de la cuna; *Daikoku*, dios de la opulencia; *Jebisu*, dios del comercio; *Bisamon*, dios de la milicia; *Inari*, dios de la labranza; *Jasen-riz*, dios de la guerra; *Futen*, dios de los vientos; *Kaminari*, dios del trueno; *Gozdu-Tenno*, dios de las olas; *Takaka*, dragón de la lluvia; *Kappa*, sierpe del lago; *Tatsu* y *Kirin*, monstruos de la selva; *Sojos*, monstruos de los mares; *Tengus*, endriagos disformes, correos del cielo; *Ogni*, demonios en copiosa legión; sin contar los animales fantásticos y feísimos que se transforman en mujeres y extravían con su aparente figura á los pacíficos viajeros; ni las transformaciones que hicieron florecer 19 divinidades, á cuyo cargo corrían las cosas del clima, aire, tierra, agua, viento, árboles, montes, fuego, bosques, estaciones, pastos; ni, para decirlo en una palabra, todo el raudal de dioses y diosas sin término y por parejas: dios y diosa de la tierra, dios y diosa de las semillas, dios y diosa de la vida, dios y diosa del espacio, dios y diosa de la abundancia, dios y diosa del barro terrestre, dios y diosa de la perfección, dios y diosa del contrato. Cuando los mismos japoneses nunca dieron suficiente razón de tanta variedad y complicación de nombres, ¿cómo hemos de pretender darla nosotros por medio de un principio tan exclusivo y tan poco amplio como el *evemérico* de Spencer? ¿Cómo hemos de referir cada nombre de la dei-



dad á su verdadero origen, á su fuente psicológica ó social? Sería más difícil que volver á las nubes la lluvia que de ellas escapó, mezclándose á las aguas de los manantiales y comunicándose á las raíces de las plantas.

Pero, volviendo al punto de partida, al helenismo y á la religión, ó á las varias religiones de carácter general que aparecieron en la evolución mental de los griegos, completaré mi pensamiento afirmando que la veneración á los antepasados es casi en absoluto extraña á la psicología de Homero, la más antigua forma conocida de las ideas griegas sobre Dios, el mundo y el hombre. En ella las almas quedan disipadas en sombras pálidas y sin fuerza, y apenas se encuentra señal ni traza del culto de los *manes* propiamente dicho. Para Homero, el alma no es más que una copia debilitada, un reflejo del cuerpo; según su manera de ver infantil, el *yo* propio á cada hombre es idéntico á su cuerpo. He aquí por qué hace descender las *almas* de sus héroes á los infiernos (1), en tanto que *ellos mismos* son presa de los perros y de los pájaros (2).

La idea de Dios y la idea de un muerto, son dos y deben ser dos. Una teoría como la de Spencer confunde estas ideas,

(1) *Iliada*, I, 3, 4.

(2) Höffding: *Psychologie in umrissen auf Grundlage der Erfahrung*, I, 5. El psicólogo danés conviene también, por lo que al aspecto general de la cuestión toca, en que «la tendencia que induce al hombre, sobre todo en las épocas primitivas, á considerar é interpretar todos los fenómenos de la naturaleza como efectos de la intervención de un sér personal, no se explica satisfactoriamente por la necesidad que se le atribuye desde un principio de representárselo todo á su imagen; porque propiamente no se conoce á sí mismo desde un principio, toda vez que la observación externa precede á la observación de sí mismo, y el lenguaje nos demuestra que se han formado expresiones para designar los fenómenos corporales, antes de que las hubiese para designar los fenómenos psíquicos. En cambio, esta tendencia puede explicarse parcialmente por una idea particular que se encuentra en todos los pueblos, en un grado poco avanzado de su progreso (*dagegen läst jene Tendenz sich zum Teil durch eine eigentümliche Vorstellung erklären, die sich in allen Völkern auf einer frühen Stufe ihrer Entwicklung bildet*)».

como si el respeto á Dios estuviese en razón directa del respeto á los muertos. Bien dice Guyau (1): «Los griegos, el pueblo que unánimemente se nos presenta como el menos religioso de los pueblos antiguos, era el que mejor veneraba á sus muertos. La ciudad más irreligiosa de los tiempos modernos, París, es en la que el día de los difuntos se celebra con más solemnidad, en la que el pueblo entero se une para celebrarla; es también la ciudad en que el *gavroche* más despreocupado se descubre ante la muerte que pasa y saluda en su camino á la imagen visible del eterno enigma. El respeto á los muertos que une las generaciones una con otra y reforma los órdenes trastornados, que da la inmortalidad más evidente, la del recuerdo y del ejemplo, no tiene razones para ser enterrado entre los despojos de las religiones. El día del Corpus puede olvidarse; el día de los Difuntos durará mientras dure la humanidad».

Antes de terminar, quiero hacer una observación que me preocupa. Spencer, con su teoría, no resuelve en realidad el problema del *origen de la religión*. Este problema, bien entendido y rectamente apreciado, se formula así: ¿Cuáles fueron las *causas* que debieron provocar primitivamente la aparición del sentimiento religioso, ó al menos su expansión, una vez dado? Problema independiente y enteramente distinto de este otro, que es el único que Spencer plantea: ¿Cuál fué la *forma* primitiva de las ideas religiosas? De donde resulta que el evermerismo de Spencer sólo podría decirnos, aun siendo verdadero, á lo más lo que fueron las religiones en los primeros pasos de su marcha, dejándonos á obscuras sobre los motivos ó razones que las hicieron nacer en el espíritu individual y en el alma colectiva de los pueblos. Esto será muy positivista, pero también muy poco científico. É inútil parece añadir que el punto flaco de la teoría está en haber estimado Spencer el culto de los muertos *espontáneamente* nacido en la sociedad, y *espontáneamente* transformado en su evolución. De ningún ar-

---

(1) *L'irreligion de l'avenir*, 358.

gumento veo que descienda este criterio spenceriano. ¿Acaso la noción de lo divino no pudo nacer por sentimientos de dependencia, por energías de deseo, por discursos de entendimiento y por aspiraciones de voluntad, y ser luego aplicada á casos particulares por la observación de los fenómenos de la naturaleza, que sirvió á los primeros paganos europeos de escala para subir al culto de los dioses olímpicos? ¡Cómo! ¿Todos esos grandes *númenes* sólo han sido unos *muertos*, no han sido unos dioses?

Suspendo aquí las muchas y tristes observaciones que se ocurren sobre esta idea: ¡Cuando los hombres creen en el Dios de alguna religión de la antigüedad, creen en un hombre muerto! ¡Cuando se reúnen para tratar una cuestión religiosa, no son los vivos, sino los muertos quienes discuten! ¡Es el alma de sus antepasados, y lo que entonces hacen oír es el eco de la eterna voz de los muertos, á la cual siempre obedecen los vivos! Hay por necesidad que detenerse: no bastaría un volumen para agotar la lista de las deducciones sombrías y desconsoladoras á que el evemerismo de Spencer conduciría en última instancia. En cuanto á mí, aplazando el desenvolver mi pensamiento para otra ocasión, me limitaré por ahora á dejar consignado que no comprendo el origen de las religiones sin la influencia en el espíritu humano de elementos completamente externos, y que nada tienen de común con el culto de los antepasados; tales son las revoluciones de la naturaleza: sucesión de los días y de las noches, de la luz y de las tinieblas, del calor y del frío, del invierno y del verano, de la vegetación y de la esterilidad, de la vigilia y del sueño. Aquí está el verdadero y universal fundamento de la concepción religiosa; lo demás no es ciencia ni hipótesis razonada y trascendental; es una serie de vaguedades históricas, una vuelta á la tradición puramente sentimental y poética, que nos habla como de un recuerdo penoso del Egipto, «el país de los muertos donde nacieron los dioses».

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

PERTENECER A LA BIBLIOTECA DEL  
ATQNSO NACIONAL

## LECTURAS AMERICANAS

---

LIBROS.—*La lengua castellana en Puerto Rico*, por M. Fernández Juncos.—*Apuntes históricos*, del general Mendiburu.—Noticias cronológicas del Cuzco.—*Rectificaciones históricas*, por F. Iglesias.—*Los Anales diplomáticos y consulares de Colombia*.—*Hombres y cosas de América*, por E. Piñeyro.—*Santa*, novela de Gamboa.—*El buscapié cervantino*, por G. de J. Vázquez.—*El Éxodo y las flores del camino*, por Amado Nervo.—REVISTAS.—*Chile moderno*.—Los americanos y los empleos públicos en América á comienzos del siglo XIX.—Primeros chispazos de la Independencia en el Perú.—*Ideas* (Buenos Aires).—Comentarios sobre el castellano.—La guerra de la Argentina con el Uruguay en 1867-70.—Estudio sobre Echegaray.—*Revista Nueva* (Tegucigalpa).—*Vida Moderna*.—La tuberculosis y los obreros.—La enseñanza de la Historia.—El ideal del descanso.

Cuando, hace pocos meses, dediqué gran parte de uno de estos artículos al examen de publicaciones referentes á la cuestión del castellano en América, no había aún llegado á mis manos la conferencia dada en la Exposición escolar de Puerto Rico por D. Manuel Fernández Juncos. El texto de esta conferencia no ocupa más de once páginas; pero es más importante, por su asunto, por el lugar en que se hizo público y por su autor, que muchos tomos mazorrales de gramáticos y retóricos. El autor es un español, verdaderamente benemérito de la patria en lo que más importa á la patria tener beneméritos; hombre en quien las buenas cualidades del espíritu español, y más especialmente las del asturiano, han venido á juntarse con aquellas otras que un contacto frecuente con la civilización yanqui, y una selección discreta de sus excelencias, hacen nacer en quienes tienen abierta el alma á todo lo bueno, venga

de donde viniere. Quedándose en Puerto Rico, y asociándose en cierta medida á la obra reformadora de los nuevos ocupantes, ha prestado á España grandes servicios, tan grandes (mayores quizá) como los que, positivamente, le han prestado aquellos *americanos* que, viniéndose á la Península, fecundan hoy muchas iniciativas económicas con su dinero y su genio emprendedor. Los servicios del Sr. Fernández Juncos son de orden intelectual, y se refieren á la enseñanza del castellano en las escuelas portorriqueñas.

En esto estriba la mayor importancia de la conferencia que me ocupa, y que es á manera de un epílogo consagrador de toda una serie de esfuerzos.

«Tiene nuestra lengua (dice) tanta dulzura como la italiana, sin sus extremados afeminamientos; es tan enérgica y cortés como la francesa, aventajándola mucho en soltura y ritmo; tiene ventajas notables sobre la alemana, en punto á suavidad y elegancia, y llega en muchos casos sin esfuerzo á la sobriedad de la inglesa, siendo más que ella flexible, grandilocuente y armoniosa.

»Las personas que por su profesión, sus aptitudes y sus gustos llegan á dominar bien la lengua castellana, y á conocer sus principales cualidades y sus más íntimas bellezas, suelen mostrar por ella un entusiasmo rayano en la idolatría. Oíd á un poeta de lengua castellana, y os dirá que ninguna otra posee medios de expresión más adecuados para las ideas sublimes, bellas y graciosas, y que en ningún idioma del mundo suenan mejor que en el nuestro las palabras *Dios, madre, hermano, amor, caridad* y sus derivados; un prosista os dirá que ninguna otra lengua viva expresa la acción y la pasión con más variado número de verbos que la castellana, ni posee adjetivos más precisos, gráficos y pintorescos; un hombre de ciencia os informará que la lengua castellana, como heredera de los idiomas griego y latino, posee casi todas las voces técnicas derivadas de aquellas dos grandes fuentes de cultura, y un hombre de negocios os hará notar que—fuera de la lengua in-

glesa—no hay otra más comercial que la española ni que se halle tan extendida actualmente en nuestro planeta.»

El autor enumera las razones en que se funda la indudable utilidad de conservar el castellano para los portorriqueños: existencia de una copiosa y admirable literatura—que ha sido fuente en no pocas cosas de las extranjeras—y que sólo puede estudiarse y aprovecharse debidamente poseyendo el idioma en que fué escrita; el hecho de que el castellano haya sido el idioma de los conquistadores y civilizadores á la europea de Puerto Rico, y el usado por el pueblo portorriqueño durante 400 años; el de que «todas las bibliotecas, todos los archivos y colecciones de documentos públicos y privados, las fuentes todas de investigación histórica, la misma tradición, oral ó escrita, todo lo que se refiere á la vida interior y exterior de Puerto Rico está casi exclusivamente en lengua castellana, y se enturbiarían ó perderían esas fuentes desde el momento en que se extinguiese ó se descuidase aquí esa lengua madre»; la consideración de que sufriría menoscabo, por de pronto, hasta el mismo trato social, con la proscripción de la lengua castellana, puesto que no cabría expresar en otra «aquí, con su verdadero y propio colorido, todo ese torrente de ideas ingeniosas, sutiles, pintorescas y llenas de gracia, que parece que brotan del cerebro de los inteligentes portorriqueños para ser exclusivamente exteriorizadas y revestidas con los primores de nuestra lengua»; y en fin, la existencia de una literatura portorriqueña en castellano, la cual sufriría un golpe moral si se le quitara ahora su órgano único de nutrición y expresión.

Aparte todas estas razones, de orden intelectual y moral, aduce el Sr. Fernández Juncos otras referentes á lo material. Con la apertura del canal que ha de poner en comunicación el Atlántico y el Pacífico, Puerto Rico, «por su admirable posición geográfica, va á ser precisamente el punto de unión para el tráfico de todos los pueblos americanos de lengua española y el de escala más favorable á la navegación entre ambos continentes». Esto visto, ¿habíamos de pensar siquiera (pregunta

el autor) en suprimir ó abandonar la lengua castellana, precioso lazo de inteligencia entre la mayoría de los pueblos de América?

«Por fortuna—añade,—se aleja cada día la probabilidad de que esto se haga y de que á ello propenda el consejo de los Estados Unidos, cuya inteligencia, previsión y espíritu práctico son proverbiales. La extensión que en ese gran país se está dando actualmente á los cursos de idioma castellano; la asiduidad y provecho con que hoy lo estudian aquí los continentales de más autoridad y saber; el proyecto que ahora se acaricia en Washington, de establecer una Universidad bilingüe y de carácter panamericano en Puerto Rico, y la misma proposición oficial del tema que trato en estos momentos, son indicios bastantes para creer que la lengua castellana será un factor importante en los destinos futuros de este país.»

El autor no halla inconvenientes, sino ventajas, en que convivan en Puerto Rico el castellano y el inglés, idiomas que tienen allí derecho de vecindad por diversos motivos; pero cree que no podría intentarse, sin peligro de que ambos sufriesen (como ha sucedido ya en algunas regiones que fueron mejicanas y pasaron después á poder de los Estados Unidos), la imposición de un idioma nuevo á expensas del existente.

Termina la conferencia con algunas indicaciones sobre el procedimiento de enseñanza del idioma castellano. Debe empezarse, según él, por un gran acopio de palabras, «de las más usuales en el comercio de la vida», adiestrando al alumno en el uso de ellas por medio de ejercicios prácticos, pero sin nada de la pesada y absurda reglamentación de los gramáticos á la antigua. A estos ejercicios deben acompañar los de «lectura en alta voz de trozos escogidos, conversación sobre lo leído, recitaciones cortas y sencillas en prosa y verso, y ejercicios escritos, al dictado, de trozos clásicos y al alcance de la inteligencia de los alumnos; ejercicios de invención, de construcción de frases y de comparación de homónimos y sinónimos; corrección mutua, por los alumnos, de las copias al dictado y los ejerci-

cios de invención y construcción; primeros ejercicios de redacción sobre asuntos bien conocidos y sencillos, y todo cuanto pueda propender á dar destreza á los alumnos en el uso del idioma que estudian, sin omitir los estímulos del diálogo, cuya eficacia educativa se reconocía ya en los tiempos de Sócrates».

\*  
\* \*

Varias veces he hablado en estas páginas de la rica é interesante producción histórica con que van poco á poco descubriendo é iluminando su pasado muchos escritores de Hispano-América. A los libros que en esas veces he citado, añadiré ahora dos que proceden del Perú, y que continúan la serie de los publicados por iniciativa de la Biblioteca Nacional, que dirige Ricardo Palma. El primero de ellos comprende dos obras: una colección de *Apuntes históricos*, escritos por el general D. Manuel de Mendiburu, y las *Noticias cronológicas del Cuzco*, de autor anónimo.

Los *Apuntes* son 44, los más de ellos breves, y versan sobre muy variados asuntos. Mencionaré los que más curiosidad pueden tener para nuestros lectores: El oro en América (el primero que se llevó á España); Guardias del virrey (alabarderos, que ya intentó crear Pizarro, y organizó formalmente, en 1557, el marqués de Cañete); Monasterios de monjas en Lima (13, desde 1558 á 1732); Fiestas (las religiosas que se guardaban en el Perú, ceremonias y regocijos en algunas de ellas); Autos de fe; Universidad de San Marcos; Bibliotecas; Cafés en Lima (desde 1771); Corridas de toros (tan antiguas, casi, como la fundación de Lima). El general Mendiburu vivió de 1805 á 1885, y es autor de un notable *Diccionario histórico del Perú*, fruto de sus muchas y penetrantes lecturas é investigaciones.

Las *Noticias del Cuzco* se refieren al gobierno de los Incas y al primer siglo de la conquista española (hasta 1595). Son importantes, especialmente en su primera parte, completando



las noticias que hasta ahora se sabían sobre el imperio peruano precolombino.

Como apéndice, lleva este volumen un poema inédito, *El aprendiz de rico*, original del poeta cuzqueño del siglo xvii Juan Espinosa Medrano, y anotado por el bibliotecario D. Manuel Calderón. El poema se refiere á la falsificación de moneda hecha por un acaudalado minero de Potosí, apellidado Rocha.

El otro volumen á que antes hice referencia, es una edición aparte de los ya citados *Apuntes*, del general Mendiburu.

También en Méjico es numerosa la producción de libros históricos, aunque no tanto como en el Perú, en Chile y en la Argentina.

De allá procede un interesante tomo de *Rectificaciones históricas*, escrito por D. Fernando Iglesias Calderón. El asunto concreto de las *Rectificaciones* es la traición del emperador Maximiliano, negada por algunos y causa de su fusilamiento. El Sr. Iglesias es hijo de D. José María Iglesias, vicepresidente de la República que fué en los azarosos días de 1876, y ha podido disfrutar muchos documentos comprensivos de nuevas noticias, que le sirven para apoyar su tesis. El autor discute ampliamente la resolución de la Comisión de Auténticas del Museo de Artillería, que declaró, por ocho votos contra uno, falsa la carta de Maximiliano al general López, que, donada por el general Escobedo, figuró en el Museo citado sin sospecha de falsedad durante algún tiempo.

Cualquiera que sea el juicio que se forme respecto de la prueba histórica que el Sr. Iglesias aduce (y yo no puedo entrar aquí en esa tarea), no podrá desconocerse que su libro encierra datos interesantes, y que su imparcialidad es grande y notoria, en diferentes pasajes, contra el fanatismo azteca de algunos escritores mejicanos, el fanatismo católico de otros, y la interposición de sentimientos católicos que á menudo oscurecen la visión clara de la realidad.

Los *Anales diplomáticos y consulares de Colombia* (tomo segundo) son algo más que una colección de documentos, los

más de los cuales suelen tener escaso interés fuera de la nación á que se refieren. Los dos primeros capítulos del tomo constituyen un tratado de Derecho internacional positivo, referentes á la personalidad política de Colombia y á su legislación en estado de paz, en estado de guerra y en punto á la neutralidad. El capítulo VIII complementa los citados con relación á los asuntos de Derecho civil internacional. El VII es sumamente importante porque se refiere todo él á las cuestiones de límites entre Colombia y Venezuela, Brasil, Perú, Ecuador y Nicaragua. El IX es una crónica internacional en que se aducen noticias sobre la Conferencia Americana de Méjico, los Estados Unidos y Cuba, el Canal de Panamá y otros asuntos, y el X contiene una copiosa bibliografía. El XII es de documentos (Tratado Hay-Panceufote, Conferencia Internacional de La Haya, etc.).

El libro de D. Enrique Piñeyro, *Hombres y cosas de América* (1), es variado y curioso. Su parte más sólida está formada por un largo estudio sobre *El conflicto entre la esclavitud y la libertad en los Estados Unidos, de 1850 á 1861*, y otro sobre el pedagogo cubano José de la Luz y Caballero. El resto de los capítulos lo constituyen críticas bibliográficas sobre libros de Motley, Mariéjol, Morse y otros autores.

Es de notar, por lo directamente que se refiere á un autor español, lo que dice respecto de las opiniones antiamericanas de Menéndez y Pelayo y, en particular, del puesto que éste concedió á José María Heredia en la *Antología de poetas hispanoamericanos*.

\*  
\* \*

Si la novela *Santa*, del Sr. Gamboa, escritor guatemalteco, se hubiese publicado hace veinte años, me atrevo á asegurar que su éxito hubiera sido grande. Hoy tiene en contra suya el cansancio de los lectores, á quienes la repetición de los

---

(1) Garnier hermanos. París, 1903.

tipos de Magdalenas, más ó menos puras en medio de su depravación, ó francamente depravadas, les previene contra todo libro de esta índole. Lástima es que así sea, porque Gamboa tiene condiciones excelentes de novelista, tanto en la expresión de los caracteres y el ahondar en las profundidades psicológicas de cada uno—y no con discursos empachosos, sino en acción vívida y real—como en la composición misma de los hechos que forman el relato.

Convengo plenamente con un crítico catalán, en que *Santa* es una novela «fuerte, tanto como sincera», y en que al autor, como á Goncourt, ha guiado el deseo de escribir un libro «completamente austero y casto, sin que ni una sola de las páginas motivadas por la naturaleza del asunto, ardiente y delicado, despierte en el ánimo de mis lectores otra cosa que una tristísima meditación»; pero no me resuelvo á creer que ése sea el efecto que realmente produzca en todos los lectores. Tratándose de pintar un mundo como el que Gamboa pinta, la sinceridad tiene ese peligro; y no es que yo recomiende la mentira ó el disfraz en tales asuntos, porque no soy de los meticulosos en literatura; pero sí creo que la supresión de muchos detalles de los que Gamboa acopia, en su afán (por otra parte legítimo, y aun diré que artísticamente irresistible) de realismo y de verdad, hubiera hecho posible la entrega de la novela en manos de lectores que, así como está escrita, no es posible animarles á que la cojan. Tampoco censuro con esto, sino que lamento, las condiciones del libro, teniendo en cuenta que, aparte su finalidad artística, tiene otra muy recomendable y alta: la de provocar esa «tristísima meditación» á que aludía Goncourt, meditación cuyo resultado último es el sentimiento de honda tristeza y de espanto, juntamente por las terribles lacerías morales que perduran en nuestra sociedad, y por la abrumadora convicción de que «todos somos igualmente culpables de los dolores y miserias que anonadan y acaban por aniquilar á tantos seres hermanos nuestros». Tolstoy ha conseguido el mismo resultado con *Resurrección*,

libro que, no obstante, está libre de los peligros que, en punto á su difusión, señalo en *Santa*.

Esto aparte—y considerado el libro como obra literaria puramente,—la novela de Gamboa merece plácemes y se puede considerar muy superior á otras muchas de los que, en tierras europeas, suelen hablar con desprecio de la literatura americana.

Un libro sobre Cervantes es siempre un libro grato para los españoles. Hay, pues, que darle las gracias á D. Gabino de J. Vázquez por haber escrito el lindo volumen que lleva por título *El buscapié cervantino* (1). El autor, cervantista entusiasta, ha expuesto con gran claridad, y sin palabras que huelguen, la historia de la leyenda y la falsificación del famoso *Buscapié*, que tuvo su época. A continuación da noticia de los dos conocidos trabajos de Sbarbi sobre la interpretación del *Quijote* y la teología cervantina.

\*  
\* \*

Llego tarde para hablar del libro de Amado Nervo (2), que ya han propalado por España otros periodistas con más títulos de críticos que yo. Seré por esto muy parco, condensando mi juicio en pocas palabras.

Lo discutible en Nervo es el sistema, la teoría métrica (cuando escribe en verso), la doctrina literaria y la terrible sinceridad con que lo dice todo. Sobre algo de esto ya he reproducido, en anteriores *Lecturas*, la opinión de escritores mejicanos. Pero lo que no puede discutirse es el gran talento del autor, su profundo sentido poético, su alma de artista y el irresistible encanto de su literatura. Todo ese diario de viaje por los Estados Unidos y por Europa, con que ahora nos re-

(1) Mérida de Yucatán, 1903.

(2) *El Éxodo y las flores del camino*.—Méjico, 1903.

gala, está sembrado de observaciones originales, de bellezas de expresión y de pensamiento, de poesía...

Es una joya, en medio de la vulgar y soporífera literatura moderna de viajes, que amenaza con ahogarnos bajo su peso.

\*  
\* \*

El último paquete de revistas americanas que llega á mis manos trae algunas novedades, en que he de ocuparme principalmente.

De *Chile Moderno*, publicación mensual, recibo tan sólo los números dos y tres. En su cubierta hallo muchos de los nombres conocidos y estimados de aquella floreciente república: Alfonso, Amunátegui Solar, Letelier, Montt, etc.

En el número dos hay un interesante artículo bibliográfico de G. René-Moreno, acerca de un folleto que se publicó en Lima en 1820, y cuyo título es así:

«DISCURSO sobre la preferencia que deben tener los americanos en los empleos de América. Prevenido en el año de 1811, por el Dr. D. Mariano Alejo Alvarez, abogado de la Audiencia de Charcas, para su incorporación en el Ilustre Colegio de Abogados de Lima. Al ir á pronunciarlo, no se sabe de orden de quién se le impidió por el decano, y sin oirlo se mandó que se archivara. Lima, 1820. En la oficina de Ruiz, á cargo de D. Manuel Peña.

»4.º de 152 por 98; 26.

»Epígrafe de Virgilio al dorso».

La importancia de este discurso estriba en ser síntoma de un gran descontento que en el país reinaba, y que ha de contarse como una «de las causas más profundas de la revolución» de nuestras colonias.

En la Memoria del gobierno del virrey Abascal, se consigna que, hacia 1806 y 1807, cundían en las provincias del Alto Perú doctrinas favorables á la independencia. Centro de esas doctrinas parece haber sido Chuquisaca, donde el desenvolvi-

miento de las ideas jurídicas llevaba á los espíritus universitarios á la concepción del proyecto de emancipación simultánea de todas las colonias. El autor del Discurso fué discípulo de la Academia Carolina de Chuquisaca.

«Aquellos jurisperitos que, como descendientes de los conquistadores, se sentían por razón y eran por educación el gremio culminante y preferible de la sociedad colonial, vegetaban mano sobre mano como parias dentro de su propia tierra. No menos de cuarenta doctores moraban en Chuquisaca, y unos cincuenta en las provincias. Una repulsa odiosa, un monopolio sistemático, mantenía á raya sus aptitudes profesionales. En provecho de agraciados que venían de España, se veían preteridos al distribuirse en el país los cargos con renta, mando y honores. Calcúlese el estímulo de la ocasión en el ánimo de éstos descontentos, al ver el año 1808 la metrópoli entrada por un conquistador irresistible, acéfalo de su dinastía al trono, revertido el poder soberano al pueblo, á falta del monarca absoluto.

»Y vieron que este último hecho era enteramente conforme con la doctrina de Santo Tomás enseñada en la Universidad de Chuquisaca; algo más que aquella reversión era el principio que proclamaban como basa de su autoridad suprema las propias juntas provinciales gubernativas, formadas tumultuariamente en la Península.

»La maciza sumisión del inveterado vasallaje, aquella interna tabla rasa de la fidelidad á la metrópoli, se destrizó en todos. Por las hendiduras saltaron aspiraciones á inquietar el pecho de los desposeídos regnícolas superiores del distrito de Charcas.»

Considerado así el Discurso de Alvarez, como un chispazo «de las doctrinas secretas del centro universitario, donde el autor se había doctorado», resulta sumamente curioso su análisis.

Desde luego, y á fuer de letrado, Alvarez fundamenta su argumentación en el texto de las leyes vigentes. Las de Indias establecen «grados para el llamamiento de los america-

nos á los empleos de sus respectivos países. Excluye de resultados, según Alvarez, á los no originarios de América, porque éstos no serían legalmente admitidos sino en el caso improbable de no existir oriundos idóneos. ¿Qué otra cosa significa, sino un derecho exclusivo de los americanos, el orden que la ley señala en igualdad de méritos para la preferencia entre ellos? Primeramente, los que descendan de descubridores y conquistadores; en seguida, los que de pacificadores y pobladores. Esos lo somos únicamente todos nosotros». Y agrega Alvarez:

«Demostrando yo que este plan es el único conforme á la razón natural, al derecho de gentes, al civil, al canónico, á la legislación universal de la monarquía española, á la particular de estos reinos de las Indias, habré probado la justicia con que dicha ley ha sido establecida, y el agravio que se ha inferido á los americanos en el pasado gobierno, cuando un favorito déspota y codicioso ponía en pública subasta los empleos».

No deja el autor, como es consiguiente, de apoyarse en el ejemplo de los reinos españoles, que tantos conflictos había producido en la Península antes de Carlos I, y que bajo este rey fundamentó en gran medida el levantamiento de las comunidades.

«En los reinos y provincias recuperados en la Península del poder de los moros por los españoles, según las disposiciones de esa ley (la de Castilla), los preferidos para esos empleos de la tierra respectiva son los conquistadores ó libertadores, y sus descendientes». ¿Cómo, pues, no ha de hacerse lo mismo con los descendientes de los conquistadores y pobladores de estas Américas?»

«Esta conquista —añade con brío— es la herencia que nos dejaron nuestros abuelos: y ¿podremos ser despojados de ella para que otro se locuplete y goce de toda comodidad y satisfacción? ¡Qué! ¿Pereceremos en la tierra de promisión que nuestros mayores descubrieron? ¿Nuestras ciudades serán go-

bernadas por los que no las fundaron, y nuestros templos por los que no los edificaron? Si nuestros padres, levantándose del sepulcro, hicieran estas justas reconvenciones, ¿qué se les respondiera?

»Los de Castilla y León se hicieron dueños de todos los empleos eclesiásticos y seculares, porque, según la ley recopilada, *con ferviente devoción, católicos y animosos corazones, y derramamiento de sangre, libertaron de los infieles la tierra*».

A más del derecho de conquista —dice después,— los americanos tienen el de naturaleza. Uniéndose las Indias por la conquista á España, no perdieron los fueros ni la personalidad de imperios. Dos soberanías distintas están bajo el cetro del monarca español. Aunque súbditos de un mismo soberano, los naturales de América y los naturales de España se rigen por leyes distintas. ¿Dónde está la ley imperial que los haya igualado enteramente? Muy diversa es su condición respectiva. El español en los reinos de España es considerado en primer lugar; por consiguiente, el americano, á su turno, debiera serlo en las Américas. Si un americano pretendiera esa preferencia en España, claro que el intento se miraría como locura. Pues bien: los americanos, según Solórzano, se reputan por hijos legítimos de América, y los españoles en ésta como adoptivos ó legitimados por privilegio; y ¿se ha visto alguna vez que hijos de esta última especie sucedan habiendo legítimos?»

Con estos antecedentes respecto de sus ideas, no es de extrañar que pueda sospecharse si Alvarez fué uno de los doctores que, sin dar la cara, ayudaron con eficacia al movimiento popular de 25 de Mayo de 1809 en Chuquisaca. Lo único cierto que cabe afirmar es que, al ocurrir el levantamiento, Alvarez se hallaba en Arequipa. De todos modos, es interesante esta muestra de la literatura precursora de la independencia.

De otra revista nueva, *Ideas* (Buenos Aires), recibo los números tres á seis.

En el quinto se publican unos *Comentarios sobre las nue-*



*vas tendencias literarias*, escritos por D. Manuel Ugarte. Entresaco de ellos estos dos párrafos acerca del castellano:

«Los verdaderos escritores, que se han reído siempre de todos los arrendajos de la Gramática, no pueden subordinar su empuje á los caprichos de una Academia que aborrece cuanto lleva el sello de una personalidad vigorosa. Pero tampoco hay que creer que para tener talento basta escribir en mal castellano, hacer contorsiones con el estilo y crear palabras inútiles para expresar cosas que ya tienen representación en la lengua. El mejor mérito del que escribe consiste en saber discernir cuáles son las innovaciones necesarias y cuáles las inútiles, en alcanzar esa difícil serenidad de juicio que nos permite ver, como desde una altura, por encima de las modas y los apasionamientos del instante, las formas claras y precisas de la belleza inmortal».....

«No puede ser intangible una lengua que contiene millares de voces árabes y latinas. Proscribir las palabras extranjeras, cerrar las puertas del castellano á todo lo moderno, sería negarse á lo que podríamos llamar la circulación de la sangre de los idiomas. Es verdad que las palabras *campanadas*, *campear*, *canas*, *cañavera*, *carinegro*, *cartear*, *cencerrada*, *cimentar*, *desenconar*, *destajar* y cien otras, son genuinamente españolas y no tienen traducción inmediata en francés. Pero en cambio de ellas, hay en aquel idioma más de mil que no se pueden trasladar castizamente al castellano. Oigo decir á los puristas: Imitemos á Cervantes. Pero, Cervantes, si existiera hoy, ¿escribiría como escribió en su siglo?»

En el sexto número de *Ideas*, el Sr. D. J. C. Rubianes comienza un estudio sobre las *Relaciones con el Paraguay*, en el cual examina las causas mediatas é inmediatas de la guerra de 1865-70. A su juicio, existen respecto de esa guerra dos errores fundamentales: 1.º, que se hizo al tirano F. S. López, y no á la nación paraguaya; 2.º, que por lo que toca al choque de la Argentina y el Paraguay, fué una guerra impolítica y una gran desgracia fácilmente evitable. A desvanecer esos

errores se dirige toda la argumentación histórica del Sr. Rubianes, cuyas conclusiones hemos de ver en números sucesivos.

En el tercero de la misma revista hay un *Estudio sobre Echegaray*, á propósito de *El loco Dios* y *Malas herencias*. El juicio de Rojas no es muy favorable, dentro de los respetos que se deben al talento del dramaturgo español.

La *Revista Nueva*, de Tegucigalpa, es casi exclusivamente de amena literatura y se nutre en abundancia de traducciones, muy escogidas á decir verdad: Musset, Goethe, Baudelaire, Wittman, Maupassant, Wilde, etc. Forma, pues, una antología interesante de autores americanos y europeos.

*Vida Moderna* de Agosto último trae varios artículos interesantes. El primero de ellos es una conversación amistosa sobre tuberculosis, sostenida con los obreros reunidos en el Victoria Hall, por el Dr. J. de Salterain. El cual, apenas entrado en el asunto, formula así sus conclusiones preliminares:

«*De cada cien individuos que fallecen, fijaos bien, VEINTE, por lo menos, son tísicos ó influenciados por la tisis; y los tísicos no deben morir, porque pueden curarse.*

»Así, y sin mayores comentarios ni rodeos, que no es del caso apreciar detalladamente, apliquemos esos cálculos á la República, puesto que en ella actuamos y nos interesa de cerca, y veamos:

Término medio de muertos, de todas las enfermedades,	
al año.....	12.536
Quinta parte de esta totalidad.....	2.507

»Es decir: dos mil quinientos individuos, poco más ó menos, fallecidos por tisis y sus variedades, que disminuyen, año por año, é indebidamente, las escasas fuerzas de la joven nacionalidad.

»En la sola ciudad de Montevideo, durante los tres primeros meses del año corriente de 1903, han fallecido, únicamente

de tisis pulmonar, 106 individuos (35 al mes como término medio), de los cuales fueron 52 varones y 54 mujeres; 64 solteros y en la flor de la edad todos, sin excepción; 29 casados, 9 viudos y 4 menores de quince años.»

Pasa en seguida á determinar las causas de la tisis: falta de alimentación, de aire puro, de luz.

La falta de alimentación es inevitable para los obreros, dados los jornales que reciben, y que el conferenciante calcula en 20 pesos mensuales, de los que seis son para la habitación, otros tantos para ropa, calzado y gastos menudos. Quedan, pues, ocho para la comida.

Respecto de las habitaciones, argumenta de este modo:

«Vosotros me diréis: todo eso está muy bueno para los que pueden pagarse el lujo de vivir en habitaciones espaciosas, pero no para los que no tenemos otro remedio sino aceptar lo poco y malo que se nos brinda.—Entendámonos; hasta cierto punto. Cuando empleáis cinco centésimos, nada más que cinco centésimos, en carne para el puchero, buen cuidado tenéis de examinar la mercancía y rechazar la que os parece inferior ó podrida. ¿Qué sucede con esto? Que ningún carnicero, en general, se expone á vender mercaderías averiadas, porque sabe que no tienen salida, que pocos ó ningunos las aceptan. ¿Por qué, cuando vais á elegir un cuarto, una modesta vivienda, no hacéis algo parecido y rechazáis la que no sea sana, clara y aireada, la que esté corrompida, en una palabra?

»Poneos todos de acuerdo, no en nombre de esas teorías esdrújulas de las que no bonifican sino los falsos apóstoles, sino en razón de vuestros legítimos derechos; exigid del propietario aquellas condiciones elementales. Intentadlo al menos, que la querella bien vale la pena.

»Esos ricos señores de la tierra, la mayor parte, han sido pobres, como vosotros; y si han olvidado algunos, en la mollicie del lujo y en el sibaritismo de la ociosidad, su origen oscuro y humilde, ninguno menosprecia los dictados del interés. Y si se convencen que la mercadería averiada y mala

no puede pasar por excelente, á buen seguro se apresurarán en acceder á las exigencias á que todo comprador tiene derecho.»

Aun en el caso de mayor pobreza, el doctor hace observar, con gran sentido, á los obreros, que pueden ventilar sus casas, tener abiertos balcones y ventanas. Les recomienda que no pasen los domingos en las tabernas, cuya atmósfera es irrespirable, y que por otros motivos son fuente de grandes perjuicios para la salud física y la salud moral.

Acude luego á evidenciar los males que se siguen de escupir sin tino en el suelo.

«Si lleváis sobre los hombros una carga de pólvora, por ejemplo, ¿derramaréis, acaso, puñados por el suelo, para que cualquier paseante arroje inadvertidamente un fósforo y se produzca la explosión? No; os guardaréis muy bien y preservaréis al terrible agente de todo contacto peligroso. ¿Por qué no habéis de hacer lo mismo con la pólvora de la saliva enferma, que puede prender al menor descuido, y que prende todos los días, consumiendo su explosión millares de existencias? Muchas más de las que devora en todas las latitudes ese brutal argumento que, en nombre de todas las tendencias atávicas de la humanidad, se denomina irónicamente el derecho de la guerra.

»Por escasos de recursos que os suponga, si no podéis proveeros de una salivadera con agua, para que la escupida no se seque y la semilla vuele, jamás os faltará una vasija húmeda, un cacharro, un plato cualquiera donde podáis hacerlo, ni un vaciadero común donde derramar su contenido.

»Los que habláis de libertad y de derechos dad el ejemplo, respetando el ingénito, que tenemos todos, de vivir sin que nadie nos perjudique.»

La conferencia toda es un modelo de buen sentido, de claridad y de sencillez, adecuada para los oyentes que tuvo.

D. José Salgado expone, en el mismo número, y con motivo del programa de Historia americana adoptado en las

---

escuelas del Uruguay, muy atinadas observaciones sobre la metodología de la enseñanza de aquella materia.

Y, finalmente, el padre Zenón Bustos, franciscano, comenta el libro de Ernesto Quesada, *Tristezas y esperanzas*, y discute nuevamente la tesis que éste atribuye á la novela *Reposo*, de Altamira, sobre la cual han emitido también opinión muchos escritores y críticos americanos que se citan en una nota.

HISPANUS

## CRÓNICA LITERARIA

---

*Discurso de inauguración del curso en la Academia de Jurisprudencia,* por D. José Canalejas y Méndez.—La enseñanza de las ciencias sociales en los países cultos.—«Socialización antigua y moderna».—Transformación de la administración pública.—Relatividad de la eficacia práctica de las ciencias sociales para la resolución de los problemas de este orden.

La Academia de Jurisprudencia no es una Academia como las demás. Aunque se ufane con ese título, que, hoy apartado por desviaciones del uso de su sentido original, resulta algo pomposo, no es una corporación compuesta de un corto número de personas que se supone sean las más eminentes ó distinguidas en algún arte ó género de estudios. En este sentido de la voz Academia, la de Ciencias Morales y Políticas podría disputarle con razón la representación de los cultivadores del Derecho. La Academia de Jurisprudencia es, en realidad, una sociedad de abogados y estudiantes de leyes que, con discusiones y conferencias, aspiran á contribuir al progreso de los estudios jurídicos. No se entra en ella por méritos ni mediante elección. Es, pues, Academia en otro sentido, que se acerca más al primitivo, y que tiene precedentes históricos mucho más remotos que los de las Academias oficiales. Es una Academia libre, una asociación de personas que se reúnen para cultivar y fomentar determinada clase de estudios.

Su influencia en España ha sido, con todo, de alguna entidad, comparable, aunque menos brillante, á la del Ateneo de Madrid en sus buenas épocas. Correspóndele la gloria ó la responsabilidad de que en sus discusiones se hayan formado ge-

neraciones enteras de abogados y políticos, que allí ejercitaron su verbosidad y se adiestraron en simulacros de las contiendas parlamentarias. Presidida de ordinario por hombres políticos de importancia, distinguidos muchos de ellos en el foro, los discursos de inauguración de sus cátedras ofrecen, por lo general, tanto interés—si no le ofrecen mayor—como los de recepción en las otras Academias á que anteriormente se alude.

El discurso de este año ha estado á cargo del actual presidente de la Academia, D. José Canalejas y Méndez. Del señor Canalejas, como hombre político, nada hay que decir. Todo el mundo le conoce. Como abogado es también muy conocido, aunque no haya llegado en esta profesión á conseguir tanta fama como en la política. Pero, seguramente, es menos conocido como universitario, como profesor que fué en su juventud, si mal no recuerdo, de Literatura griega y latina. Esta vocación primitiva, aunque haya quedado obscurecida por otros aspectos de su personalidad que se han sobrepuesto á ella en el curso del tiempo, no ha desaparecido por completo del espíritu del Sr. Canalejas; y en su afición al estudio, y en la importancia que da al saber, rasgos no muy generales entre nuestros políticos, se ve que conserva aún algo del antiguo profesor.

El discurso del Sr. Canalejas versó sobre el estado actual de la enseñanza de las ciencias sociales en los países cultos. Tema concreto, definido, de información, de hecho, muy distinto de los asuntos especulativos y de controversia, que con frecuencia han sido preferidos para semejantes trabajos didácticos. Precisamente por ser tal la materia del discurso, se ve claro en este caso cuánto influye la posición personal del expositor, aun en este género de trabajos que parecen alejados de la polémica. El Sr. Canalejas ha llevado al suyo la disposición de ánimo del luchador político, y tal vez la parte más interesante, y desde luego la más artística del discurso, es aquella en que se refleja este carácter y esta disposición del orador, ó si se quiere del escritor, puesto que de un discurso escrito se

trata. No es el Sr. Canalejas el *historiador sin alma y sin ciudad*, el postulado de Fenelon y de Luciano, de que habla al estudiar el cambio operado en la manera de escribir y de concebir la historia. No es un espíritu curioso é impersonal ante los hechos, que los recoja sin pasión como materiales para un estudio. Es un polemista que busca en ellos armas, razones para su tesis.

Según expone el autor en las primeras páginas de su trabajo, ha sido éste redactado en pocos días, como avance ó anticipado resumen de un libro que sobre el mismo asunto prepara. En realidad se resiente poco de esta precipitación el discurso, y sólo en la parte propiamente expositiva, en que se da noticia de las diferentes enseñanzas de ciencias sociales establecidas con carácter oficial ó particular en cada país, es en la que puede observarse algún desequilibrio en las proporciones y alguna falta ligera de enlace, ó cierta dispersión en los datos; pero sin que pueda á punto fijo saberse si es ello imputable á la rapidez con que ha sido escrito el trabajo, ó á la misma índole de su asunto, que exige que descienda á pormenores difíciles de acoplar en una narración, sin que algo perjudiquen á su trabazón y unidad.

La primera parte del discurso es una introducción, extensa con relación á las proporciones totales de este trabajo y á las de su parte expositiva (que sin duda adquirirá mayor desarrollo en el libro que el Sr. Canalejas prepara, y del que es como anticipado esbozo el discurso). Esa primera parte está escrita con gran elocuencia, y por el fondo de conocimientos que revela y la profundidad de pensamiento que en ella campea, descubre al hombre de estudio, al antiguo profesor á que antes he aludido.

Para justificar la elección de asunto, expone el Sr. Canalejas la importancia que tienen hoy las ciencias sociales, que no es una importancia exclusivamente doctrinal y teórica, sino que depende de la que han adquirido las llamadas cuestiones sociales, y del concurso que para su resolución en la



práctica—ó acaso debamos limitarnos á decir para su tramitación jurídica, puesto que las soluciones son problemáticas y en todo caso lejanas—pueden prestar estos estudios.

Como fenómeno característico de los actuales tiempos, ó, si se quiere una expresión más próxima y de alcance más reducido, del momento presente, ve el Sr. Canalejas «la función preponderante de las cuestiones sociales respecto de los acontecimientos políticos, militares, religiosos», etc., la tendencia á *socializarlo* todo, usando uno de esos vocablos bárbaros que entran al idioma como los germanos por las campiñas apacibles de Italia. Y al disertar sobre esta tendencia, distingue acertadamente el autor del discurso entre el hecho y su concepto moderno, y encuentra que el fenómeno no ha aparecido ahora súbitamente en la historia, aunque revista hoy caracteres más acentuados y presente manifestaciones más extensas, y que lo que distingue profundamente á los tiempos presentes de los pasados es la clara conciencia de ese fenómeno y su estudio reflexivo, que á más de aclararle, por una acción refleja, por la acción del pensamiento sobre la realidad, por la fuerza de las ideas (reconocida por el común sentir mucho antes que Fouillée expusiera su teoría de las ideas-fuerzas), aumenta en la práctica las proporciones, extensión é importancia del fenómeno.

Más que un fenómeno de *socialización*, presenciamos hoy un fenómeno de *democratización*. El predominio de lo social sobre lo individual llena la tradición histórica. La constitución económica de las monarquías del antiguo régimen es, desde muchos puntos de vista, socialista, con su teoría del dominio eminente, su sistema de tasas é intervenciones, sus organizaciones de oficios, su predominio de la doctrina del bien común y el *salus populi*. Pero el modo de socialización antiguo se distingue del moderno en que aquél se personalizaba en una persona ó en una entidad, en la ciudad, en la República, en el emperador, en quien se suponía, por una ficción jurídica, que el pueblo había depositado sus poderes; en

el rey, que era como viviente encarnación del Reino, ya por virtud del derecho divino, ya por virtud de un derecho histórico derivado de títulos de primera ocupación ó de conquista.

El modo de socialización moderno, lejos de tender á personalizarse en alguna elevada representación, es consecuencia del gobierno popular, es un modo de socialización democrático, difuso; por eso la cuestión social es, ante todo, cuestión obrera, aunque la masa trabajadora y proletaria no componga toda la sociedad. Se trata de la suerte y condición de los más, consideración decisiva desde el momento en que los principios de igualdad de la Revolución francesa han destruído en las modernas leyes la antigua jerarquía social que establecía clases diferentes de ciudadanos. Este carácter que revisten al presente las cuestiones sociales, es el nexo que enlaza cosas tan contradictorias en apariencia, no bien conciliadas aún por completo, y acaso nunca conciliables por entero, como la emancipación individual á que tiende el derecho revolucionario, y que éste representó en sus orígenes, y las restricciones sociales del intervencionismo que domina hoy en la legislación y en las ideas, y que parece llamado al triunfo en un porvenir próximo, aunque su victoria acaso no sea definitiva ni represente más que una etapa de transición en la transformación social, tras la cual etapa pudieran resucitar de nuevo los principios de la libre concurrencia y de la competencia individual.

Otro rasgo de capital importancia es la transformación *realista* de la política, de las ciencias sociales y de la historia. El estudio de los principios tiene hoy mucha menos importancia que el de los hechos; se pelea no por derechos abstractos, sino por realidades económicas; el problema obrero es, ante todo, un problema económico de distribución, de riqueza, y aunque ofrezca otros aspectos, todos se subordinan á éste, y son, respecto de él, secundarios y derivados. En cierto sentido amplio, y sin perseguir derivaciones doctrinales inmediatas, puede decirse que en este fenómeno hay como una aplicación del positivismo á los estudios sociales y á sus consecuencias

prácticas. La que se ha llamado concepción materialista de la historia, derivada de la teoría de Marx sobre la influencia preponderante del factor económico en la vida de los pueblos, adquiere cada día mayor importancia, no sólo como clave para interpretar lo pasado, sino como explicación de los hechos contemporáneos y guía de las inducciones sobre lo porvenir. Sin duda tiene razón el Sr. Canalejas al hacer notar que es incompleta y parcial esta teoría; pero, con todo, cada vez gana más terreno, y así como el jurista venció al soldado en el gobierno de los pueblos, se ve próximo el día en que el jurisconsulto será vencido á su vez por el economista.

El gobierno de los juristas representó, sin duda, un progreso. Los estudios á que éstos con preferencia se dedicaban, comunicaron ciertos principios de equidad y de justicia á las relaciones entre gobernantes y gobernados, aunque también emanasen de ellos errores como la doctrina del poder absoluto, que aparece en la historia como una derivación del Derecho imperial romano y como un renacimiento mitigado del cesarismo antiguo. Pero hoy, las nuevas necesidades del Estado moderno y el carácter de los problemas planteados en él, en los cuales predomina el aspecto económico, imponen á los hombres de gobierno nuevos y más detenidos estudios, y, sobre todo, exigen la creación de órganos de información numerosos y perfeccionados, puesto que lo que se trata de averiguar son, ante todo, cuestiones de hecho, y por los hechos, antes que por principios abstractos, ha de guiarse la política moderna. Acierta, pues, el Sr. Canalejas al consignar en su discurso que se necesita remediar la ignorancia del Estado. Tal vez se avecina y está iniciada ya en algunos países una transformación de la administración pública, que ha sido hasta ahora principalmente un órgano de tramitación y procedimiento, y que habrá de convertirse, en armonía con las nuevas funciones que deberá llenar, en órgano de información, de acopio y clasificación de datos que preparen la acción ejecutiva en cada caso. La estadística, no puramente numérica, sino

descriptiva, aparece como una de las principales funciones administrativas del porvenir, llamada á adquirir gran desarrollo á expensas acaso de la función procesal, hoy preponderante, y que habrá de simplificarse y hacerse más expedita por la necesidad de una acción rápida y de una legislación flexible que responda á la variabilidad y á la complejidad de la vida moderna.

Con todo, no hay que hacerse la ilusión, y seguramente no se la hace el Sr. Canalejas, de llegar á un Estado sabio que, por virtud de una información más completa y de nuevos órganos de carácter científico, pueda resolver con facilidad los problemas sociales, hoy insolubles, y cuyo tratamiento está limitado á paliativos. Aunque se aplique á las ciencias sociales el método de las naturales, nunca podrán inducirse de aquéllas principios y leyes dotados de la fijeza y la seguridad de los que nos ofrece el estudio del mundo físico. La complejidad y variabilidad de los fenómenos humanos de carácter reflexivo parece entregarlos para siempre á las disputas de los hombres. Por otra parte, las ciencias sociales se encuentran hoy en el estado de inventarios de hechos, y sus inducciones son, en la mayoría de los casos, provisionales é hipotéticas; y aparte de esto, la cuestión obrera no está planteada en la práctica como un problema cuya solución dependa de nuevas luces é investigaciones, sino como una lucha entre fuerzas vivientes en que al cabo se impondrá la ley del más fuerte. Es una pretensión á la conquista del Estado y á la transformación de la sociedad por los que se juzgan perjudicados dentro del régimen actual, no la persecución de alguna desconocida verdad á que estén dispuestos á someterse los que pugnan entre sí.

Con todo, la tesis del Sr. Canalejas es plausible. El Estado necesita saber, necesita enterarse de los nuevos fenómenos de la lucha económica, y ese conocimiento que ha menester no puede hallarlo ya en los Digestos é Institutas del antiguo saber jurídico, ni en las *Políticas* de estadistas y jurisconsultos; está fuera de la geometría de los principios; necesita ir á bus-

carle á la región movible y cambiante de los hechos, y para eso le son precisos órganos registradores que en todo momento le tengan al corriente de esos fenómenos que se producen en continuo cambio y en incesante actividad.

Esta necesidad que en una esfera general se impone al Estado, alcanza también, en más reducido círculo, á los gobernantes, á los hombres políticos. Claro está que no necesitan ser sabios, y que probablemente sería hasta perjudicial que lo fuesen, pues el cultivo de la ciencia es demasiado absorbente para ser compartido con tareas que requieren actividad continua y dotes de improvisación, reñidas con la pausada marcha de la investigación y hasta con la misma disposición neutral y desinteresada del espíritu científico. Pero no le basta ya al hombre de Estado la usual preparación de los estudios jurídicos de antaño, ni le basta tampoco con ser un buen abogado experto en las lides oratorias y en la defensa sagaz de las causas. Necesita estar penetrado de los nuevos problemas, y como ejemplos vivos de ello vemos que las más grandes figuras de la política contemporánea han consagrado gran parte de su atención á esas cuestiones. La embriaguez de la apoteosis imperial no impidió á Bismarck apreciar la gravedad de la cuestión obrera en Alemania, y hoy Chamberlain pone toda su popularidad y toda su fuerza en la política inglesa al servicio de una cuestión de tarifas, y ve en ellas el medio de mantener unidos con fuerte vínculo de intereses los países, dispersos por toda la tierra, que componen el cuerpo gigantesco del imperio británico.

\*  
\* \*

Tras la mencionada introducción traza el Sr. Canalejas la clasificación de las ciencias sociales, y describe su contenido según la doctrina de modernos tratadistas, pasando luego á examinar la forma en que la enseñanza de aquéllas se halla establecida en los principales países, y el proceso histórico de

su aparición y desarrollo en la instrucción pública y en las instituciones privadas docentes. Unidas unas veces á las antiguas Facultades de Derecho, formando ya en algunas naciones Facultades ó escuelas independientes, las ciencias sociales ocupan ya lugar muy importante en la enseñanza.

Sucesivamente examina el Sr. Canalejas el estado de dichas enseñanzas en Francia, á la que consagra la parte más extensa de su estudio, haciendo notar como rasgo curioso la resistencia que en un principio opusieron las Facultades de Derecho á la introducción de las nuevas cátedras; resistencia vencida gracias á las exenciones de la ley militar de 1889, que dispensaba de los dos años de cuartel á los licenciados en Ciencias y Letras, y no á los que lo fuesen en Derecho; en Alemania, patria de las antiguas ciencias camerales; en Bélgica, al tratar de la cual consagra algún espacio el expositor á las instituciones libres de enseñanza, creadas por los católicos; en los Estados Unidos, donde los estudios de las ciencias sociales han adquirido extraordinario desarrollo; en Suiza y en Inglaterra.

La patria de Stuart Mill y de Spencer—dice el Sr. Canalejas—no puede compararse en la enseñanza de las ciencias sociales con Francia y Alemania, y lo atribuye, en parte, al carácter poco especulativo de los ingleses y á su apego á la tradición. Sin embargo, bastan tres nombres que cita el señor Canalejas, los de Stuart Mill, Spencer y Thorold Rogers, el autor de *The economie interpretation of history*, de *Six Centuries of work and wages* y *A history of Agricultery and prices in England*, nombres á los cuales podrían añadirse muchos más, para que pueda afirmarse que esa inferioridad de Inglaterra, en lo relativo á la organización de la enseñanza de las ciencias sociales, no es extensiva al cultivo de éstas.

De los demás países habla el Sr. Canalejas muy brevemente, sin consagrar á cada uno de ellos capítulo separado, sino juntándolos en un artículo general. Y á continuación, y con más detenimiento, pasa á tratar de España, fijándose en la cá-

tedra de sociología que existe en la Universidad Central; en la *Escuela práctica de Estudios jurídicos y sociales*, creada por el claustro de la Universidad de Oviedo; en la *Escuela de Estudios Superiores* del Ateneo, á la cual me parece, sin ánimo de agraviarla, que le viene algo ancha la comparación con el Colegio de Francia, con que le honra el Sr. Canalejas; en la Institución Libre de Enseñanza y en la *Escuela de Criminología*, recientemente creada por el Sr. Dato, cuando fué ministro de Gracia y Justicia.

Aunque en la parte concerniente á España, quizás por la rapidez con que se ha escrito este discurso, faltan algunos perfiles, ofrece mucho interés por las ideas pedagógicas que de pasada expone el Sr. Canalejas. La condenación de los exámenes y de las oposiciones para el profesorado está hecha con energía, calificando á las últimas de «vetusto, arcaico y antipedagógico sistema, portillo de la influencia, ganzúa del favor, ó, cuando menos, expuesto al lastimoso triunfo del verbalismo oratorio infecundo». Calurosamente me asocio á todas estas calificaciones, que responden á un convencimiento en mí muy arraigado, de que las oposiciones, careciendo de los requisitos esenciales para ser una prueba verdadera de competencia, son, en cambio, en España una de las muchas ficciones ú *hojas de parra* con que vestimos y damos apariencias de justicia á cualquier arbitrariedad que convenga disfrazar de ese modo.

El discurso del Sr. Canalejas es, en resumen, un trabajo abundante en datos, bien pensado y escrito á trozos con vigorosa elocuencia, y cuando no llega á estas cimas, con soltura y corrección. Su principal defecto es aquella falta de trabazón en algunos pasajes que ya queda mencionada, y cierta latitud en la transcripción de programas y planes de estudios, que en un resumen como éste hubieran estado mejor en extracto. Mas, aparte de esos ligeros lunares, es uno de los más interesantes é instructivos discursos que se han leído en la Academia de Jurisprudencia.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—LITERATURA: Diversos modos de expresión de la poesía contemporánea.—La mujer escritora.—POLÍTICA PEDAGÓGICA: La libertad de enseñanza y los partidos políticos.—La segunda enseñanza en Italia.—COSTUMBRES: Los judíos y la prostitución.—HIGIENE: Cómo reconquistar la belleza, la fuerza y la salud.—OCULTISMO: El cuerpo astral y el magnetismo.—DIPLOMACIA: Antigua y moderna diplomacia.—IMPRESIONES Y NOTAS: Elogio de la palabra.—El peso del cerebro.—¿Alejandro Dumas, plagiarlo?

## LITERATURA

DIVERSOS MODOS DE EXPRESIÓN DE LA POESÍA CONTEMPORÁNEA.—¿De qué medios dispone hoy un poeta—se pregunta en la *Revue Bleue* Leon Vannoz—para obrar sobre sus contemporáneos y, si tiene la ambición de ser un gran artista, sobre las generaciones futuras?

Todos saben que á fines del siglo XVIII y principios del XIX, la poesía estaba anémica en Francia, y mientras allí la Revolución con todas sus derivaciones lo absorbía todo, en Alemania transformaban Goethe y Schiller la literatura tudesca, y en Inglaterra renovaban la anglosajona los Lakistas, Coleridge, Southey y Wordsworth, y luego Byron, Keats y los Browning. Cuando el romanticismo, preparado por Rousseau y Diderot, la Stael y Chateaubriand, nació, su advenimiento no podía sorprender á nadie. El instinto que guiaba á los reformadores les hacía enamorarse de la Edad Media, pero su pasión fué siempre superficial.



Los parnasistas en la poesía, y los naturalistas en la novela, reaccionan contra el romanticismo y el simbolismo; por su parte, protestó después contra la rigidez del Parnaso y contra la óptica algo grosera del naturalismo. Estos son hechos conocidos de todos, sobre los que no hay que insistir; en lo que hay que fijar la atención es en algunos puntos particulares, esencialmente característicos.

El romanticismo tuvo la intuición de que debía remontar á los orígenes para recobrar la verdadera tradición de la lengua; pero en esta tradición no supo distinguir y sólo desarrolló un modo de expresión. El romanticismo tomó de la tradición el verso clásico, y le dió flexibilidad, acabando con la distinción entre las voces nobles é innobles; fué, como dicen los marxistas, una revolución burguesa de la literatura; pero no tocó al fondo mismo de las cosas. El verso clásico regular estaba lejos de ser el único modo de expresión posible de la poesía francesa, y cuando el Parnaso vino á reforzar ese prejuicio, oscureció más y más el problema, y por eso el simbolismo creyó hacer un descubrimiento al proclamar el valor del verso libre. En realidad, si estudiamos el conjunto de la tradición que se nos impone con el conjunto de conocimientos de que podemos disponer, se verá que la esencia del poema es un ritmo del alma, y que para traducirlo hay tres modos distintos de expresión: el verso clásico regular, el verso libre y lo que llama Sully Prudhomme el verbo eufónico, y que podía llamarse el verbo eurítmico.

Estos tres modos de expresión existen simultáneamente, y el error es afirmar uno y negar otros. El verso clásico regular tiene sus leyes, que sólo pueden aplicarse á él; y la esencia misma del verso clásico regular francés y castellano, es el de descansar en la rima y en el número de sílabas, y no en combinaciones de largas y breves; la verdadera tentativa revolucionaria consistiría en sustituir al sistema de la rima y del número de sílabas el de la cantidad de esas mismas sílabas; pero esto no es hoy posible, ni quizá lo será nunca, y hoy por

hoy los argumentos de los partidarios del verso clásico son más sólidos que los de sus enemigos; pero esos argumentos no afectan en nada á otra serie de verdades opuestas.

Los simbolistas han visto bien que el verso clásico no es el único modo posible de expresión de la poesía, y han inventado el verso libre; su error está en no haber insistido en lo que debían insistir: no han discernido bastante claramente que el verso libre no existe en realidad en sí mismo, en cuanto verso libre, sino que los versos no pueden ser libres sino con relación á un conjunto. Si se lee una página de Verhaeren ó de Regnier, se da uno cuenta sin trabajo de que se halla frente á un modo de expresión que no por ser distinto del empleado por Sully ó Heredia deja de constituir un modo legítimo y cómodo de la poesía francesa; esos versos obedecen á leyes propias; su sucesión forma series de frases musicales, y cada verso en particular no tiene valor sino con relación al conjunto; mientras que en Heredia, cada verso puede considerarse técnicamente como una unidad aislable. Ese es el fondo sustancial de la diferencia entre unos y otros.

El tercer método de expresión es menos conocido; pero tiene considerable valor, y ocupará un puesto más preferente cada vez en el teatro y en el porvenir: es esa forma bastarda entre verso y prosa que se puede llamar el verbo eufónico ó eurítmico, modo de expresión flexible y complejo que, cuando sea mejor comprendido y esté más difundido, nos reservará no pocas sorpresas. En sus más hermosos momentos de inspiración, Bossuet lo empleaba; Fenelón tuvo de él una idea casi clara al trazar su *Telémaco*; en Rousseau, Diderot y Saint-Pierre, la intuición es más precisa; Chateaubriand nos dió los primeros modelos del género; Renan, Quinet y Michelet lo emplearon; y obras enteras de escritores del siglo pasado están ejecutadas con arreglo á este modo de expresión, indeciso todavía, pero indiscutible para quien sepa sentir las armonías del decir.

Existen los tres modos, cada cual con su esfera propia de

acción, pero sin que deban confundirse nunca en su empleo. En lugar de vanas disputas sobre el valor poético de cada modo de expresión, el poeta debe ser libre para elegir conforme á su inspiración, entre los recursos que le ofrece la lengua, la forma que mejor se adapte á su temperamento y á la naturaleza de su emoción. El verbo eurítmico, traducción discreta de la emoción interior, es un instrumento excelente para el lirismo elegiaco, y también para el teatro. Pero pretender exaltar uno de estos modos de expresión, en detrimento de los demás, sería ciego *parti-pris*. Todo lo que es empirismo grosero ó eclecticismo superficial debe ser tenido en adelante por vano y hasta por nocivo. Sólo una cosa es necesaria: enunciar del mejor modo posible emociones verdaderas y profundas, ó verdades nuevas.

\*  
\* \*

LA MUJER ESCRITORA.—No hace mucho—dice Neera en la *Nuova Antología*—una hermosa joven me consultaba este singular dilema: ¿Debo ser escritora ó debo estudiar Medicina?

¡Ser escritora!... ¿Qué quiere decir eso? Pero como una madre la fué á preguntar también si su hija debía dedicarse á escritora, y en muchos artículos se discute seriamente este tema, como si se tratara de una carrera abierta á la mujer, Neera ha juzgado á propósito decir su opinión, basada en su larga experiencia.

Obsérvese ante todo—dice—que la mayor parte de las mujeres, antes de escribir, dicen ó piensan que quieren ser escritoras. No escriben, pues, porque tengan vocación, sino porque creen que escribir es una ocupación como otra cualquiera, más agradable, honrosa y provechosa que las demás, y por poco que la vanidad éntre en ello, pronto toman por vocación lo que es simplemente una sugestión, sin que esto sea decir que la vocación no pueda existir; existe, pero sólo por excepción.

Dejando á un lado las mujeres que se dedican á la literatu-

ra por vanidad, por ocio ó por simple imitación, y hasta las que la cultivan como una especie de *flirt*, que las hay, fijémosnos tan sólo en las que buscan la utilidad, que es el motivo que parece más serio. Se observa que la mujer escribe más fácilmente que el hombre; pero ¿no será debida esta mayor abundancia, más que á las aptitudes naturales para la literatura, á las costumbres sedentarias, al ocio y á la necesidad del desahogo sentimental? Pero, aun admitiendo sin restricciones la habilidad para escribir, ¿cómo puede sacarse partido de esa habilidad?

En Inglaterra y en América, muchas mujeres se colocan de reporters ó corresponsales de periódicos; pero entre nosotros no existe todavía esa salida. Lo que halaga á nuestras escritoras es el tomito que figura en el escaparate del librero, que se compra, que se lee, que se alaba y que produce tesoros. Pero, aun admitiendo que el volumen tome forma, y se imprima, y se lea, y se alabe, ¿cuántos son los que producen? Los gabinetes de lectura ofrecen un solo volumen á miles de lectores, por 2,50 pesetas de suscripción mensual; los particulares que lo compran lo prestan á otros, y la venta es ilusoria y la ganancia lo mismo.

Pues, sin embargo, ahí está Fulana, que... ¡Dios mío, sí! La excepción, la fatal excepción: el éxito de un par de obras en diez años, ¿entre cuántos escritores? entre 20.000 acaso. ¿Es serio hablar de ganancias en tales condiciones? La leyenda es conocida: en torno de uno ó de dos nombres circula una cifra cada vez más exagerada, y todos esperan alcanzarla sin pensar en la lotería ni en el mirlo blanco.

Jamás debe aconsejarse escribir novelas á los que buscan provecho material con su publicación, y son verdaderamente dañosos esos concursos de los periódicos que, con el cebo de 50 ó 100 pesetas, incitan á delinquir á tantas personas honradas, preparándolas desilusiones y amarguras sin fin. Ni el mayor ingenio puede estar seguro de un éxito pecuniario, porque éste depende de multitud de causas momentáneas y transito-

rias; así se ven obras sin valor obtener gran resultado, y verdaderas perlas literarias quedar sepultadas en el olvido.

El provecho material del escritor es problemático, y el de la escritora más problemático todavía. Un hilo imperceptible separa al aficionado del artista; es una línea en espesor, pero es un abismo en profundidad. Cuál sea esa diferencia, nadie lo sabe, ni es fácil saberlo. ¡Cuesta tan poco alabar los primeros pasos de un joven! Y si se trata de una mujer, la galantería hace el cumplimiento obligatorio; pero nadie cree que irá lejos, y esta consideración basta para embotar el filo de la lengua de la envidia. Hasta el editor por las primeras veces se arriesga á lanzarse; y sucede como cuando quiere uno ponerse en la plaza en primera fila: los primeros pasos se dan con relativa facilidad; pero á medida que se avanza, las filas, cada vez más compactas, se estrechan y rechazan al invasor; es la lucha de *uno contra todos*. Y los rostros placenteros se vuelven huraños, y los amigos os desconocen, y los desconocidos os miran como enemigos, porque todos quieren defender su puesto, el puesto que cada cual ha conquistado, unos por madrugar y otros por listos ó por fuertes.

¡Pobre mujer! Te sientes artista, tienes un ideal y quieres alcanzarlo; pero el camino es largo y está sembrado de obstáculos, de rivalidades y de odios. En él se tropieza con los que tomaron antes puesto, que han amado, creído y esperado como tú, y que escriben ahora como esclavos, defendiendo el escalón en que han logrado colocarse: todos están dispuestos á festejar á la escritora cuando la consideran como sér inofensivo; todos están prontos á combatirla cuando la ven convertida en una rival.

Entonces la lucha se empeña seriamente, y la diferencia del sexo se hace sentir con toda su fuerza; arrojada la máscara de la galantería, el hombre se siente dominado por la atávica brutalidad del animal en guerra; y pensando en esto, puede preguntarse á la joven que consulta sobre si debe ser escritora, si en su vocación ha pensado en la posibilidad del martirio.

Toda mujer inteligente escribe á maravilla para sí; pero escribir para el público es otra cosa, que ni se enseña ni se aprende. Hay muchas señoras que recitando en su casa, ó en una tertulia ó en una velada benéfica, parecen dignas rivales de las artistas más celebradas; pero sacadlas de aquel ambiente: ¡cuán pocas se librarían del fracaso! Las disculpas que valen para el aficionado no sirven para el artista. El público que paga es feroz, y no se deja sacar fácilmente el dinero del bolsillo. Si no sabéis lo que es hallaros solas ante la masa del público, compuesta de indiferentes, de idiotas, de distraídos, de malvados, de envidiosos y de vanidosos, con algún alma rara buena; si no os sentís preparadas para la batalla con músculos de acero y riñones de bronce, no os hagáis la ilusión de arrancar al público el grito de fiera domada, signo de vuestra victoria.

### POLÍTICA PEDAGÓGICA

LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA Y LOS PARTIDOS POLÍTICOS.—En Francia, en Italia y en España tenemos planteado el mismo problema y con idéntica confusión de términos: la ley Falloux en un país, la ley Cavati en otro, y la ley Moyano en otro, son tres Códigos de Instrucción pública de hace medio siglo, de los que apenas nada queda en pie, pero que siguen siendo la base fundamental de la legislación, por todos los partidos minada, y por ninguno, sin embargo, derribada. Es interesante, por lo mismo, estudiar el estado de opinión de los otros países, para mejor apreciar la repercusión que estas cuestiones palpitantes, que afectan por igual á los políticos, á los pedagogos y á los padres de familia, tienen en el nuestro.

La abrogación de la ley Falloux está desde antiguo sobre el tapete. El pensamiento de los legisladores que votaron la ley de 1881 sobre enseñanza primaria, había sido aplicar á la enseñanza secundaria el sistema de libertad reglamentada instituída para la primaria. En este sentido se inspiraron los pro-

yectos de ley de Julio Ferry en 1880, de Pablo Bert en 1881 y de Duvaux en 1883; no se litigaba entonces sobre la libertad de enseñanza, sino sobre si sería obligatorio para las instituciones privadas de enseñanza que sus titulares fuesen graduados y poseyeran ó no su certificado de aptitud pedagógica. Sólo en 1898 es cuando se planteó la cuestión en su forma actual, por las proposiciones Levraud y Rabier, que tendían al restablecimiento del monopolio del Estado en materia de enseñanza, para salvar la crisis financiera de los liceos oficiales, y la crisis moral y política revelada por el desarrollo avasallador de las instituciones religiosas. La petición de urgencia de la proposición Rabier fué rechazada por 287 votos contra 225, entre los cuales se hallaban muchos de los partidarios convencidos de la libertad, como León Bourgeois, que votaban, sin embargo, contra ella, para hacer frente á la invasión clerical.

De la discusión salieron los famosos cuatro tomos de la información parlamentaria y multitud de discursos, pero nada definitivo. El Parlamento de 1902 acabó por votar una moción para derogar la ley Falloux, pero sin hacer declaraciones precisas sobre el monopolio ni siquiera sobre la estancia escolar. El ministerio Combes es el que desarrolló el pensamiento, aceptando el proyecto Chaumié, con el que se pretende organizar un sistema de garantías para el ejercicio de la enseñanza privada que dejen á salvo los intereses morales y materiales del Estado: estas garantías son relativas á la capacidad profesional y á la moralidad, por una parte, y á la conformidad de la enseñanza privada, con las leyes y las buenas costumbres, por otra.

El proyecto es combatido, naturalmente, por la derecha y por la izquierda: la derecha estima que todo ataque á la ley Falloux en ese punto es un ataque á los privilegios de que tanto partido ha sacado la enseñanza religiosa, libre de grados y de títulos, exenta de cargas fiscales y de inspección oficial, y con capacidad civil para contratar y adquirir; lo que

sobre todo les irrita es la exigencia para enseñar del certificado de aptitud pedagógica, «cédula de confesión contraseñada por las logias», según Lapparent. ¿Qué certificado será ese? ¿Quién lo expedirá y con qué condiciones? La inspección, por otra parte, les exaspera, porque ven que no se trata ya de una inspección ilusoria, sino de una inspección real y efectiva de las clases, de los libros, de los cuadernos y de las notas, con rigurosa intervención en toda la vida escolar.

En cambio, á los intransigentes de la izquierda todo eso les parece poco, y quieren volver al monopolio del Estado, que hará la unidad moral del país mediante la unidad material de la educación, resolviendo en favor del Estado el conflicto entre la libertad del padre y las exigencias de la patria. Este monopolio, sin embargo, no se entiende ya como el restablecimiento de la Universidad napoleónica: no es sólo la Universidad la que puede enseñar; pero las instituciones que se dediquen á la enseñanza privada necesitan previa autorización, y sólo podrán vivir mediante una *delegación revocable*; y esa autorización ha de ser objeto de una ley ó de un decreto, por lo menos, para cada caso. La enseñanza privada, de este modo, viene á ser, como dice Augagneur, una «enseñanza auxiliar», necesaria hoy por la insuficiencia de los locales y del personal, pero que desaparecerá cuando el Estado tenga edificios y profesores bastantes. Realmente, todo esto es un monopolio disfrazado.

Como toda esta doctrina pugna con el principio de la libertad, de ahí las divisiones dentro de cada grupo político en la solución que cada cual propone. No hay acuerdo posible entre unos y otros grupos, ni siquiera entre los que militan en cada uno de ellos; el monopolio y la libertad tienen ardientes defensores en todos los partidos, y de ahí la confusión reinante, pues ninguno hace bandera de estas soluciones. Lo probable es que se llegue á una transacción en la que resulten sacrificados únicamente los profesores religiosos, á quienes se les prohibirá toda enseñanza, pertenezcan ó no á congregaciones



autorizadas. De este modo se vendrá á parar á un sistema de libertad de enseñanza seglar y reglamentada, con exclusión de toda enseñanza por religiosos.

\*  
\* \*

LA SEGUNDA ENSEÑANZA EN ITALIA. — Emilia Pierini, directora de la Escuela Normal, publica, en la *Rivista d'Italia*, un artículo que no tiene desperdicio, y que muestra que los males de que tanto nos quejamos en España no son privativos de nuestra nación, sino comunes á otros pueblos, importando recoger lo que resulta de sus experimentos, para no incurrir en errores ya demostrados.

Hace veinte años decía Gabelli: «Desde hace veinte años no se ha hecho más que trastornar y revolver los reglamentos y los planes de enseñanza, y sin aguardar á recoger los resultados de una reforma, ensayar otra y otra». Desde que esta queja se formulaba se ha seguido haciendo lo mismo, y de la ley Cavati apenas queda nada en pie, aunque después de cincuenta años sigue siendo el código fundamental de la instrucción pública. No era posible entonces prever el maravilloso desarrollo de la cultura científica, ni el prodigioso aumento de la población escolar, ni la aparición de multitud de necesidades antes completamente desconocidas. Se echa la culpa á la manía de los ministros de deshacer todo lo hecho por sus predecesores; pero, ¿hay entre los mismos profesores acuerdo ninguno?

Con la fórmula «la escuela para la vida», se ha creído tener el criterio para resolver el problema; pero es el caso que la vida no es igual para todos; y mientras para unos es puro utilitarismo, para otros la vida tiene más altos ideales. Tampoco puede servir de criterio la opinión de la mayoría, pues las gentes no se preocupan de planes, ni de horarios, ni de exámenes, y las familias de los alumnos, sobre todo, lo que quieren principalmente es que sus hijos acaben pronto, con poco

gasto y con poca fatiga. ¡Ay del país que en estas materias se guiase por la opinión pública!

Uno de los males que originan el actual estado de cosas es lo deficiente de la instrucción primaria. Como esta instrucción tiene que servir para el doble objeto de preparar á los alumnos para la segunda enseñanza, y de administrar cierta cultura elemental á los que no pueden recibirla mayor, ha sido preciso sacrificar el objetivo particular al general, y de ahí lo mezquino de la preparación que permite ingresar á un niño de nueve á diez años, con un examen facilísimo, en la primera clase del curso técnico ó gimnasial, obligando á rebajar el nivel de la enseñanza para ponerlo al alcance de tan tierna edad. Y como apenas terminado el curso elemental hay que elegir uno de los dos caminos que presenta la bifurcación de la enseñanza, las familias apenas vacilan en la elección: si los padres son de modesta posición, y necesitan sacar pronto provecho del trabajo de los hijos, los dirigen hacia los estudios técnicos; y si están bien acomodados, á los estudios clásicos, sin preocuparse nunca de las aptitudes de sus hijos. A los diez años tiene que estar resuelto el difícil problema del porvenir del niño.

Hay muchos que encuentran injustas y exageradas las acusaciones, afirmando el adelanto conseguido á pesar de todo; así lo declaran, entre otros, Villari, Chiarini y Carducci. En tanto los experimentos continúan, y en Francia se ha establecido la escuela secundaria única, en lugar de los dos liceos clásico y moderno; en Alemania se tiende á crear un bachillerato sin latín, en los primeros años; en Suecia se tiene una escuela secundaria única, sin latín, que luego se bifurca en línea latina y línea realista; y en Noruega, desde 1896, existe también una escuela media única de grado inferior, seguida del gimnasio y sin estudios clásicos.

Las *escuelas técnicas* han respondido todavía menos que las clásicas á su fin: no tienen dirección ninguna de cultura, ni especial ni general; están demasiado recargadas de materia de

estudio; reclutan sus alumnos de todas partes, con peor preparación que los de las escuelas clásicas, y tienen atascadas las clases de alumnos, tan turbulentos como numerosos; además de esto, tienen que atender al triple fin de preparar alumnos para los Institutos y para las Escuelas Normales, y suministrar cultura técnica á la burguesía industrial y comercial. Algunos mejores resultados dan los *Institutos técnicos*, pero, en el fondo, tienen los mismos inconvenientes; son escuelas profesionales para unos, y preparatorias para otros, para los universitarios, y politécnicas, pero en todo caso adolecen del defecto de la falta de cultura general. Otro tipo de escuela secundaria es la Normal, tipo también híbrido, de dudosos resultados.

La enseñanza necesita poca complicación: pocas clases, pocos profesores, pocos alumnos, pocas materias, horario breve y programas claros. En lugar de esto, se tiene todo lo contrario: las clases son numerosas, los alumnos incontables, las materias interminables y los programas poco definidos. Y para rematar el cuadro se ha suprimido el examen de fin de curso, única garantía del trabajo del profesor y del alumno, único estímulo para uno y otro, quedando así la enseñanza sin sanción; de modo que un joven puede hacer toda una carrera sin haberse examinado nunca y sin que ninguna inspección ni intervención alguna garantice su capacidad. ¿Es posible que semejante sistema pueda dar buenos resultados? El profesor podrá ser tan estimable como se quiera; pero ni por él, ni por el alumno, ni por la enseñanza, se le debe dejar tan por completo la responsabilidad de sus actos.

## COSTUMBRES

LOS JUDÍOS Y LA PROSTITUCIÓN.—Los rabinos, según afirma Enrique Lew en *L'Europeen*, han declarado guerra de exterminio al comercio de carne humana, que está, casi en su tota-

lidad, en manos de judíos en la Europa oriental. Una encíclica de los rabinos condena á la infamia á cuantos de cerca ó de lejos tengan que ver con la prostitución, y en los Congresos celebrados, este año en Lemberg y el anterior en Francfort, se ha condenado la trata de blancas.

¿Cuáles son las causas de que tan gran número de judíos trafiquen con la carne humana? La miseria puede explicar algunos casos, el espíritu mercantil de los judíos puede explicar algunos otros; pero la causa más importante, según Lew, es el puritanismo exagerado del Ghetto, la terrible atmósfera de infamia en que se envuelve al que comete la menor falta en esta materia.

Ninguna indulgencia para la doncella seducida, sobre todo si ha sido madre: condenada para siempre, sabe que no puede ya contar más que con el desprecio de todo el mundo, y en su desesperación se prostituye, porque ni encuentra otro medio de vivir ni halla abiertas más puertas que las de las mancebías; por eso los lupanares reclutan tantas judías, que no salen de allí sino para morir en el hospital, ó para convertirse, cuando se hacen viejas, en intermediarias ó en patronas de mancebías.

El Ghetto no tolera la menor falta sobre la virtud de la mujer. Al día siguiente de las bodas, los padres de los novios se aseguran por sí mismos, previo examen de las ropas del lecho nupcial, de la virginidad de sus nueras; si las pruebas son dudosas, se llevan las ropas al rabino, y éste declara si son ó no falsificadas; y ¡ay de la pobre novia á quien falten las pruebas materiales de su virtud! El divorcio la deshonra, y el desprecio de todo el mundo la espera, y tiene que ir á parar al rebaño de las ovejas contagiadas; así se reclutan las mujeres. Los hombres son generalmente mozos de hotel sin ocupación, recaderos, y otros que, al ponerse en contacto con las mancebías, quedan contagiados de infamia.

No hay que pensar que estos proxenetas sean tipos bestiales y abyectos; estos comerciantes de carne humana se dife-

rencian poco de los que venden gallinas ú otros artículos; no ejercen su oficio por capricho ni por vicio, sino porque las intransigencias del Ghetto no les dejan otro. «¡Ah, qué sucio oficio!—decía uno de ellos.—Sí, señor; sucio, pero honrado. ¿Robo yo? ¿asesino yo? ¿traigo á nadie por fuerza? Aquí viene todo el mundo por su voluntad, y apenas hay nadie en la ciudad que no conozca mi casa; y, sin embargo, cuando me encuentran en la calle me miran con asco... ¡ah, sucio oficio!»

¿Son éstos los verdaderos fautores de la prostitución? No: es el Estado, que saca el mayor provecho de este infamante comercio; son los seductores, que engañan á las jóvenes inexpertas; ellos no compran la mercancía para sí, sino para los demás; y esta mercancía se compone de géneros averiados, completamente maduros para la venta.

Las escenas de compraventa de esta mercancía viva (*zywy towar*) dan lástima. En un hotel miserable, las muchachas, reunidas por una colectora, muestran sus encantos al patrón, asesorado de algunos clientes expertos; todo tiene colocación: muchachas de una mancebía en quiebra, jóvenes sueltas cansadas de su libertad, obreras y criadas seducidas por sus amos ó sus amantes, jóvenes de buenas familias á quienes una falta que ocultar lanza al oprobio; todo se compra, siendo pocas las que se venden á más de 20 rublos por cabeza. La ofrenda ordinaria á una muchacha es en Polonia 50 kops (1,32 pesetas), y cuando más un rublo (2,65 pesetas), de lo cual la mitad es para el patrón y lo demás para comida y vestidos. La industria, como se ve, no es lucrativa, pues hay que pagar casa, criados, salón, piano, patentes, obsequios á la policía y á la magistratura, etc., resultando harto mermadas las ganancias. Hay casas escogidas de más altos precios, pero en cambio hay muchísimas en que sólo se pagan 80 céntimos, sin contar de las *mujeres para soldados*, viejas harapientas y borrachas, que rondan los cuarteles cargadas con su lecho, reducido á una estera y un saco, y que reciben un pedazo de pan con un trozo de arenque, ó una copa de aguardiente.

A esta última categoría pertenecen pocas judías, pues cuando éstas llegan á viejas se hacen intermediarias ó patronas, y más frecuentemente se transforman en *gabetes*, expiando sus pecados con una vida de privaciones, de ascetismo y de obras de caridad, asistiendo á los enfermos y á los moribundos, acompañando á los muertos al cementerio llorando y gimiendo, y sollozando y sufriendo crisis histéricas el día del Gran Ayuno. Los viejos de la ciudad, sus antiguos adoradores, la recuerdan, y cuando se les habla de su piedad, de su bondad y de su abnegación, sonríen malignamente: «Sí, era siempre muy buena, y no se negaba á nadie». Eso no se lo perdonarán nunca.

## HIGIENE

CÓMO RECONQUISTAR LA BELLEZA, LA FUERZA Y LA SALUD.— En nuestra época, de encarnizada competencia—dice con razón Lefevre en *La Revue*,—la victoria final corresponde al hombre más vigoroso y más resistente, que pueda poner un *organismo de acero* al servicio de una *voluntad de hierro*.

La humanidad sufre y sufrirá siempre. Hay para hacer al hombre vigoroso algo más que descubrir que vacunas y sueros, microbios y culturas. Por mucho que admiremos los adelantos modernos, el pensamiento se vuelve hacia aquellos antiguos colosos galos y francos, hacia aquellos soberbios atletas de la antigua Grecia, de quienes nos separa un abismo. Hay en esta comparación una enseñanza sugestiva que meditar, un problema grave que resolver.

Todos saben que el *régimen* es el uso *razonado y metódico* de las cosas esenciales á la vida, tanto en el estado de salud como en el de enfermedad. El régimen alimenticio ha cambiado mucho en la edad actual. Los pueblos antiguos, ó se abstentían por completo de carne, ó la comían muy poco; sin hablar de la China ni de Egipto, donde el vegetalismo era practicado universalmente, sabemos que los atletas griegos, modelo

de bellas formas, se alimentaban esencialmente de higos, nueces, queso y pan, y de maza, especie de pastel no fermentado; el caldo negro de los espartanos es legendario; los discípulos de Pitágoras vivían de higos, queso, legumbres, miel y pan; Platón prohibía el uso de la carne en su *República*; los neoplatónicos de Alejandría sentían repulsión por el *régimen de los lobos y de los buitres*, y Longino, Porfirio, Séneca y Ovidio han censurado las aficiones carnívoras.

La Iglesia, por su parte, ha prescrito, con fines higiénicos tanto como penitenciaros, dos días de abstinencia por semana y varios otros de ayuno, especialmente en la Cuaresma; y si en nuestros días ha cedido, no ha sido sin protesta; y las Ordenes religiosas que han respetado la regla primitiva, son precisamente aquellas entre cuyos adeptos se cuentan los mejores y más numerosos ejemplos de longevidad. Y en cuanto á los grandes hombres que han luchado contra la costumbre de comer carne, se cuentan Bossuet, Voltaire, Diderot, Rousseau, Michelet, Gassendi, Pascal, Newton, Franklin, Lamartine, Cuvier, Milne-Edwards, Dujardin-Beaumetz y cien otros más.

Pero, dejando á un lado argumentos de autoridad, vengamos al fondo de la cuestión. Las materias que sirven para reparar las pérdidas son las llamadas por Liebig *plásticas*, es decir, las albuminoideas, proteicas ó azoadas, como la clara de huevo, las albúminas de la leche, de los vegetales, de la carne y de la sangre. Las substancias que producen la fuerza, ardiendo en cierto modo en el organismo con el oxígeno de la respiración, son las *combustibles ó respiratorias*, tales como los azúcares, grasas, aceites, mantecas y féculas. Añadiendo á estas dos clases de materias el agua y algunas substancias minerales, como la sal, los carbonatos de cal, sosa y potasa, las sales de hierro y los fosfatos, tendremos todos los materiales que necesitamos para nuestra alimentación.

Se llama *alimento completo* á todo el que por sí solo puede sostener la vida; ese alimento encierra, en la proporción necesaria, agua, plásticos, respiratorios y materias minerales.

Véase ahora en el siguiente cuadro cuáles son las substancias que mejor pueden sostener el vigor y el equilibrio fisiológico del organismo; son análisis de Payen, Boussingault, Berzelius, Wurtz y König (1):

Análisis de los principales alimentos, á tanto por mil.

NOMBRE de los alimentos.	Agua.	Albúminoídeos.	Grasas.	Fécula y azúcar.	Sales minerales.	Fósforo.	Alimentos.
Carnes .....	780	170	50	4 á 5	9 á 15	4,5 grs.	Carne.
Sangre .....	807	182	2	»	9	0,8	Pescado.
Huevos.....	756	122	107	5	10	4	Huevos.
Leche de vaca..	865	36	40	55	4	1,9	Leche.
Trigo .....	140	146	12	679	16	10	Trigo completo.
Cebada.....	130	134	28	636	45	6,6	Pan completo.
Avena.....	140	119	55	615	30	10	Cebada.
Maíz.....	177	128	70	599	11	9,6	Judías.
Arroz.....	144	64	4,3	781	6,8	9,7	Lentejas.
Lentejas y guisantes.....	115	265	25	580	16	8,7	Nueces.
Patatas.....	760	15	2	200	20	8,7	Apio.
Uvas y frutas azucaradas..	890	7	»	150	5	8,15	Setas.
Almendras y frutas grasas.	54	242	537	72	29		
Castañas.....	537	83,1	8,7	536	15,2		
Queso de Gruyère.....	346	335	250	»	38,5		
Caldo.....	985	6	2	»	3		

Como se ve, las carnes, con  $\frac{4}{5}$  de agua, están lejos de ser alimentos completos; aunque se coman dos ó tres kilos diarios, nadie por eso solo puede decir que está tan bien alimentado como tomando sopas, ó huevos y leche. En cambio, los cereales y las leguminosas, y sobre todo los frutos oleaginosos, son alimentos completos, cuyo poder nutritivo es asombroso. Así

(1) Los alimentos de cursiva son los completos. Hemos incluido la proporción del ácido fosfórico, que es la más importante de las materias minerales.



se ve que hay pueblos enteros que no comen otra cosa: el único alimento de los canarios es el *gofio*, trigo tostado; la avena es el manjar nacional de los escoceses; el maíz forma la polenta de los piamonteses y la borona de los gallegos, y el arroz es el alimento principal de la mitad de los habitantes del globo.

Las razas vegetarianas representan la gran mayoría de los habitantes de la tierra. El aldeano ruso vive exclusivamente de leche y de huevos; el noruego no conoce el uso de la carne; los soldados polacos que sirvieron con Napoleón, vivían de pan y legumbres; los mineros de Chile comen higos, habas y galletas; en Méjico, el alimento ordinario del obrero se compone de tortillas de maíz; los chinos sólo consumen arroz; los bolivios, maíz, cacao y agua; y todas estas razas son ágiles, vigorosas, de gran resistencia y de mucha longevidad, mientras que las razas carnívoras, esquimales, hotentotes, boschimanos, pregianos, etc., son precisamente las más degradadas, moral y materialmente. Estos son incapaces de soportar grandes marchas ni pesados trabajos, y aquéllos sufren diez y seis y diez y ocho horas de trabajo; aguantan marchas de 12 leguas, y cargan con pesos enormes sin violencia ninguna. En Smirna los cargadores llevan pesos de 200 á 300 kilos, y sólo comen pan negro y legumbres, pareciéndoles inútiles las carretas para el transporte.

Según la *Revue d'Antropologie*, los obreros del campo de los diversos países de Europa se mantienen de lo siguiente:

*Bélgica:* Pan moreno, legumbres, manteca y café; rara vez tocino salado.

*Escocia é Irlanda:* Avena, leche, manteca, patatas, café y té; por casualidad tocino gordo.

*Prusia, Sajonia y Baviera:* Sopa de hierbas, guisantes secos, patatas y leche; carne los días de fiesta.

*Italia:* Macarrones, polenta, pastas variadas, pan, legumbres, frutas.

*España:* Pan, legumbres, garbanzos.

*Rusia:* Pan de centeno, coles, sopa de setas, centeno.

*Suiza:* Leche, queso, sopa de legumbres.

*Francia:* Carne, por excepción, de una á seis veces al año, y en algunas comarcas, como Bretaña, nunca.

Los labradores—se dirá,—y en general los que viven al aire libre, pueden prescindir de la carne, porque el aire les alimenta; pero los habitantes de la ciudad necesitan de la carne como fortificante. Esa objeción es pueril: el aire no alimenta ni la carne fortifica. La carne es un excitante sencillamente: el caldo, el jugo de la carne y la carne misma, dan al organismo un *latigazo* análogo al que producen el alcohol, el café y el té. Por eso los acostumbrados á ello no pueden pasarse sin su bistec, como no saben prescindir de su copita.

Es verdad que hay personas que se sienten desfallecer si se las priva de carne; pero esas personas son dignas de compasión, porque se ven precisadas á arrastrar un organismo que sólo sabe andar á fuerza de excitantes. El vegetariano no necesita latigazos para marchar vigorosamente; el carnívoro necesita entre platos aperitivos, carnes, licores, todo género de excitantes para marchar. En las pruebas de resistencia llevadas á cabo en diferentes ocasiones, ya con motivo de carreras á pie ó de marchas, ya en concursos de ciclistas, los vegetarianos han llevado siempre la mejor parte.

Es, pues, evidente, *à priori* y *à posteriori*, que las fuentes vivas de la energía, y por lo tanto del vigor material, intelectual y moral, están exclusivamente localizadas en las reservas vegetales. El carnivorismo agudo es compañero obligado del alcoholismo. Un excitante llama á otros, y así se llega á perder la noción sana de la legítima necesidad alimenticia. Esas hambres de ogro súbitas, esos desfallecimientos instantáneos, esos bostezos inoportunos y enervantes, no son expresión del apetito normal y fisiológico; son el síntoma de una perversión de sensación, ligada á una alteración ya profunda del mecanismo nutritivo, que viene á terminar fatalmente en lesión en el individuo, y en degeneración en la raza. Todo por considerar como verdaderos alimentos á los que no lo son ó lo son

imperfectamente, prescindiendo de los que contienen la mayor cantidad de materia nutritiva asimilable.

## OCULTISMO

EL CUERPO ASTRAL Y EL MAGNETISMO.—La hipótesis más antigua, difundida y racional, de las propuestas para explicar los fenómenos psíquicos, es — según A. de Rochas manifiesta en la *Revue Scientifique et Morale de Spiritisme*, tal como *Sophia* lo reproduce—la del «cuerpo astral». Esta hipótesis, sin embargo, es combatida á la vez por los materialistas, que no admiten el alma ni el cuerpo astral, por no haber tropezado con ellos con su escalpelo, y por los teólogos, que niegan la existencia de intermediario alguno entre el espíritu y el cuerpo. De ahí el gran interés que ofrecen los experimentos realizados para probar la realidad de la existencia de ese intermediario.

El sentido del tacto puede ejercerse á distancias más ó menos grandes de la piel, hecho positivo debido á que el vehículo de la sensibilidad (llamémosle *od*, para emplear la terminología de Reichembach y de Carlos del Prel) se exterioriza más ó menos vigorosamente, cosa fácil de comprobar en ciertos sujetos magnetizados ó adormecidos por corrientes eléctricas. El *od* se proyecta en tales casos sobre la superficie del cuerpo, y parece sometido á los movimientos rítmicos del organismo, respiración y pulsaciones, de tal modo, que presenta máximas y mínimas que forman capas concéntricas, cuya sensibilidad disminuye con el alejamiento. A medida que la operación se prolonga, el *od* se rarifica por delante y por detrás, condensándose sobre los costados y formando allí dos polos, análogos á los de un imán, llegando á tal extremo la condensación, que á derecha é izquierda del sujeto se forman dos fantasmas luminosos, reproducción de las dos mitades laterales del cuerpo; estos dos medios fantasmas, que están á un metro próxima-

mente del cuerpo físico, se reúnen entre el magnetizador y el magnetizado para formar un fantasma completo, que pudiera ser *el doble* de los egipcios, ó el *cuerpo astral* de los ocultistas.

En todo caso, el cuerpo astral, que el sujeto puede mover haciendo un esfuerzo de voluntad, está ligado al cuerpo físico por un lazo fluídico sensible, que parece hacerse cada vez más tenue, á medida que aumenta la distancia entre ambos cuerpos. En ciertos sujetos el cuerpo astral permanece al nivel del suelo, como si fuera tan denso que no pudiera elevarse; pero en la generalidad tiende á elevarse, y cuando ha llegado á las regiones superiores los sujetos parecen gozar de una verdadera beatitud, sintiendo que se les obligue á volver á la mísera realidad física.

Según asegura Rochas, hay gran concordancia en las declaraciones de los sujetos, y su veracidad está comprobada por los efectos que se nota en los cuerpos físicos cuando se tocan en el espacio los sitios donde aseguran que se halla el doble. Estos experimentos se habían hecho hasta hace poco en el aposento mismo en que estaba el sujeto; pero Rochas ha llevado á cabo un experimento decisivo en condiciones realmente excepcionales.

La señora Lambert es el mejor de los sujetos de que Rochas se ha servido. Una noche varios amigos rogaron á Rochas que les enseñara cómo se verificaba el desprendimiento del cuerpo astral. Rochas hizo pasar á la señora Lambert al estado extático de beatitud anteriormente descrito; y siguiendo la conversación con los amigos, sin hacer caso de ella, se le ocurrió comprobar si el lazo fluídico que sujetaba su cuerpo físico al astral, y que ella describía como flotando en el aire á mucha altura, atravesaba realmente los pisos superiores. Para ello salió Rochas con disimulo del salón del piso bajo en que estaba, subió al piso principal, entró en la habitación que correspondía á la en que se hallaba la señora Lambert, y puso la mano con cuidado en el punto que le pareció estar verticalmente sobre el sujeto. Cuando bajó, se encontró con que la se-

ñora Lambert había saltado de repente sobre la silla, dando un grito y juntando sus manos sobre la cabeza; todo su cuerpo estaba contraído, y el pulso y la respiración habían cesado. No volvió en sí sino después de no pocos esfuerzos, y los dolores de cabeza de que se quejaba eran tan fuertes, que hubo que llevarla á la cama. Se había producido una especie de fractura cerebral, por donde el *od* se escapaba en abundancia, siéndole insoportable cualquier objeto cerca de la cabeza.

La relación magnética, cuya existencia es dudosa, debe ser estudiada seriamente, ya que se han comprobado no pocos fenómenos que sólo por ella tienen explicación. Por medio de esta relación se puede comprender por qué la telepatía no se produce con todos, es decir, por qué hay tan pocos que perciben las conmociones psíquicas que irradian en todos sentidos en torno del agente activo; quizá para este fin era para lo que los brujos recogían con cuidado la sangre, los dientes, etc., de las personas á quienes querían herir, proyectando hacia ellas su propio cuerpo astral, que sabían exteriorizar. No es dudoso que estos hechos, y muchos otros, han sido desfigurados y exagerados, con intención unas veces y por ignorancia otras; pero toda leyenda tiene su fondo de verdad.

## DIPLOMACIA

ANTIGUA Y MODERNA DIPLOMACIA.—La «ciencia de las relaciones mutuas entre los pueblos y los gobiernos, ó el arte de negociar en el extranjero los intereses del Estado ó del gobierno que se representa», abarca amplísimo campo en la historia de la humanidad y ha sufrido grandes vicisitudes, aunque la palabra *diplomacia*, que sirve para designar esa ciencia y ese arte, no haya nacido hasta fines del siglo xvii, usada por el conde de Vergennes en Francia, y por Bucke en Inglaterra.

La diplomacia tiene una historia que no coincide con las

grandes divisiones de la historia universal, como hace notar en la *Nuova Antologia* Julio César Montagna. La diplomacia tiene cuatro períodos perfectamente caracterizados: el primer período llega hasta la paz de Westfalia, estando caracterizado por dominar en él «el principio de la fuerza, de la violencia y de la arbitrariedad, el derecho del más fuerte». El segundo se extiende hasta la Revolución francesa, y en él domina como elemento principal «el principio del pretexto de justicia y del equilibrio político», seguido de la vuelta al imperio de la fuerza con Napoleón, y al principio de la legitimidad, proclamado en el Congreso de Viena y sancionado por la intervención armada. El tercero abarca desde el Congreso de Viena todo el siglo XIX, y las aspiraciones al reinado del derecho y de la justicia, con el «principio de las nacionalidades», son sus caracteres. El cuarto, en fin, se señala por el último Congreso del Haya, con su noble tendencia á la paz universal y al arbitraje internacional.

En la antigüedad, la diplomacia, tal como hoy se entiende, era desconocida; el estado normal era entonces la guerra; pero aun entonces los reyes se envían embajadores con determinado objeto: el rey de Etiopía se los envía á Salomón, y éste á los reyes de Sidón y de Tiro; Pericles envía emisarios á Persia; Alejandro recibe embajadas de los pueblos que amenaza con su conquista. El primer caso de verdadero *jus gentium* se encuentra en Cineas, representante de Pirro en Roma. Carlomagno envió y recibió embajadas, y las ciudades italianas, necesitadas de cuidar de sus intereses comerciales y políticos, cultivaron con éxito la diplomacia, figurando entre sus representantes los hombres más ilustres en las letras: Brunetto, Latini, Dante, Petrarca, Boccacio, Guicciardini y Maquiavelo.

A todas ellas las superó Venecia, «escuela y piedra de toque de los embajadores», y primer país que reglamentó los derechos y los deberes de sus representantes en el extranjero. Ya entonces eran frecuentes las quejas por lo poco retribuido de los cargos, y Puebla y Maquiavelo se lamentaban de andar

escasos de dinero muchas veces. Asombra lo que Venecia se anticipó en el conocimiento de lo que pudiera llamarse derecho diplomático, y el desarrollo que alcanzó su representación, teniendo en el siglo xv embajadores en Viena, París, Madrid y Roma; ministros residentes en Turín, Milán y Londres; un *bailo* en Constantinopla, y representantes fijos en Egipto y Persia. Con la decadencia, Venecia perdió su supremacía diplomática; pero el ejemplo estaba dado, la escuela había producido discípulos, y desde el siglo xvi todos los Estados importantes, Francia, España, Inglaterra y Alemania, tuvieron diplomacia propia.

La escasez de los medios de información obligaba á veces á emplear recursos que salían de los límites de lo lícito; la inviolabilidad de los agentes, aunque reconocida, no siempre era respetada; el principio de la extraterritorialidad degeneraba en ocasiones en abuso del derecho de asilo, y las cuestiones de etiqueta producían incidentes tan pueriles como ruidosos. Durante cinco años se discutió entre las potencias qué representante debía entrar primero en Munster y por qué puerta; quién subiría primero las escaleras; quién entraría primero en la sala de liberaciones del Congreso de Westfalia, y quiénes se sentarían á la derecha y á la izquierda del presidente; hasta hubo el caso de tener que construir un edificio especial con tantas puertas como plenipotenciarios, para que así pudieran entrar todos á la vez; la mesa era casi siempre redonda, para no tener que disputar sobre la colocación. Hasta el Congreso de Viena no se fijaron los grados de los representantes ni se dictó el reglamento de presidencias, estableciéndose que la dignidad nacional no puede estimarse ofendida por el orden de los puestos ni de las firmas.

La idea del derecho dió un paso gigantesco desde el Congreso de Viena, y el principio de las nacionalidades que caracteriza el tercer período es de suyo tan claro y tan justo, que excluye todo empleo de artes misteriosas y de medios ilícitos para hacerlo prevalecer. Por eso la diplomacia moderna

es franca y abierta. Hoy apenas puede ocultarse nada al público, y la vida moderna, con sus medios de información, con la intervención de la prensa y de los Parlamentos, que son otros tantos coeficientes de honradez y de rectitud en la diplomacia, no consiente secretos ni atropellos. El mantenimiento de las buenas relaciones entre los pueblos, la eliminación de las causas de conflictos, y el desarrollo de las relaciones comerciales y del derecho de gentes, forman hoy parte esencial de la misión diplomática, no menos importante ni menos trascendental que la que antes constituía el fondo de las relaciones internacionales.

### IMPRESIONES Y NOTAS

ELOGIO DE LA PALABRA.—Creo que la palabra—dice el insigne poeta catalán Juan Maragall—es la cosa más maravillosa de este mundo, porque en ella se abrazan y se confunden todas las maravillas corporales y todas las maravillas espirituales de nuestra naturaleza. Parece que la tierra concentra todas sus fuerzas para producir al hombre como el más alto sentido de sí misma, y que el hombre concentra todas las fuerzas de su sér para producir la palabra.

¡Qué cosa tan sagrada! Dice San Juan: «En el principio era la palabra, y la palabra estaba en Dios, y la palabra era Dios», añadiendo que por ella fueron creadas todas las cosas, y que la palabra se hizo carne y habitó en nosotros. ¡Qué abismo de luz, Dios mío! ¡Con qué santo temor debiéramos hablar! Estando encerrado en la palabra todo el misterio y toda la luz del mundo, deberemos hablar como encantados, como ofuscados. Porque no existe palabra, por ínfima cosa que represente, que no haya nacido en un rayo de inspiración y que no refleje algo de la infinita luz que creó el mundo. Palabras que llevan un cáustico en la entraña, porque nacen en la palpitación rítmica del universo. Sólo el pueblo inocente puede pro-



nunciarlas y los poetas rededir las con más intensa inocencia y mayor canto, con mayor luz reveladora. Porque el poeta es el hombre más inocente y más sabio de la tierra. Y cuando los poetas sepan enseñar á hablar tan sublimemente y hagan olvidar todos los demás lenguajes, después de haberlos olvidado ellos mismos, entonces vendrá su reinado, y todos hablaremos encantados música creadora.

\* \* \*

EL PESO DEL CEREBRO.—Son curiosas, aunque todavía insuficientes para poder establecer principios ciertos ni generalizaciones aceptables, las observaciones hechas por el doctor Spitzka y comunicadas á la Sociedad Antropológica de Washington, sobre la capacidad cerebral de los hombres célebres.

Los cerebros más pesados son los de los matemáticos y los de los observadores. Las observaciones de Spitzka versan sobre 97 cerebros de hombres eminentes en los diversos ramos del saber. El cerebro del geólogo Juan Wesley Powell pesaba 1.487 gramos, peso superior al del promedio de los 97 cerebros observados, y que, sin embargo, no es excepcional, pues según el Dr. Matyeika de Praga, que se ha dedicado largo tiempo al estudio del peso del cerebro en relación con las condiciones psíquicas, el mayor peso que ha observado ha sido el de 1.820 gramos, correspondiente al cerebro de un joven de veintidós años.

Según Spitzka, los pesos medios de los grandes cerebros, por profesiones, son los siguientes: agricultores, 1.410 gramos; cortesanos, 1.433; soldados, 1.435,7; obreros, 1.449,6; negociantes y bolsistas, 1.468,5; intelectuales (médicos, profesores, sabios, etc., que han recibido educación superior), 1.500.

\* \* \*

¿ALEJANDRO DUMAS, PLAGIARIO?—Se habla mucho de plagios actualmente en París, y el caso no es para menos. De Lorde había comprado á un vienés una obra que, traducida al francés, fué puesta con gran éxito en el Odeón; pero al vienés que había vendido la obra á De Lorde se le olvidó advertir que la pieza no era suya, sino de un autor rumano, muy conocido en su país, y sucedió lo que naturalmente debía suceder. Unos rumanos que asistían á la representación, apenas cayó el telón, se levantaron entusiasmados gritando: «¡Pero si es nuestro Caragiale! ¡Al fin nos han traducido á Caragiale!» Y en efecto, era Caragiale el autor, lo que no fué obstáculo para que la obra siguiera anunciada en los carteles como de Lorde.

Poco después se presentó un caso más grave: se trataba nada menos que de Alejandro Dumas, hijo, el incorruptible. Una importante y seria publicación, la *Revue d'Art dramatique*, ha exhumado una pieza titulada *El Talión*, cuyo primer acto, el único hasta ahora publicado, ofrece tal parecido con *Francillon*, que se diría que era la primera versión del mismo asunto, pues escena por escena, y personaje por personaje, y hasta tirada por tirada, los textos coinciden. *El Talión* era obra de Augusto Chirac, y *Francillon* fué posterior. ¿Cómo se llevó á cabo la sustitución?

Muy sencillo. De un lado había un escritor obscuro, aunque de talento, y fecundo como Chirac, con un montón de manuscritos (dice que ha escrito doscientas piezas) de su cosecha; de otro, un autor cargado de años y de gloria, solicitado por las empresas, y sin fuerza ni gana de trabajar. Un corredor, un danés llamado Jacobsen, pone en relación á estas dos personas, y he ahí cómo *El Talión* de Chirac se convierte, previo el cumplimiento del contrato convenido, en la *Francillon* de Alejandro Dumas.

FERNANDO ARAUJO

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**Paleontologia criminale.**—Contributo alle ricerche sulla genesi del diritto e della procedura penale, per Vincenzo Manzini.—Torino, 1903; 48 páginas.

El autor de este opúsculo tiene, como hombre de ciencia, dos excelentes condiciones: primera, mucha actividad y un gran amor al estudio; segunda, y principal á mis ojos, un espíritu muy amplio y enemigo de odios y exclusivismos de escuela. En los tiempos que corren esto último es un verdadero mérito, y más que en ningún otro sitio en la patria del señor Manzini, donde lo corriente es, desde hace no pocos años, que, sobre todo en asuntos de doctrina, los penalistas pospongan al proselitismo estrecho toda otra consideración. Lo que allí se procura, casi me atrevería á decir que ante todo, pero sí á lo menos con empeño grandísimo, es clasificar á todo publicista ó pensador, y poder decir del mismo que pertenece, ya al gremio de los secuaces de la «nueva escuela», ya al de sus adversarios. Preocupa demasiado lo de poder arrimar cada cual el ascua á su sardina.

Afortunadamente, el profesor Manzini no forma parte de ninguno de los dos bandos enemigos, y yo creo que hace muy bien. Así lo ha declarado él mismo en el prólogo de una de sus mejores obras, la monografía sobre *El hurto*; y por si esto no fuera suficiente, por motivos que no tenemos para qué explicar ahora, ahí están todos sus libros testimoniándolo de una manera indubitable.

El opúsculo sobre *Paleontología criminal* tampoco forma

excepción á la regla. Todo lo contrario. Es un estudio muy objetivo é imparcial. El autor, con el auxilio de una erudición amplia y segura, casi toda de primera mano, procura reconstruir el cuadro de la vida penal de los pueblos protohistóricos, hablándonos de las concepciones jurídicas de los mismos, y, sobre todo, de sus concepciones penales, á saber: de los actos que en dicho estado social eran reputados delitos, por qué y cómo; del problema de la imputabilidad y responsabilidad penal; de la organización judicial, si tal nombre pudiera dársele; del procedimiento y diferentes clases de pruebas admitidas en el mismo, y, por fin, de la penalidad de que se hacía uso.

En general, las inferencias del autor concuerdan con las de otros investigadores é historiadores. Creo que son probables; pero en cosas de éstas (¡y en cuántas no podemos decir que sucede lo mismo!) todo lo que se diga tiene, hoy por hoy, carácter hipotético.

P. DORADO

\*  
\* \*

**La mendicidad y la vagancia.**—Conferencias dadas en la Academia de Derecho y Ciencias sociales de Bilbao, por D. Pablo de Alzola y Minondo.

Dos son las conferencias que el autor dedica á este asunto. Ocúpase en la primera en exponer, á grandes rasgos, el cuadro que presentan muchas de nuestras grandes capitales, entre ellas Bilbao, donde no es difícil, dice, encontrarse con «una nube de mendigos indigentes, mezclados con pordioseros válidos, sanos y robustos, y niños y niñas abandonados por sus padres, que de día y de noche imploran la caridad pública en tono quejumbroso». A continuación analiza ligeramente los medios empleados en las legislaciones francesa, inglesa, belga, alemana y de otros países, que por lo común son de carácter represivo, y las compara con la nuestra; deduciendo de aquí, con bastante dolor, el estado de atraso en que nos encontramos en este punto.

Salvo algunas honrosas distinciones, nuestras ciudades son indolentes en este particular, y el hermoso ejemplo dado por Zaragoza con su humanitaria asociación de *La Caridad*; por Sevilla, Cádiz, Santander y otras poblaciones, con instituciones análogas, no ha repercutido por el resto de la Península, no siendo por tanto de extrañar, como oportunamente dice el Sr. Alzola, que en el Diccionario de Larousse, al tratar del desarrollo de esta plaga en España con un tono despectivo, se nos diga «que reina aquí la miseria en compañía de la superstición y de la ignorancia».

La segunda conferencia añade nuevos puntos de vista á los ya indicados en la primera, y es contestación á las objeciones que algunos señores opusieron á su doctrina.

En su apoyo cita las opiniones de algunos tratadistas, como Gil Maestre, Dorado Montero, H. Du Puy y otros, que optan por el sistema de reclusión y corrección en casas ó colonias dedicadas al efecto. Indica varios de los acuerdos formulados por el Congreso Penitenciario de París, y hace luego el análisis de la Memoria del fiscal del Supremo, Sr. Ruiz Vallarino, señalando el proyecto de ley de seguridad pública, y extendiéndose, por último, en algunas consideraciones sobre el régimen de las prisiones extranjeras, el trabajo en las mismas, y nuestro sistema penitenciario.

Tal es, en breve resumen, el contenido del interesante trabajo *La mendicidad y la vagancia*.

JOSÉ MARÍA SEMPERE Y OLIVARES

## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>En la hondonada</i> (novela), por Antón Tchekhoff.....	5
<i>El problema de la Marina de guerra</i> , por Andrés.....	46
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	59
<i>Páginas de la historia del periodismo</i> (de 1820 á 1823), por Juan Pérez de Guzmán.....	73
<i>Indagaciones y conjeturas sobre algunos temas poéticos perdidos</i> , por M. Menéndez y Pelayo.....	94
<i>El evemerismo de Spencer</i> , por Edmundo González-Blanco.....	113
<i>Lecturas americanas</i> , por Hispanus.....	148
<i>Crónica literaria. — Discurso de inauguración del curso en la Academia de Jurisprudencia</i> (por D. José Canalejas y Méndez), por E. Gómez de Baquero.....	166
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	176
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado y José María Sempere y Olivares.....	203

# CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la  
Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento,  
número 7, bajo, Madrid.

## ANTROPOLOGÍA

- Ferri.** — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.  
**Lombroso.** — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.  
**Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.  
**Westermarck.** — El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

## ARTE

- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.  
**Taine.** — Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

## BIOGRAFÍA

- Araujo.** — Goya, 3 pesetas.  
**Asensio.** — Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

- Barbey.** — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.  
**Becerro de Bengoa.** — Trueba, 1 peseta.  
**Bergeret.** — Mouton (Merinos), 1 peseta.  
**Boissier.** — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.  
**Bourget.** — Taine, 0,50 pesetas.  
**Campoamor.** — Cánovas, 1 peseta.  
**Dorado.** — Concepción Arenal, 1 peseta.  
**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch, 1 peseta.  
**Fernán-Flor.** — Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.  
**Gautier.** — Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.  
**Goncourt.** — María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 pta.—La Du-Barry, 4 pesetas.  
**Gladstone.** — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.  
**Goethe.** — Memorias, 5 pesetas.  
**Haussonville.** — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.  
**Heine.** — Memorias, 3 pesetas.  
**Lange.** — Luis Viver, 2,50 pesetas.  
**Macaulay.** — Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.  
**Maupassant.** — Zola, 1 peseta.

**Menéndez y Pelayo.**—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.  
**Meneval.**—María Stuardo, 6 ptas.  
**Molins.**—Bretón de los Herreros, 1 peseta.  
**Pardo Bazán.**—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.  
**Passarge.**—Ibsen, 1 peseta.  
**Picón.**—Ayala, 1 peseta.  
**Renan.**—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.  
**Sainte-Beuve.**—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.  
**Stuart-Mill.**—Mis Memorias, 3 ptas.  
**Tolstoy.**—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.  
**Valera.**—Ventura de la Vega, 1 pta.  
**Wagner.**—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.  
**Zola.**—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Moussset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

### CRÍTICA LITERARIA

**Caro.**—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.  
**Zola.**—Estudios literarios, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas,

2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

### DERECHO

**Aguanno.**—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.<sup>a</sup> parte de La Génesis), 4 pesetas.  
**Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.  
**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.  
**Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pesetas.  
**Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.  
**Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.  
**Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.  
**Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.  
**Framarino.**—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.  
**Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Garofalo.**—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.<sup>a</sup> parte de La criminología), 4 pesetas.  
**Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.  
**González.**—Derecho usual, 5 ptas.  
**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.  
**Gross.**—Manual de Juez, 12 ptas.